

Yandy Calacalla
2021

TRES COMEDIAS



Hugo Salcedo

Tres comedias

Hugo Salcedo

TRES COMEDIAS

Primera edición: 2021

© 2021 Agencia Promotora de Publicaciones, S. A. de C. V.

© Hugo Salcedo

De los textos de la obra

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Jaime Bonilla Valdez

Gobernador del Estado

Pedro Ochoa Palacio

Secretario de Cultura y Director General del ICBC

Magdalena Jiménez Molina

Coordinadora General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Karla Beatriz Robles Cortez

Directora Editorial y de Fomento a la Lectura

Textos: Hugo Salcedo

Corrección de estilo: Arturo Rocha

Diseño editorial: Estudio APP

Portada: Acuarela de Franco Méndez Calvillo

ISBN: 978-607-546-396-4

El Fondo Editorial La Rumorosa es un proyecto del gobierno de Baja California, coordinado por la Secretaría de Cultura de Baja California, para difundir la obra de escritores mexicanos y promover la lectura entre la población del estado.

Este material es de distribución gratuita, prohibida su venta.

Prohibida la reproducción, registro o transmisión total o parcial de esta publicación sin permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Impreso y editado en México / *Printed and edited in Mexico*

Índice

*La Comedia, marca de humanidad y
espejo de vicios de las sociedades*

Hugo Salcedo Larios 7

Sinfonía en una botella 23

Agua Caliente 69

Confesiones de una telefonista erótica 99

La Comedia, marca de humanidad y espejo de vicios de las sociedades

Hugo Salcedo Larios
Universidad Iberoamericana, Ciudad de México

*Si la risa es un mecanismo de sobrevivencia,
la sonrisa es un signo de aceptación de esta vida que nos espera.
Así que comencemos a sonreír, que
lo que sigue caerá por su propio peso.*

Patrice Pavis

Proemio

Cuando pensamos en la comedia como género dramático, se prefigura una primera idea derivada del suceso grato por parte de lectores y espectadores que leen algún drama correspondiente a esta clasificación, o que asisten a alguna de las representaciones apegadas a su esencia. Y esto es así, indudablemente. Pero los alcances van todavía mucho más allá; es decir, el género en cuestión como el teatro todo, es altamente disfrutable con la marca distintiva de que las estrategias de la comedia colocan de frente a las audiencias ante un espejo que no lo deforma como podría ser alguna de las características de la farsa, sino que lo instala tal cual es, sin disimulo. Y de allí su punzante declaratoria. La comedia no recarga, no caricaturiza, no ridiculiza *per se*, sino que apunta sin cortapisa y pone la mirada en aquello que se ocultaba y que ahora triunfalmente se asoma, sale a la superficie. La comedia no se detiene bajo falsos pudores, los pulveriza. Es mordaz por verosímil

y cruel por auténtica. Es reconocible. Auténticamente humana, en el sentido puntual de la palabra.

Ya Aristóteles explica que la comedia se interesa en la imitación de lo que él denomina «hombres inferiores», pero aclara: “no en toda la extensión del vicio sino [en lo] que lo risible es parte de lo feo. Pues lo risible es un defecto y una fealdad que no causa dolor ni ruina; así, sin ir más lejos, la máscara cómica es algo feo y contrahecho sin dolor.” (Aristot. *Poet.*, V., 1449a 35; la cita de: Aristóteles 1974:web). Vamos por partes. La referencia a hombres inferiores se podría explicar como una cercanía a la cotidianidad; es decir, a hombres y mujeres comunes, no reyes, no emperadores ni sus descendientes más directos, sino mundanos, tal cual el mundo tiene una idea de nosotras y nosotros. Ahora bien, de la gruesa cauda de nuestros actos, lo que importa resaltar es la parte que propicia la expresión en forma de risa; es decir, el perfil humano con aquel vicio (o vicios) que nos acompaña (n) y que a veces se alimenta (n) tan cómodamente en la más común existencia.

Siguiendo por esta línea, todo defecto en el carácter sería una *anomalía* —yo prefiero: especificidad— que hace distancia con la santidad, pero también es una prueba de la humanidad más convencional: hombres y mujeres comunes nos distanciamos de los santos, entre otras cosas, por la naturaleza de nuestras propias acciones. La exposición pues de esa característica, la de la manifestación del vicio, es el nodo de la comedia que expone la experiencia acerca de su presencia, recurrencia y visibilidad en el grupo o grupos sociales a los que pertenecemos. Y ese burdo relieve, según la poética clásica, no causa dolor ni ruina como sucedería con los personajes trágicos, a no ser el escarnio y la reprobación social cuando aquella cualidad es sabida y consabida, y no puede controlarse más e incluso a veces hasta es inconsciente, y entonces se desborda. La ruina como tal, a nuestro entender sí puede aparecer, pero no estaría considerada como la muerte del cuerpo sino como la observación crítica, la exposición del vicio ante el ojo público, el desahucio, la reclusión o la expulsión, por ejemplo, como parte del necesario castigo de orden moral para resarcir en parte el desequilibrio que ha tenido lugar en el seno del gremio o del sistema. De cualquier forma y para contradecir con todo propósito lo anterior, cabría men-

cionar que, aunque a veces, de acuerdo con los diversos tratamientos dramáticos o escénicos, el correctivo puede ser tan cruel que ha de conducir al confinamiento y hasta la aniquilación; pero en estos casos podríamos estar ante «préstamos genéricos» tan válidos para hacer más eficiente la recepción.

Aristóteles anuncia, por otra parte, que muy en un principio, la comedia no fue tomada en serio, quizá debido a la preeminencia del espíritu trágico de los griegos antiguos, tan preocupados en la catarsis y la expiación de la culpa, como una compleja liberación hasta terapéutica, de las pesadumbres que vivían en la fascinante escena del Peloponeso. Las penurias de Antígona, las dubitaciones de Orestes, la cruenta desgracia caída en la familia de la casa real tebana, por ejemplo, los griegos las revivían y hacían suyas una y otra vez, disfrutando —por llamar de alguna manera— los diversos tratamientos autorales a las añejas historias por todos tan sabidas.

Es por esta razón seguramente, que el Estagirita marca la idea del desplazamiento del género cómico por el asunto trágico. Y, sin embargo, tan despacio como el procedimiento de la mejor destilación, la comedia fue siendo cada vez una forma más y más extendida que sirvió de franco deleite y cuya existencia, a lo largo de los siglos, marcará un arco de presencia y gusto.

Los primeros trazos de la farsa y la comedia en la remota antigüedad tendrían primero un espacio modesto, pero a la vez determinante. Colocadas al final del juego representacional para cerrar las trilogías temáticas, las farsas concluían el acto convivial en las grandes edificaciones teatrales de la época. Se armaba y representaba con sobrado detalle, una trilogía trágica que giraba en torno a un tema común, para enseguida dar espacio al denominado «drama satírico», que podría o no ser elocuente con el tema precedente y llevado a la escenificación. Divertirse a carcajada batiente luego de haber sucumbido ante una larga y estrujante cadena de sucesos trágicos desarrollados en tres partes, como nos llega la *Orestíada* compuesta por “Agamenón” (parte uno), “Coéforas” (parte dos) y “Euménides” (tercera parte), resultaba sin duda una suerte de turbulento baño corporal a dos aguas de extremas temperaturas entre sí. Posteriormente a este “encontronazo” estilístico

y experiencial, vendría enseguida la invitación a la audiencia que salía del edificio y seguía la fiesta desbordante, mezcla de carnaval y excesos en todos los órdenes. De hecho, pues, las fiestas dionisiacas, consideradas como parte fundamental del origen del teatro en occidente eran celebraciones religiosas realizadas en honor al dios Dionisio (adoptado con el nombre de Baco para los romanos), divinidad de la fecundidad, los ciclos vitales, la vegetación, el vino y la vendimia. Los griegos le celebraban anualmente al principio y fin de la segada, y daba lugar al derroche y algarabía, cuyo deleite les recordaba su presencia y participación activa de la vida.

La comedia como purgadora de la vida

La enorme y vívida aceptación de la farsa y la comedia hizo que estos géneros fueran desprendiéndose de la necesaria presencia sólo como cierre de aquellas trilogías solemnes, y fueran construyendo un lugar predilecto y muy socorrido por las audiencias. Aristófanes, por ejemplo, logró enorme aceptación. Utilizó epítetos y otros ingeniosos recursos para satirizar a demagogos de la época. En la denominada Comedia antigua, la sátira personal era motivo esencial para la conservación de la democracia. Y era de tal importancia para el pueblo de Atenas que quienes iban cobrando influencia y hacían abuso en perjuicio de los intereses y libertades de la colectividad, eran retratados de forma satírica, a fin de que la observación pudiera contenerlos de su poder “é impidiese que adquiriesen una autoridad funesta a la República” (*sic*) (Estala 1794: 6). Las comedias aristofánicas llenaban con el aplauso a la audiencia ateniense, convirtiéndolo en el más excelente cómico de la antigüedad. En su obra se vituperaban con vigor los vicios de gobernantes. No sólo se proponía como fin hacer reír sino a la vez enseñar derechos y deberes sagrados para preservar el bien común. Y a pesar de utilizar un acordeón de numerosos personajes como avispas, aves, nubes o ranas, estas alegorías tenían alusiones francamente claras para los atenienses; así: “léjos de estrañarlas ó reprenderlas, les causaban doble placer” (*sic*) (7).

Ya exportado el género, en Roma existieron varios poetas cómicos que, si bien sus estrategias no igualaron a las alcanzadas por los griegos,

al menos se acercaron de forma bastante decorosa al modelo. Están no sólo Plauto y Terencio como los que son estudiados ya que algunos textos y fragmentos se conservan, sino también, aunque su obra se ha perdido, los destacados trabajos de Livio Andrónico, Nevio, Enio, Cecilio, Afranio, Turpilio, Atilio, Trabea, Luscius, Titinio, Hostilio, Pomponio y Dorseno, quienes compartieron la escena romana con gozado deleite tanto por los ciudadanos como por los doctos del Imperio. Sirva como un ejemplo de esta cualidad, la elogiosa nota del presbítero Pedro Estala quien apunta, refiriéndose al estilo de Plauto que:

aunque no es tan correcto como el de Terencio, es vivo, gracioso y ameno: no es tan filósofo como Terencio, pero tenía mas ingenio para inventar y disponer. Es verdad, que sus chistes, como dice Horacio, están muy léjos de la urbanidad propia de un pueblo culto; los mas de ellos pertenecen al ridículo baxo y grosero, y se observa en él á veces mucha indecencia, chistes insulsos, juegos de palabras, y otros defectos. Pero este vicio mas bien se debe atribuir al carácter del pueblo á quien pretendía agradar, como en efecto lo consiguió completamente, que á falta de habilidad, para pintar caracteres de ridículo fino y urbano. Su *Avaro* siempre será el modelo para los que quieran sacar al teatro este vicio en toda su ridícula deformidad; el gran Moliere, cuyo voto en esta materia es superior á todo elogio, se contentó con copiar este carácter, sin hacer mas variacion que quitarle algunas groserías. (*sic*) (20-21).

La corrupción cada vez más recalcitrante de la sociedad romana produjo que el público fuera apartándose no sólo del gusto de la comedia sino del teatro en general. Horacio mismo se queja de que en su tiempo esto estuviera sucediendo. Y de los espectáculos teatrales quedaría cierta afición a la pantomima que privilegiaba más el sentido de la vista. Afortunadamente esta forma elaboraría patrones de inusitada relevancia que a su vez desembocarán en la *Commedia dell'Arte*, de estilo profano y aceptación tan franca no sólo en Italia de mediados del siglo XVI, sino de gran influencia en todo el mundo con formas renovadas como la acrobacia artística, el arte circense o el *clown*. El disfraz co-

lorido, la escaleta dramática marcada por acrobáticas rutinas, el humor mordaz irremplazable, la configuración de personajes tipo que apoyan una identificación rápida al ojo del espectador, el travestismo como transgresión y estrategia espectacular o el trabajo en equipo mediante la creación colectiva tan aplaudida, en los teatros de América latina, son algunos de sus derroteros. Como se aprecia, la comedia en general no sólo determinará la obra de ciertos autores como Shakespeare, Molière, Goldoni o Marivaux, sino también la de creadoras y creadores imprescindibles del siglo veinte como Roberto Arlt, Jardiel Poncela, Armando Discépolo, Jacobo Langsner, Darío Fo, De Filippo, Franca Rame, Carballido, Griselda Gambaro...

Los alcances de la comedia pues, son inabarcables. En los diferentes momentos de la historia ha servido como pulso social haciendo una crítica corrosiva de su tiempo. Trascienden el ámbito epocal, como sucede con la obra de Molière por poner un ejemplo común, y hablan a otras sociedades, a personas de su tiempo y de otros tiempos, sacudiéndolas de la inamovilidad perniciosa a fin de poner en tela de juicio tradiciones y costumbres enquistadas, pero también vicios públicos y privados, conductas reprobables y comportamientos ventajosos, injustos o necios.

El efecto que deviene en sorna por parte de la audiencia, a partir de la acción del personaje que no queda impune, es un hábil termómetro que mide el (des)equilibrio de las leyes que rigen el mundo y sus efectos. De allí que la política y la politiquería sean también algunos de sus ejes argumentales preciados, porque mediante su hábil escrutinio cómico muestran a su vez los trapos sucios de gobernantes de un color o de otro; de allí también que la censura, la auto censura o al menos la mirada inquisidora, extienda muchas veces sus alas de sombra sobre algunos de sus hacedores.

Tres comedias

El objetivo más caro del texto dramático es arribar al escenario mediante la incorporación de elementos espectaculares tan diversos que tejen una maraña compleja y fascinante, para dialogar con las audien-

cias, mediante procedimientos que han permitido la atención de los sentidos y el intelecto, mediante canales de referencia individual, contextual, etcétera, propiciando ya sea una abducción o una distancia, en torno al tema que se escenifica.

Existe, sin embargo, en el ansiado tránsito hacia el escenario, una parada no necesariamente intermedia del texto dramático que, atendiendo a su esencialidad literaria, se pone en contacto con sus lectores. Y, por supuesto, puede ser que el mecanismo se cierre con el hecho lectural, sin arribar nunca a un foro convencional. Pero aún considerando este ejercicio de cocción pre-escénico, debe tenerse en cuenta que el teatro integra uno de los géneros menos leídos, muy por debajo de la narrativa, sea el cuento o la novela. Y, sin embargo, el teatro también puede y debiera leerse. Leer teatro implica una puesta en escena personalísima y mental, intransferible e inquieta. Es un acto de riesgo, pero tiene la esencia de la más preciada aventura, aun más arriesgada que los viajes que propone Julio Verne en sus fantásticos relatos. Leer teatro es un salto en caída libre. La acción lleva al lector a diseñar virtualmente un escenario ideal en donde operan las entradas y salidas de los personajes, los recorta y viste a su antojo, les otorga cualidades representacionales, e incluso se entromete venturosamente con la tramo-ya y demás diseños espaciales. Esa puesta en escena virtual convierte a los lectores en directoras y directores escénicos, y al mismo tiempo en espectadoras y espectadores de su propio artificio que experimentan la “función de teatro” desde la más preciada e insustituible butaca.

De allí que el destino de las páginas que siguen puede quedarse solamente con la puesta virtual por parte de los lectores, aunque las tres piezas dramáticas aquí reunidas ya conocieron sendas puestas en escena y lo probable es que esta edición apoye a que vuelvan al escenario físico que también es su hábitat. Y, sin embargo, si el proceso de recepción quedara en el ejercicio de lectura, estarían conformes con una de las apreciaciones del teatro como género literario. Y perfecto.

El volumen *Tres comedias* reúne una trilogía conexas entre sí por la entidad genérica que al principio se ha explicado. La comedia fue el eje meditado de estos ejercicios. Existen los perfiles cómicos en sus tratamientos, en la exposición de caracteres chuscos y situaciones necias

e hilarantes, en su intencionalidad de desnudar el vicio... Pero la risa seguramente no devendrá a borbotones, sino que quizá se manifieste modesta por la fórmula incómoda que explora en el realismo; es decir, de reconocimiento por parte de los espectadores.

En el teatro contemporáneo, la risa como efecto de lo cómico se presenta simulada, con mesura; no se ríe mucho o más bien, no se expresa en demasía. Patrice Pavis señala que, si se ríe: “a menudo es en segundo grado, más bien a desgana, como si se temiera abrirse demasiado al mundo y exponerse a los golpes” (Pavis 2014: 303). La risa amplia y sonora es ahora el refugio del teatro cabaret, el circo y el *stand up*; el efecto en la comedia dramática es entonces más seria y siniestra que jocosa. Y continúa Pavis: “El aislamiento existencial del ser humano no se presta mucho para la carcajada” (304). La discreción es propia del género cómico más actual. No se espera, pues, la carcajada incontrolable sino la meditada sonrisa que se expresa en el rostro, al tiempo que se establecen los enlaces críticos con el entorno y la propia experiencia de vida. Y, sin embargo, puede que algunos momentos resulten desternillantes: producto también de la carga de verosimilitud y vivencia proyectada.

Sinfonía en una botella es una comedia del ridículo de las aspiraciones necias de la vida en el acontecer fronterizo, aquí particularmente ubicado en la traza binacional de *la línea*, ese señalado «lugar sin lugar» a la manera de Bourdieu. Espacio de tránsito, lugar liminal, y por ello mismo con normas intangibles dinámicas y perecederas, conocidas y desconocidas; dignas de reinventones y nuevos intercambios. Aunque derivada de la observación desde el cruce internacional de Tijuana y San Ysidro, el suceso anecdótico puede trasladarse a otras tantas fronteras físicas del mundo o, al menos, a otras tantas circunstancias de congestión o embotellamiento vehicular.

Para la inmersión y el desarrollo anecdótico que diera cabalidad a esta pieza dramática, se exploraron encuadres de “La autopista del sur”, el cuento de Julio Cortázar, quien ha sido guía y maestro involuntario de esta y otras fábricas dramáticas. El texto narrativo del insigne argentino, como se sabe, se ubica en la vía de Fontainebleau a París un domingo de tarde, mientras que el drama tiene lugar un día ordinario,

chocante por el accidentado tráfico de los automóviles que pretenden abandonar México y cruzar a los Estados Unidos.

El detonante digamos *dramático* de la pieza es el momento preciso en que se cierra inexplicablemente la garita, causando no sólo el retraso de los frustrados viajeros, sino el bochorno, la marca de intolerancia y demás rasgos que dejan ver los auténticos —y poco gratos— rostros de los personajes. Esta circunstancia los desborda y los desquicia, mostrándose mediante una situación dialógica progresivamente acelerada, quizá para paliar el auténtico estancamiento. De esta manera se construyen tres niveles del diálogo: primero algunos de los personajes hablan hacia sí mismos (y en consecuencia hacia los lectores y espectadores), estrategia por la que nos transmiten sus anhelos y desprecios; luego intercambian breves y obligadas frases con sus compañías dentro de los propios vehículos, y finalmente entablan forzadas relaciones con el exterior, teniendo que convivir con sus vecinos sometidos a iguales circunstancias de confinamiento. Los personajes muestran sus caretas y esconden los auténticos rostros. Son máscaras de protección que esconden la vulnerabilidad, pero a su vez lo insulso de sus razones vitales. Como escribía en un capítulo de libro:

Así se aprecia en las tensas relaciones de la joven embarazada con la cuñada celosa que viajan en la Toyota, el intento extremo de la muchacha por aprender inglés en audio casetes para conseguir un mejor empleo, el hijo adolescente que provoca a su medio hermano ante la desesperación de la madrastra, el autoestopista que aprovecha la benevolencia que le ofrecen de cruzarlo “al otro lado” para flirtear con la chica guapa [y maniática, con un escondido suceso criminal ocurrido en el pasado], el imprescindible vendedor “de a pie” que a todos ofrece los *souvenirs* y las provisiones, y que por su condición de ambulante, trae y lleva las noticias [pero ante todo, los rumores que desquician aún más a los paseantes] (Salcedo 2012: 106).

Este microcosmos es un auténtico animalario, un enorme acuario transparente que atiende en general a las circunstancias antes apun-

tadas, deliberadamente jocosas. Esta *Sinfonía*, como mencionó en su momento Héctor Azar, es un vértice que habla de la frontera del norte geográfico mexicano y que: “configura una farsa del esperpento clase-mediero contemporáneo; ése que se regodea transitando por las rutas del *american-way-of-life* hasta llegar a los extremos fracturados de lo humano ridículo” (2001: 10). Y es que los personajes de la clase media que aquí se representan, giran en torno a unas apetencias estrafularias, legítimas pero desbordadas, reflejo de sus presentes banales que pulsán de manera intermitente en afán de encontrar otras formas de cultura, pero desechando las propias. Concluye Azar: “Quiero creer que esta *Sinfonía* es una especie de canto gregoriano de la identidad perdida, igual que salmo pulverizado y entonado por algún «ángel de la independencia» que alzó el vuelo. El aria de la locura familiar que nace donde la patria concluye” (10).

La *Sinfonía* con que se titula la comedia, en realidad quiere hacer alusión irónica al malogrado concierto producido entre los cláxones y bocinazos, el griterío destemplado, las voces incomprensibles, los motores de los automóviles y la singular mescolanza de músicas diversas que ubican la pieza en una temporalidad muy precisa. En esta edición se respeta la alusión temporal para ofrecer ese retrato de época, ubicada a principios de la década de los años noventa del siglo pasado, cuando recién entraba en operación aquel prometedor Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, el TLC, que apoyaría el establecimiento de la triste etapa marcada por el neoliberalismo y que derivaría en el fracaso económico mexicano todavía resentido.

Agua Caliente, por su parte, se escribió continuando el ejercicio bajo la idea de explorar la esencia “dramática” de auténtica inspiración bajacaliforniana, también manifiesta en otros textos de quien esto escribe, y que han tenido una recepción constante. En este listado se apuntan *La Bufadora*, *Arde el desierto con los vientos que vienen del sur*, *Bárbara Gandiaga*, *La estrella del Norte* o *Bulevar*. Es por eso que consideramos, en las más variopintas expresiones del devenir en la frontera geográfica y política aludida, que se instaura venturosamente un auténtico teatro, un escenario “real”, no ficticio, que sirve de aliento para hacer deambular a personajes que se confunden con la idea de persona.

Se antoja pensar que allí, aquí, todos somos personajes de alguna historia dramática que alguien habrá de escribir y luego escenificar. Cada esquina, cada plaza, antro o avenida, se erigen como espacios de muy probable resolución dramática. De allí que *La ley del Ranchero*, por ejemplo, se inspire en un acontecimiento de la Plaza Santa Cecilia y alguno de sus antros, y *Pique y ahorre* se derive de algún suceso de una tienda de electrodomésticos de la 5 y 10.

La idea de *Agua Caliente* derivó de una sencilla pesquisa por los archivos de historia de la ciudad de Tijuana donde se asienta que la denominada “Ley Volstead” promulgada por los Estados Unidos y que prohibía los juegos de azar y el consumo de alcohol en su territorio, impulsó el surgimiento de enclaves turísticos como el balneario que da nombre a la comedia e inaugurado en 1928. Sin embargo, contra todo pronóstico, el refulgente y exclusivísimo espacio de ocio tendría una vida muy breve, pues ya en 1935, el entonces presidente Lázaro Cárdenas decretaría toda suspensión de apuestas y demandaría el cierre de casinos. Esta medida golpeó duramente el ingreso de divisas, y en consecuencia también a quienes vivían en torno al turismo de altura, ya que importantísimas figuras del medio cinematográfico de Hollywood y del hampa, visitaban el conjunto.

La comedia *Agua Caliente* presenta retablos completamente ficticios que toman sitio en aquel tiempo y lugar anunciado, visitados por una pareja de imberbes estudiantes de preparatoria quienes, al querer escaparse de sus deberes referentes al estudio de la Historia como asignatura, se aproximan a ella mediante un artificio de la presencia material que rompe con las leyes de la lógica. Olguita y Javier, los personajes centrales, sin ninguna explicación que valga, ingresan a aquella vorágine de glamour, aspiraciones económicas, apuestas y —claro— crímenes. Ambos serán testigos de los embustes y las ambiciones sucedidas en aquella época pretérita, y cuyos actos no se distanciarán mucho de las circunstancias de su actualidad —y, por supuesto, tampoco de la nuestra—. La historia del pasado (re)vivida ante los propios ojos de los personajes, les servirá para comprender la historia del presente y dilucidar acerca de la existencia de un delgado pero sólido hilo que une ambas temporalidades a las que se va y viene, y se accede con una facilidad apabullante.

En el desarrollo de esta comedia como género de la exploración de los excesos humanos, el episodio del falso inglés, la avaricia de Paolo, la pasión de la Faraona, por ejemplo, acabarán en resultados desagradables o patéticos que enmarcan los reveses de la fortuna: el tartufo será descubierto y mutilado de su sexo por la amante engañada, la acción de Paolo rayará en las puertas del infierno al vender su alma a un mensajero del diablo, y la Faraona acabará embriagada para darse valor y cometer el suicidio. Euforia y arrebato, pues, como las características de estos personajes que claman a gritos la gana de vivir, aun cuando su voz desaforada los conduzca a su propia destrucción.

Finalmente, en *Confesiones de una telefonista erótica* se da espacio a la voz femenina que reclama un lugar digno para hacerse audible. Pandora es el seudónimo de una veinteañera, egresada de una carrera de teatro, que -igual como sucede a muchas en la cruenta realidad- no encuentra acomodo en el espacio laboral. La necesidad la obliga a auto emplearse en el campo del sexo servicio por teléfono. De esta manera se hace una crítica extendida para aquellas o aquellos que se sientan aludidos: a las instituciones que no dinamizan la promoción de lugares de trabajo y dejan a la aventura -o más bien desventura-, a su población de egresados, altamente capacitados, pero que deambulan sin empleo o con cargos apartados de su oficio; a la paternidad irresponsable que ha procreado como un acto impulsivo e irracional sin tomar las riendas del compromiso que sus maniobras ameritan; a los profesores abusivos, y finalmente, a los varones que viven a flor de piel las pulsaciones meramente instintivas de su sexualidad.

Ante esta carpeta extendida de vicios individuales y conductas sociales, se erige dignamente la figura de la chica inteligente y persistente que naufraga con ventura en uno y otro vendaval con sus metas muy claras. Y también la sexo servidora como quien lleva a cuestras un trabajo muy difícil pero meritorio, muchas de las veces denostado e hipócritamente socorrido.

La estructura monologal de las *Confesiones* permite manifestar una serie de estrategias representacionales como la enunciación de los avisos de ocasión en las páginas de la prensa física, las cualidades de preparación de la aspirante a sexo servidora para trabajar con eficiencia y

luego con ahínco, o las revelaciones del pasado familiar que se entrecruzan a cuentagotas, aquel que denostó la profesión de actriz pero que ahora saca a flote la asfixiada economía.

Al referirse al monólogo como forma de exposición dramática en general, Carlos Araque Osorio escribe: “Es, digámoslo sin temor, una exploración sobre el lenguaje y sus complejidades, sobre la palabra y su poder, sobre la renuncia a la razón pura, para instaurar la poética en la escena” (2017: 18). El monólogo es un artificio difícil porque pone en riesgo las habilidades de la dramaturgia, pero enseguida las cualidades actorales y la resolución espectacular, a fin de que no decaiga la expectativa; es decir, que el interés se mantenga constante y creciente aun con la economía máxima de intérpretes en escena.

Y cuando Araque se refiere específicamente a *Confesiones*, menciona que el autor ya le “había sorprendido por su causalidad y su condición para combinar estructuras gramaticales” (18), que reaparecen en esta propuesta textual como (re)invenciones del lenguaje, recurrencias, cadenas de voces afines, encabalgamiento de ocurrencias y, en fin, de condicionantes que, mediante su recitado, dan cadencia al discurso e invitan a sostener la atención de los espectadores.

En las *Confesiones*, luego de la turbulencia que representa Pandora con su decir y su hacer, la calma vuelve. Ella misma se da cuenta de que su continuado y a veces ingrato desvelo ha valido la pena, y que el teatro es el formulario idóneo para poner en perspectiva cada uno de los eventos felices o los desgraciados. La ficción meta teatral la libera y convierte a esta comedia en un espacio de experiencias compartidas, donde se construye la efectiva comunión entre la actriz y su público.

Final

Se ha perseguido, con esta incompleta puntualización, mostrar en general algunos derroteros y alcances de la comedia. En sociedades como la actual, tan permeadas por el vicio y la tesonera voluntad de impedir la evolución dinámica de las cosas, se va gestando el planteamiento de un perfil cómico que —llegado su momento— aflorará a borbotones. La autoridad de cualquier tipo de organización sea cual fuere

(institucional, familiar, laboral, etcétera), el afán hipócrita o hasta mediocre de sus miembros, desearían impedir la fractura del espacio de confort al que están acostumbrados; de allí la naturaleza conservadora y acomodada que se defiende. Y, sin embargo, afortunadamente, el carácter evolutivo y contradictorio del ámbito social revisará en las grietas, escudriñará en los agujeros y no descansará hasta hacer mella desbordando lo incontrolable, ya para el cambio de situación completa o bien para el reacomodo de las piezas insertas en ese mismo tablero conservador. De cualquier manera, y aunque sólo se tratara de otra disposición dentro del mismo orden, no será sino para que emerjan desde su seno, nuevas estrategias de desentrañamiento.

Esta marca teórica del desarrollo de la sociedad invitaría a pensar en algo como un desplazamiento de placas tectónicas que, después del cataclismo, advierten un momento de aparente calma y júbilo; pero en donde, bajo la corteza terrestre, se prepara ya otro momento crítico que habrá de emerger toda vez que se cumplan las condiciones de su preparación.

La comedia no es lo contrario a la tragedia, como se resume fácilmente y con tanta soltura. La comedia es un desplazamiento —hacia lo festivo— de la tragedia. Recordemos, por un lado, lo dicho respecto a la confección espectacular del Peloponeso cuando con un drama satírico se cerraba la tetralogía representada. Y por otro lado tengamos en cuenta que la comedia nos invita, mediante sus formulaciones específicas, eso sí, a mirar(nos) de frente en el espejo de la moral, la tradición y la costumbre, para —como lo hace la tragedia— alcanzar la experiencia propia en la vida ajena y contemplar el devenir de forma activa, es decir, con probabilidad de transformación.

Si bien pues la comedia, como menciona Aristóteles hace su espacio en la consideración de «hombres inferiores», eso no implica de ninguna manera que pierda estatura ante la magnificencia trágica; son experiencias distintas. La tragedia tiene en cuenta el movimiento telúrico y agónico, la fatalidad y el carácter. La comedia es entusiasta y al tiempo punzante y penetrante, se involucra aún de mejor forma en la vida cotidiana y dolorosamente reconocible.

Referencias

- Araque Osorio, Carlos (comp. y ed.). “Un decálogo como símbolo de creación para la escena”, *Eco de voces sin aliento. Monólogos*, Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2017, pp. 5-30.
- Aristóteles. *Poética* (trad. de Valentín García Yebra), Madrid: Gredos, 1974.
<http://www.ugr.es/~zink/pensa/Aristoteles.Poetica.pdf> Consulta: 20 mayo 2021.
- Azar, Héctor. “Presentación”, *El viaje de los cantores* de Hugo Salcedo, México: Conaculta – Secretaría de Cultura de Jalisco, 2001, pp. 9-10.
- Estala, Pedro de. “Discurso sobre la Comedia antigua y moderna”, *El Pluto, Comedia de Aristófanes*, Madrid: Sancha, 1794, pp. 3-46.
- Pavis, Patrice. *Diccionario de la performance y del teatro contemporáneo* (trad. Magali Muguerca), México: Conaculta – Paso de gato, 2014.
- Salcedo, Hugo. “Presencia e influencia de la obra cortazariana y la (re) construcción dramática”, *Julio Cortázar perspectivas críticas. Ensayos inéditos* (coords. Pol Popovic Karic y Fidel Chávez Pérez), México: Porrúa – Tecnológico de Monterrey, 2012, pp. 97-119.

Sinfonía en una botella

Personajes:

AUTO 1. Un Topaz tinto, del año:

Soco
Alberto
Carlitos

AUTO 2. Un Valiant color crema:

Jackie, después también
David Reyna

AUTO 3. Un *rabbit* azul cielo:

Mary Anderson (Graciela)

AUTO 4. Una camionetita Toyota, anaranjada:

Margarita
Enrique
La hermana (de él)

El de a pie

En la línea: el cruce fronterizo Tijuana-San Ysidro. En el escenario hay muchos automóviles que hacen cola para pasar a los Estados Unidos. De ellos habrá solamente cuatro que nos interesan. Todos tienen el volumen muy alto de sus radios y no podemos, a primera vista, darnos cuenta de lo que platican. Hay de todas las melodías imaginables: desde la voz de Tony Aguilar que al ritmo de tambora interpreta “Tristes recuerdos”, hasta la música del grupo Depeche Mode que canta su “Personal Jesus”. En un primer plano auditivo, las notas del Benvenuto Cellini, Op. 23 de H. Berlioz.

Uno de a pie aparece por entre los automóviles, tratando a toda costa de vender su mercancía.

EL DE A PIE: ¡El Sol!, ¡El Mexicano, ¡El Zeta! ¡Casos de Alarma! ¡Entérese de las últimas noticias! ¡Las Alemanias se separan de nueva cuenta! ¡Llevan a concurso la construcción del muro de Berlín! ¡Todos pueden mandar ya sus propios diseños! ¡Vanidades, Vogue! ¡Yuri golpeó a Daniela! ¡La contaminación mata al pandita de Chapultepec! ¡El pueblo mexicano se viste de luto! ¡Muere el pandita de Chapultepec! (*Alguien extiende por la ventanilla su brazo y compra Casos de Alarma.*) ¡Kiki Camarena está vivo, nace un nuevo mito! ¡No estaba muerto ni andaba de parranda! ¡El Mexicano! ¡El Zeta! (*Al exterior.*) ¡El Sol! ¡El Mexicano! (Sale.)

AUTO 1: *Soco y Alberto en el asiento delantero; atrás Carlitos.*

SOCO: La misma línea de automóviles. La misma rutina. La misma lata. (*A sí misma, pero sonriendo hipócritamente a los vecinos.*) ¿Qué tal, don Pepe González? ¿Qué gusto verlo! ¿Cómo le va con su cadena de ferreterías? Estará muy orgulloso, ¿verdad? ¿Compró al fin su nuevo automóvil? Sí, ya veo, ese *Cougar* es precioso. Le va más con su personalidad... Estúpido. ¿Y su señora? Pues la nueva, la Pérez, ésa. Ya sé que su sexualidad ha estado muy activa, no tiene por qué presumirlo, cuando menos no a mí... Yo soy una mujer casada; es decir, feliz... (*Se le congela la sonrisa.*) Casada, es decir... es decir... (*Transición.*) Ay, pinche güevonada. Aunque la palabra resulte poco elegante no hay otra para expresar la aburrición. La mugre cola. ¡Bola de coleros! (*Pausa.*) Escuché una mala palabra, Carlitos.

CARLITOS: ¿Yo, mamá? No dije nada. Tú eres la que vienes como hablando sola.

SOCO: Cómo no. Clarísimanete te oí.

CARLITOS: No...

SOCO: ¡No! ¡Y no me contradigas!

AUTO 2:

JACKIE: (*Desde hace rato que David pide aventón sin conseguirlo; Jackie lo ha visto y con una seña lo invita a su auto. David es güero y joven.*) ¿Qué onda, para dónde vas?

JACKIE: Voy a *National City*. ¿Y tú?

DAVID: Hasta San Diego, pero si quieres puedes dejarme por allí.

JACKIE: Súbete.

DAVID: (*Mientras lo hace.*) Gracias. (*Con galantería pronuncia la versión gringa de su nombre.*) Mi nombre es *Queen, Déivid Queen*.

JACKIE: (*Aguantando la risa.*) ¿Sí?

DAVID: (*Sabe que ha sido ridículo.*) David Reyna...

JACKIE: ¿Reyna?

DAVID: ¿Qué, eh? ¿Qué tiene?

JACKIE: No, nada. Yo me llamo Jackeline.

DAVID: Mucho gusto, Ja-cke-line.

AUTO 3:

Una muchacha joven —Graciela— trae una mascarilla de miel y huevo en el rostro. Comienza a quitársela muy despacio. Pone su casete en la grabadora portátil, allí escuchamos:

¡Hola! Usted está a punto de cambiar el rumbo de su vida. Ha hecho la decisión correcta. Usted es una persona inteligente porque ha adquirido el mejor método de... (*Adelanta el caset.*) *Unit one. Lesson one. Your attention please...*

AUTO 4:

En la Toyota viajan Enrique y Margarita. Ella carga una niña de ocho meses de nacida. Está también embarazada. Atrás viene la Hermana de él; es gorda y chocante.

ENRIQUE: Pásame otro casete, ¿no Margarita? Ya me enfadó esta chingadera.

LA HERMANA: Mejor dale la vuelta. Vuélvelo a poner. Con esa música me acuerdo de los bailes aquellos a los que íbamos. ¿Te acuerdas?

ENRIQUE: Mejor ni acordarse. Cámbiale.

LA HERMANA: Por lo menos déjalo que se termine.

ENRIQUE: Que lo cambies. (*Margarita lo hace.*)

LA HERMANA: Egoísta.

ENRIQUE: (*Grita hacia afuera.*): ¡Órale, pinches bueyes, camínenle!
(*A Soco.*) ¡Señora, trucha, se le van a meter allí adelante!

SOCO: (*Molesta.*) ¡Y a usted qué le importa! ¡Qué tal si soy una persona educada y permito que se me metan por allí adelante! (*Despectiva.*) ¡Chilango no fueras!

Aparentemente Enrique, quien efectivamente es de Ecatepec, no escuchó.

LA HERMANA: Margarita, dame el paquete de galletas.

MARGARITA: ¿Las saladitas?

LA HERMANA: ¿Y cuáles otras hay, eh? (*Ella se las pasa, de mala gana.*)

ENRIQUE: Destápame una soda.

MARGARITA: Destápala tú. ¿No ves que con la niña no las alcanzo?

ENRIQUE: ¿Y yo qué? Tengo que estar listo para avanzar, si no se nos meten.

MARGARITA: (*Con muchos trabajos y de más mala gana lo hace.*) Y a mí que se me corte la leche.

LA HERMANA: (*Ríe.*) Pues haz queso. (*Pausa.*) De una vez dame otra soda para mí.

Margarita lo hace. Los hermanos beben y eructan asquerosamente. Ríen.

AUTO 1:

ALBERTO: Lástima que sea tan chocante. No, si mi papá no es nada tonto. En eso me parezco a él. No somos tontos. Buen gusto que tiene el ruco. Ella hasta podría pasar como mi hermana mayor. Lástima de figura, porque de educación, de cariño, cero. Tan guapa pero tan amargadita... ¿Que yo quién soy? ¿Cómo que quién? Pues yo, el hijo de la otra. Pero conmigo ni discutir, porque soy el único del primer matrimonio y ni modo. El primer matrimonio es el que más cuenta, y ni modo.

AUTO 4:

MARGARITA: Ay, ¡no me jales el pelo!

LA HERMANA: ¿Yo?

MARGARITA: Ni modo que quién. Con tus pulseras me lo enredas y me lo jalas. ¡No me estés tocando el pelo! ¡Ay!

LA HERMANA: Qué delicada.

MARGARITA: ¿Y qué querías?

LA HERMANA: No me hables así.

MARGARITA: Ni tú tampoco.

LA HERMANA: Si te jalo las greñas es por mi gusto.

MARGARITA: Nomás eso me faltaba. Tan grandota y tan grosera.

ENRIQUE: ¡Ya! ¡Cabrones con ustedes! Par de escandalosas.

LA HERMANA: Óyeme, óyeme...

MARGARITA: No quieras lucirte enfrente de ésta.

ENRIQUE: ¡Que ya! (*Un largo silencio, muy incómodo.*)

AUTO 2:

DAVID: ¿Estéril?

JACKIE: Sí, por los mentolados.

David tira por la ventanilla el cigarro mentolado que había venido fumando.

AUTO 3:

GRACIELA: (*En cantaleta.*)

Ventana, *window*.

Puerta, *door*.

Techo, *ceiling*

y piso, *floor*.

AUTO 2:

DAVID: No está mal, buena pierna, buenos pechitos y esa boquita...
Hasta se antoja para un faje en plena calle. No será la primera

vez. Hace días que nada de nada... ni que yo estuviera muy dado al arrastre. No, eso no es. Lo que pasa es que hay temporaditas, y ahora estoy pasando por una de éstas. Ella dice que se llama Jackeline, Jackie. Qué ridícula. Y cree que me tragué el hueso. Si uno se cambia de nombre como para hacerse el interesante, ellas con mucha más razón. Jackie, cómo no. Te voy a invitar al Parque Balboa, tienes que querer... Total, con que vayas... ya estando allí... No puedes negarte. Conmigo tienes que querer. Porque si no... buena pierna. Sería una lástima, un desprecio...

AUTO 4:

LA HERMANA: *(A Margarita.)* Sube tu cristal por favor. *(Margarita la mira molesta. Ella, chillona.)* Por favor. *(Margarita lo hace.)*

ENRIQUE: Bájale. ¿A poco no sientes el aire sofocado? *(Margarita baja el cristal.)*

LA HERMANA: Súbelo. Está haciendo mucho polvo afuera. *(Margarita lo sube.)*

ENRIQUE: Que lo bajes, Margarita. *(Margarita lo hace.)*

LA HERMANA: Óyeme no. Dije que lo subas.

ENRIQUE: ¡Abajo!

LA HERMANA: ¡Arriba!

ENRIQUE: ¡Abajo!

LA HERMANA: ¡Arriba!

AUTO 3:

GRACIELA: Arriba, *up.*

Abajo, *down.*

Izquierda, *left.*

Derecha... *(Se interrumpe por la dura mirada de sus vecinos.)*

AUTO 4:

LA HERMANA: ¡Arriba!

ENRIQUE: ¡Abajo!

MARGARITA: *(Estalla.)* ¡Ya! ¿A quién quieren que le haga caso?

ENRIQUE: ¿Cómo que a quién, vieja? ¿A quién tienes tú qué hacer caso? A ver... piensa...

MARGARITA: Uno dice una cosa y...

LA HERMANA: (*Indignada.*) Mira, cuñadita: tú serás la muy esposa de mi hermano. Pero ante todo él es MI hermano y te aguantas.

MARGARITA: ¿Ya la oíste, gordo?

LA HERMANA: Ahora no salgas otra vez con tu “gordo”. Tan chocante.

MARGARITA: ¿La ves? ¿La ves? No le dices nada... Ella te importa más que yo misma. Pues mejor a ella te la hubieras “robado” después de una fiesta. Mejor te hubieras casado con ella. Mejor hubieras tenido los hijos que querías con ella. Quédate con ella, acuéstate con ella, y también a la hora de la hora, también a ella le dices que ya no puedes hacerlo conmigo en la cama, porque estás cansado, porque no te concentras, porque estás estresado... Pero lo que es cierto, es porque lo que te gusta es hacerlo por ti mismo... solo... en el baño... con tus cochinas revistas de encueradas.

LA HERMANA: (*Comienza a cantar, silenciosamente.*) “Y qué hiciste del amor que me jurabas, y qué has hecho de los besos que te di...”.

MARGARITA: Para nada que me sirves, nada que me cumples. Y cuando digo cumplir, ya sabes a lo que me refiero... Nada que te necesito. Mis papeles y los de mi niña están en regla. Voy a un teléfono y le voy a decir a mi mamá que me consiga trabajo al otro lado, como dependienta de alguna tienda de *Horton Plaza*, que además está bien bonita y se antoja mucho como para trabajar, rodeada de tantas cosas tan lindas que compran las señoras... Le voy a decir a mi mamá que pase por mí para ya no volver a verles la cara a ninguno de los dos. Adiós.

LA HERMANA: ¿La oyes? Hasta le sale con musiquita: “A ninguno de los dos. Adiós”. ¡Ay, sí!

Margarita, con una enorme panza de embarazo abre la puerta, y con grandes trabajos sale del auto, con su niño en brazos, la pañalera, biberón

nes y su bolsa de mano. Va a la cajuela, la abre, y entre sollozo y puchero, saca una modesta maletita. De allí se deshace de lo que no es de ella: rastrillo, pañuelos, plumas, cigarros, etc. Lo demás, lo dobla cuidadosamente y comienza a guardar. Los hermanos se miran: ella con burla; él con nerviosismo.

AUTO 3:

GRACIELA *(En su propio automóvil ha comenzado su sesión de maquillaje, paso a paso, desde la base hasta las pestañas postizas. Se quita un turbante y con una secadora acomoda su cabello. Tararea, enfática, I will survive.)*

AUTO 1:

CARLITOS: *(Abre el quemacocos del coche y por allí habla hacia el público.)* Mi familia, aunque no tanto como en las películas, sí es una familia ejemplar. Los dos a mí me quieren y mucho. Ah, menos cuando se pelean y se agarran con los platos contra la cabeza. Ya van tres vajillas que estrenamos... A veces no se ponen de acuerdo. Cualquier cosa es motivo para discutir, pero en el fondo así es como ellos se quieren. Somos una familia ejemplar. Y como quiera que sea ellos, me aman y me complacen en todo. Ahora precisamente, me van a comprar el súper guante de Nintendo. Ésa es una muestra de que me quieren. Y yo también a ellos. No soy como el flojo de Alberto, mi hermano... Tiene todo y no tiene por qué tratar así a mi mamá. No tiene derecho. Él es así porque en verdad pertenece a medias a mi familia. Es mi medio hermano, por eso se merece la mitad de todo. La mitad de todo el cariño. Yo no, yo tengo a mi papá y a mi mamá verdadera. Yo me merezco un cariño completo. No a medias, no en mitades. Completo. Completito.

SOCO: ¿Qué dices, Carlitos?

CARLITOS: ¿Eh? Este... Nada, mamá.

SOCO: Algo mencionabas. Algo de vajillas y cubiertos. Algo alcancé a escuchar.

CARLITOS: ¿Yo?

SOCO: Sí, tú.

CARLITOS: No.

SOCO: Mira, Carlitos, no te hagas. Cuando te pregunto, quiero que me contestes exactamente lo que estoy preguntando. Me tienes con los nervios de punta.

ALBERTO: (*La imita.*) ¡Ay, sí, Carlitos, por favor, mira cómo nos tienes! ¡Con los nervios de punta!

SOCO: Grosero.

ALBERTO: ¿Y yo por qué? (*Un largo silencio.*)

CARLITOS: Alberto, yo pienso...

ALBERTO: Tú cállate, menso.

SOCO: Tampoco lo calles.

ALBERTO: A mí no me digas lo que sí tengo que hacer y lo que no tengo que hacer. Para eso me valgo por mí mismo.

SOCO: ¡Vaya con el joven maduro!

ALBERTO: Aunque lo dudes.

SOCO: ¿Qué es lo que quieres decir? (*Alberto se encoge de hombros.*)
¿Eh? (*Pausa.*) ¿Qué es lo que quieres decir? (*Pausa.*) Que no sea lo que imagino.

ALBERTO: No sé lo que te imaginas...

CARLITOS: Mira Alberto...

SOCO: ¡No interrumpas, Carlitos! Esto debemos aclararlo y de una vez por todas. Ya.

ALBERTO: ¿Aclarar? ¿Aclarar qué?

SOCO: No te hagas. Sabes de lo que estoy hablando.

CARLITOS: (*Breve pausa.*) Y tampoco me mensées, Alberto, ¿eh?

AUTO 4:

LA HERMANA: (*A Enrique.*) ¡Tú tienes la culpa! ¡Ponla en su lugar, güey!

AUTO 2:

DAVID: Este... sí. En verdad. Mi apellido es Reyna.

JACKIE: Ajá...

DAVID: No es común ese apellido por acá, ¿o sí?

JACKIE: Un amigo de mi papá era Reyna... ¿Ustedes dónde nacieron?

DAVID: Bueno, no. Nosotros somos de Monterrey, pero duramos años aquí, con el negocio de la lavandería.

JACKIE: ¿Ah, sí? ¿Quiénes?

DAVID: Mi familia. Fue un negocio que compraron o algo así.

JACKIE: ¡No me digas y te refieres a la lavandería de la colonia Cacho!

DAVID: ¡Sí! ¡Ésa! ¿La conociste?

JACKIE: (*Espantada.*) Sí... no... bueno, es que es un negocio famoso, muy conocido.

DAVID: Era.

JACKIE: ¿Por qué?

DAVID: Quebramos. La gente comenzó a dejar de ir porque fue comprando sus propias lavadoras... Ya ves que aquí las de segunda son buenas, y bien baratas...

JACKIE: Ah... ¿sí?

DAVID: (*Pausa.*) No, no es cierto. La verdad es que la clientela comenzó poco a poco a dejar de ir al negocio... que porque asustaban.

JACKIE: Sí, de eso me enteré... hace años. (*Pausa.*) Pero nos fuimos mis hermanos y yo al sur, un buen tiempo, y ya no supimos en qué acabó la cosa... Hasta ahora que regresamos... (*Pausa.*) ¿Así que asustaban?

DAVID: A veces. No muy seguido, claro. Lo que pasa es que se botaban las tapas de las lavadoras, llenas de jabón, como de forma sincronizada: la primera, luego la segunda y así... O se iba el agua de repente, se cortaba el agua y todo se paraba. O se chamuscaba la ropa en las secadoras, el aire salía caliente, como una bocanada del infierno... Y que por la noche temblaban las tuberías. Comenzaron las quejas de vecinos. Las tuberías como a punto de reventar. En realidad nada grave, pero la gente dejó de ir, ya sabes cómo se pone por nada... (*La cara de Jackie se ha descompuesto.*) Oye... ¿Y qué haces en National City?

JACKIE: (*A la defensiva.*) ¿Por qué?

DAVID: No, perdón, digo, por preguntar.

JACKIE: (*Miente.*) Pensaba ir con mi mamá. Es que está enferma.

DAVID: Pobre. (*Transición.*) ¿Por qué dices que pensabas?

JACKIE: Porque a este paso voy a llegar sólo a cargar gasolina y me regreso. La línea no avanza. Ha de ser ya tardísimo.

DAVID: Creo que caminando llegaríamos más rápido al otro lado.

JACKIE: Sí, ¿verdad? Si quieres, pues pásate a pie.

DAVID: No, cómo crees. Me espero. Te acompaño.

JACKIE: De veras. Si quieres, pásate a pie. Allá nos alcanzamos.

Entra el vendedor de a pie, ahora cargando sombreros y sarapes. Desde que aparece, se dirige decidido a David que en ese momento bebe un refresco.

EL DE A PIE: ¡Sombreros, sarapes! *(Le estampa un sombrero a David. Con el sarape le tira el refresco.)* ¡Mexican curious! Llévase su souvenir. Los sombreros son de Jalisco y los sarapes me los mandan de Saltillo.

DAVID: ¿Y la soda?

EL DE A PIE: No, este, pues, la soda es de aquí del depósito.

DAVID: ¡Me tiraste la soda! ¡Me mojaste, güey!

EL DE A PIE: ¡Perdón, perdón güero! Lo mojado se seca y ya sequita... pero lo güero...

DAVID: ¡Quéee!

EL DE A PIE: Digo, que si va a ser sombrero o va a ser un sarape.

JACKIE: Oiga, señor, ¿Por qué no me hace favor de ir a preguntar qué pasa, por qué no avanzamos? Ya tenemos rato y nada.

EL DE A PIE: ¡Cómo no, señó! ¡Por tratarse de usted con mucho gusto, cómo no! Voy y vengo. *(A David.)* Aguántame un rato mis cosas, güero.

DAVID: *(Con sombrero y sarape.)* ¡Ey, llévate esto, ey!

EL DE A PIE: ¡Aguanta, voy y vengo! *(Sale.)*

AUTO 3:

GRACIELA: *(Continúa con su lección de inglés.)*

Hello, Mary.

Hello, Tony. How are you?

I'm fine, thank you. And you?

Fine, thank you.

(La grabación continúa. Graciela suspira.) Hello, Tony... Tony... Tony. ¡M Graciela. ¿Te acuerdas de mí? ¡Qué digo Graciela! ¡No! ¡M Mary Anderson. Es más cool. ¡Mary Anderson, como la de la lección!... Tony... Tony... ¡M Mary Anderson! (Intensa.) Y vengo dispuesta a todo... Tony.

AUTO 4:

LA HERMANA: *(En el interior.)* El que se fue a la villa perdió su silla. *(Con gran soberbia pasa al asiento delantero. A su hermano.)* No me digas que con su discurso te conmovió. Es una farsante. Si lo tenía todo preparado. Ella nomás estaba esperando la oportunidad para lucirse y para ponerte en mal. La conozco casi igual o tanto más que tú. Entre las mismas mujeres no podemos engañarnos. Es la misma escena de cada semana, la misma. ¿Por qué crees que no se ha largado? Allí la tienes atrás, en la cajuela, según ella acomodando sus cositas... ¡Si es un chantajista!

ENRIQUE: No lo hago por ella sino por la bebida. Imagínate que algo le pase. *(Sale tras Margarita.)*

LA HERMANA: ¡Este pendejo!

EXTERIOR.

ENRIQUE: Ya, vieja. No seas payasa y ridícula.

MARGARITA: *(Termina de cambiar el pañal sucio a la niña. No sabe dónde ponerlo.)* Ahora hasta payasa...

ENRIQUE: Y ridícula.

MARGARITA: Payasa y ridícula. *(Le da el pañal sucio a Enrique.)*

ENRIQUE: ¿No querías que saliera a rogarte para que te regreses? ¿No fue por eso tu capricho? Bueno, ya lo hice. Tú ganas. Ándale. Adentro.

MARGARITA: Me tratas como a tus patas. ¿Qué te crees?

ENRIQUE: Te ahogas en un vaso de agua.

MARGARITA: Y todo por la cacatúa de tu hermana. No la soporto.

LA HERMANA: *(Que escuchó el cacatúa.)* ¡Ay, Quique, si no quiere subirse pues que no se suba! ¡Ni le ruegues! Ya la conocemos. No le ruegues. Las mujeres como ella no entienden de razones.

Los conductores de los demás vehículos están atentos al pleito. No han perdido detalle.

ENRIQUE: Bonito espectáculo. Métete.

MARGARITA: ¡Eres una hocicona!

LA HERMANA: ¡Hocicona pero no arrimada!

MARGARITA: Mira quién lo dice, si en eso eres la maestra.

LA HERMANA: Lástima que me das con esa panza, que si no...

MARGARITA: ¡Mi panza se me quita con el parto! No que la tuya...

Esta que traigo ya la quisieras para un domingo.

LA HERMANA: Para un domingo pero de Resurrección, chiquita.

ENRIQUE: ¡Se callan o las callo! Y tú, para adentro. *(A los de los otros carros que figonean.)* ¿Qué? ¿Qué?

Enrique obliga a Margarita a meterse. Ahora quedan ella con su niña y su maleta en los asientos traseros del cochecito. A la hermana, que quedó adelante, le pasa el pañal sucio.

ENRIQUE: ¡Y tú, ten!

LA HERMANA: ¿Eh? ¿Yo? ¿Y yo para qué quiero este pañal cagado? ¡Te pasas, Enrique! ¿Qué hago yo con esto? ¡Mira, ya hasta me embarré los dedos!

AUTO 3:

JACKIE: *(Para sí).* Así que Reyna. Déivid o David, pero Reyna. La pinta de ratero nadie te la quita. Así que tú eres de aquellos del asunto de las lavanderías... ¡Y todavía mirándome con ojos de lujuria! Pero lo voy a llevar al departamento de las muchachas. Le vamos a aplicar la Ley del Talión. ¡Y no me importa si tú estabas chico cuando entonces! Alguien debe de pagar por todo aquello... ¡Qué casualidad de la vida! Encontrarme con uno de aquellos aquí mismo, sin buscar, queriendo cruzar la línea... Ni sabes la que te espera, ni te imaginas.

EL DE A PIE: (*Veloz.*) Oye güero, ¿cómo ves si los ayudo para cruzar a aquel carril o para el otro de allá? Aquéllos ya van a comenzar a avanzar. ¿Cómo ves? ¿Se hace?

DAVID: No; toma; llévate tus cosas.

EL DE A PIE: ¿No? Yo les ayudo. Por una propina, una *cora*.

DAVID: (*Enfadado.*) Muchas gracias.

EL DE A PIE: ¿Tampoco compras nada?

DAVID: (*Regresa la mercancía.*) Nada.

EL DE A PIE: Para eso me gustabas... (*Revisa el sarape.*) No'hombre güero, ve lo que *hicistes*. Así no. Ya me *quemastes* el sarape, *ora* me lo tienes que comprar.

DAVID: ¿Qué te pasa? Así estaba cuando me lo aventaste. Esto es plan con maña. Mejor lárgate.

EL DE A PIE: ¿No lo compras? Ahora es de a güevo. Quemado lo vas a tener que comprar.

DAVID: ¿Qué te pasa, güey?

EL DE A PIE: ¿Cómo ves que sí me lo compras? ¿Cómo ves?

DAVID: Que te largues, pendejo.

EL DE A PIE: 'Ché güero cagaleche.

DAVID: Prieto nalgas miadas, tu madre.

EL DE A PIE: Bájate, maestro, bájate. (*Chifla.*) Vas a ver, desgraciado. (*Más chiflidos.*) No estoy solo, maestro. (*Grita hacia afuera.*) ¡Cáiganle raza, acá hay *bisne*! (*A David.*) Somos un buen, ni sabes. Estamos bien armados y bien organizados. Te vas a arrepentir. (*Chifla.*) Vamos a ver a quién le quedan más miadas sus nalgas.

DAVID: Lo que quieras, culero. Tú y toda tu organización de estafadores ambulantes, me hacen cosquillas. ¡Malandros!

EL DE A PIE: (*Con chiflidos.*) ¡Bájate, méndigo! (*David baja del auto y lo agarra de la camisa. El de a pie grita asustado.*) ¡Ey, compas! ¡Ya se están tardando, compas!

De pronto una potente voz que sale de los altavoces, congela la acción de los personajes.

UNA VOZ: *Your attention, please. Your attention... To all drivers in line, we informe you that for Security Reasons, the International Border has been closed. We ask for your understanding. We apologize for any inconvenience this may cause. Thank you. (Ahora, con muy marcado acento norteamericano.)* Su atención, por favor. A los conductores que forman fila en “este” Puerta Internacional, les informamos que por razones de seguridad, hemos cerrado “el” Frontera Internacional. Lamentamos los inconvenientes que esto pueda causarte, *sorry*. (*Sorpresas de todos.*) Esperamos su comprensión. Muchas gracias “para” su comprensión.

La escena toma, durante unos largos segundos, un aspecto fantasmal: Baja y sube muy lentamente la iluminación. Los personajes manotean y gesticulan en cámara lenta. Los autos prenden y apagan los faros a voluntad. Se escucha la Marche au supplice de la Sinfonía Fantástica, Op. 14 de H. Berlioz. Después de este instante detenido, todo vuelve al ambiente de antes. Se escuchan gritos, silbidos ofensivos y largas protestas de todos.

AUTO 4:

LA HERMANA: ¿Ves, Enrique, ves? Tienes la culpa por hacerle caso a ésta. Bien nos hubiéramos quedado en la casa comiendo frituritas, y nada nos hubiera pasado. Pero no. Ahora, ¿qué vamos a hacer aquí atorados?

MARGARITA: (*Verdaderamente enojada.*) A mí no me involucres. Estoy cansada de tus cosas, de tus reclamos, de tus gritos.

AUTO 1:

ALBERTO: (*A Soco.*) No me veas así, que yo no arreglé para que nos quedáramos aquí parados.

SOCO: Parece que lo disfrutas. Claro, como no tienes obligaciones.

ALBERTO: ¿A mí qué? A ver, vamos a hablar con los oficiales, ellos son los del asunto. ¿A mí qué?

SOCO: A ti qué, claro. (*Cuando menos lo esperan, y sin que puedan oponerse, El de a pie ya les limpia el parabrisas.*)

AUTO 2:

DAVID: ¿Y ahora?

JACKIE: Esperar. No hay prisa. *Namasté.* A todo le llega su momento.

DAVID: Pues sí. Ni hablar.

Por su parte, Graciela ha bajado de su automóvil. Intenta abrir el cofre de su coche.

GRACIELA: ¡Ay!

ENRIQUE: *(Desde su auto.)* ¿Le pasa algo, señorita?

GRACIELA: El coche... está hirviendo.

ENRIQUE: Ahorita le ayudo. *(Pretende salir.)*

MARGARITA: Ah, no. Tú no sales. Aquí te quedas.

ENRIQUE: *(Sorprendido por la reacción.)* ¿Qué?

MARGARITA: Vienes con nosotras. Aquí te quedas. *(Enrique la mira molesto.)*

LA HERMANA: *(Sorprendida.)* ¿Con nosotras?

MARGARITA: No lo digo por ti. Es por la nena y por mí, obvio.

EL DE A PIE: *(A Graciela.)* ¿Le puedo ayudar en algo?

GRACIELA: Por favor... *(Por el coche.)* Nunca se había puesto así.

EL DE A PIE: Es por la calor. Los autos son como los humanos, se desesperan, se cansan. *(Levanta el cofre. Sale de allí un chorro de agua caliente y mucho humo.)* ¡Hágase para atrás! ¡No vaya a quemarse! Mire nada más. El radiador está seco. Antes no le ha tronado. ¿Luego no le echó agua?

GRACIELA: ¿Agua?

EL DE A PIE: En el radiador.

GRACIELA: Este... no... ¿De cuál...? *(El de a pie nada más la mira. Pausa.)* ¿Y ahora qué hago?

EL DE A PIE: Por lo mientras no respire eso. ¿Sabe de los aerosoles que rompen la capa de ozono?

GRACIELA: Sí.

EL DE A PIE: *Pos si usted respira eso, le rompe su capa de ozono interior y le pudre sus pulmones...*

GRACIELA: ¡Qué horror!

EL DE A PIE: Bueno, ahorita vuelvo, espéreme. Voy por agua. ¡Y ahora sí que por vida suya, no respire! *(Sale. Graciela se cubre la nariz con la manga de su blusa.)*

AUTO 1:

ALBERTO: *(A Carlitos.)* Ya. Estate en paz si no quieres que te dé un golpe.

CARLITOS: A ver, pégame. *(Valiente.)* A ver, pégame. *(Pausa.)* Pégame, ándale, pégame.

Alberto que se ha estado conteniendo, da un golpe a Carlitos en la cabeza.

CARLITOS: ¡Ay!

ALBERTO: ¡Para que no me andes retando! ¡Para eso!

SOCO: ¡Ya basta! ¡Ya no los aguanto!

CARLITOS: Él fue.

ALBERTO: ¿Yo qué? Tú empezaste.

SOCO: ¡Dije que ya! Abajo, Alberto. ¡Bájate! No quiero estar cuidando chiquitos. Al rato, ya que pienses en comportarte como la gente, te subes.

ALBERTO: Pero...

SOCO: ¡Que te bajes!

Alberto descendiendo sarcástico. Portazo. Va a la parte de atrás del coche y se sienta. El de a pie llega con una cubeta llena de agua.

EL DE A PIE: *(A Graciela.)* En un momento le arreglamos esto. A ver, préndalo. *(Ella lo hace y él deposita el agua.)* No, no lo acelere tanto. ¡Espérese! El motor está más seco que la Rumorosa. *(Termina. Enrique ha bajado de su auto y observa el motor con mucho interés.)* No sólo es el radiador, son también aquellos cables que andan sueltos, ¿los ve?

GRACIELA: ¿Cuáles?

EL DE A PIE: Aquellos, los que tienen teip.

ENRIQUE: ¿Qué le pasó a la máquina?

EL DE A PIE: Una falla en el cárter.

ENRIQUE: No, no creo.

EL DE A PIE: Sí. Ese fierro de allá debe ir directamente al coil. Cuando se descompone afecta a los pistones, no bombea a las agujas para que les llegue el aceite como debe ser. Así es como se desvuelan. ¿A poco no oye a veces como que le cascabelea el motor, señorita?

GRACIELA: ¿Eh?

EL DE A PIE: Sí, como que le cascabelea la dirección cuando acelera. ¿A poco no?

GRACIELA: Pues... Ah, este, sí, creo que sí me cascabelea...

EL DE A PIE: ¡Seguro!

ENRIQUE: Eso no tiene nada que ver. Sí, se le puede pegar la máquina y desvielarse por sobrecalentado. Pero los cables y lo eléctrico no tienen nada que ver. Lo que falla es el sistema de enfriamiento, seguramente algún empaque, y...

MARGARITA: ¡Enrique!

ENRIQUE: (*A su coche.*) Oh, ¿qué quieres?

EL DE A PIE: (*A Graciela.*) Le falta una buena revisada a todo esto. Si quiere aquí mismo se lo checamos. Tenemos herramienta calibrada, y esa pieza oscura que hay que cambiar, también afortunadamente la tenemos. Debe hacer ese servicio antes de que el carro la deje por aquí tirada. Usted dice. (*Silba con fuerza hacia afuera. Grita.*) ¡Ey! ¡Llámale al “Chorejas”! ¡Aquí la seño necesita un *bisne*!

GRACIELA: ¡No! (*Pausa.*) No, muchas gracias. Después. Ya después lo arreglo... Otro día...

EL DE A PIE: Bueno, mire, esta tarjeta es para que cuando quiera, pueda buscarme a mí o a mi compadre; lo conocen como “el Chorejas”. Éste es el teléfono del taller. ¡Muy buen servicio! Y le podemos hacer un buen descuento. ¡Hasta los hules de las puertas le cambiamos! Mire nada más ya como los trae...

GRACIELA: Muy amable. Allí le llamo.

EL DE A PIE: A quien le conteste, dígame que me conoce. Allí ellos

me hablan, me dicen... (*Apenado.*)... Me dicen “el Zanate”, así me conocen.

GRACIELA: Pues muchas gracias... Zanate. (*Saca del pantalón un billete y se lo ofrece.*) Gracias.

EL DE A PIE: (*Falso.*) No, cómo va a creer.

GRACIELA: Por favor.

EL DE A PIE: Bueno... señorita...

GRACIELA: Mary Anderson.

EL DE A PIE: Miss Anderson, *thank you*.

GRACIELA: (*Con temor a equivocarse.*) *Wel... welcome...* (*Pausa*). Este... ¿Me entendió?

EL DE A PIE: (*Revisando el billete.*) Oiga, *Miss*... Disculpe, pero creo que este dinero es falso.

GRACIELA: ¿Cómo va a ser falso un billete de un dólar?

EL DE A PIE: Está todo descolorido. Vea a contraluz. ¿Ve?

GRACIELA: ¿Y eso qué?

EL DE A PIE: Ha de ser dinero lavado...

GRACIELA: Ah, mire, pues es el único que traigo. Si no quiere...

EL DE A PIE: No, no. Gracias, *Miss*. (*Comienza a retirarse.*) Y es mejor que apague su carro, que la espera va para largo.

JACKIE: (*A El de a pie.*) Eh. ¡Oiga! (*Como no escucha, ella hace sonar el claxon justo cuando él pasa.*)

EL DE A PIE: (*Salta de susto.*) ¡Ay, güey, qué onda, qué onda! ¡Me movieron el pavimento!

JACKIE: Perdón, señor. ¿Dijo que todavía vamos a esperar algo de rato?

EL DE A PIE: Más o menos.

JACKIE: ¿Por qué?

EL DE A PIE: (*Hacia David.*) Pinches güeros leche rancia, ya sabe usted cómo son. Allá del otro lado se alcanzan a mirar muchos policías, como cuando lo del McDonald's. Algo han de haber detectado. Pero usted no se preocupe, si algo quiere, si algo necesita, un sándwich, una soda, un mango fileteado, un clamato con almeja, o algo, yo estoy para servirle con mucho gusto.

JACKIE: No es por eso, gracias. Es que... ¿Qué horas son ahora?

LA HERMANA: *(Quien desde su auto ha escuchado la conversación.)*
¿Que nos vamos a tardar? ¿Y por qué?

JACKIE: Es que los gringos han encontrado algo allí adelante, ¿no?

EL DE A PIE: Este, sí. Yo creo que eso es.

LA HERMANA: *(A Enrique.)* ¡Me va a dar el mareo! ¡Ya tengo la migraña, y no se me va a quitar si no me tomo mi Pepsi!

SOCO: *(A Graciela.)* Oiga, señorita, oiga. Sí, usted, disculpe. ¿Le dijo algo el señor de la cubeta? ¿Sabe cuánto tiempo vamos a estar aquí?

GRACIELA: Creo que más de lo normal. Parece que pararon a unos allí adelante por algo chueco que traían. Mire. *(Salen del auto.)*

SOCO: Sí, ¿verdad?

GRACIELA: Y algo platican. Con seguridad y encontraron contrabando, o hasta droga. Yo qué sé.

SOCO: ¿Y por qué nos tienen que tocar a nosotros? ¿Por qué precisamente ahora?

LA HERMANA: *(Al de a pie.)* ¿Y si se trata de asesinos narco satánicos?

SOCO: ¿Narco satánicos?

LA HERMANA: Sí. Yo he visto cómo se organizan y pasan por las fronteras en carros blindados, todos cubiertos, arrollando a veces a la gente y echando balazos a diestra y siniestra, sin importarles nada de nada. Infunden el terror y roban a chicas guapas para reclutarlas como damas de compañía. ¡A mí ya me dio miedo!

ENRIQUE: ¿Has visto? ¿Cuándo has visto?

LA HERMANA: ¿No te acuerdas, Quique? Ayer, precisamente.

TODOS: ¿Ayer?

LA HERMANA: En la video. Allí bien que se veía cómo hacían sus masacres.

ENRIQUE: *(Disculpándola.)* En la tele.

LA HERMANA: Eso dije.

ENRIQUE: Por favor, si no estamos en el cine. Esto es otra cosa.

GRACIELA: ¿Cómo qué o qué?

ENRIQUE: Pues, no sé... otra cosa. Esto no es de mentiras.

DAVID: *(Saliendo del auto.)* ¿Y si es lo de la mosca?

SOCO: ¿Cuál mosca?

DAVID: La mosca mexicana que deja sus huevos en la fruta gringa. Les hace huevos que se convierten en larvas y echan a perder toda la carga del producto.

SOCO: ¡Las moscas! Ni que ocuparan pasaporte.

DAVID: Pues si no es eso, los gringos siempre encuentran pretexto para jodernos, nos tratan como delincuentes. A todos por igual, sin distingo. Ven a un hondureño, para ellos es un mexicano. Agarran a un guatemalteco, para ellos es otro mexicano. Detienen a un salvadoreño, y es mexicano igual. Y para ellos todos los mexicanos somos como de segunda. ¡Racismo, intolerancia y xenofobia! *(Enfático.)* Además, ¡ya basta del sistema opresivo de los gringos!

GRACIELA: ¿Qué tienes en contra de los gringos?

DAVID: ¿Cómo que qué? ¿Qué no te das cuenta?

GRACIELA: No. ¿Podrías explicarme?

DAVID: *(Molesto.)* Por favor.

La hermana desde hace rato que se ha comenzado a sentir mal. Se mareaba y cae al piso. Asombro de todos. Frente a este acontecimiento, los que faltaban bajan de sus autos; la rodean para auxiliarla. Alberto es el único que ve la escena desde lejos.

TODOS: ¡Pronto! ¡Hagan algo! ¡Rápido! ¡No nada más se queden mirando! ¡Algo de alcohol! ¡Aire! ¡Atrás, no le roben el oxígeno! ¡Agua!

QUIQUE: ¡Una Pepsi!

TODOS: ¡Una Pepsi! ¡Una Pepsi!

Enrique saca una botellita del carro; moja su pañuelo y lo frota por el cuello de la hermana.

SOCO: ¡Es por la presión!

GRACIELA: Por la calor.

MARGARITA: (*Despectiva.*) Por gorda, qué.

JACKIE: Alguien que busque un doctor.

EL DE A PIE: Bien pensado. Así somos los mexicanos: apoyándonos unos a otros, hasta en los momentos más difíciles. (*Conmovido.*) Ésta es otra muestra de *solaridad*.

DAVID: So-li-da-ri-dad.

EL DE A PIE: (*Sin darse cuenta de la corrección.*) Sí, por eso. Porque a mí me tocó andar por allí cuando lo del terremoto y...

JACKIE: ¡Hay que hacer algo! ¡Muévanse!

EL DE A PIE: (*Por Graciela.*) Ella es güera y sabe hablar inglés. Yo la oí hablando con alguien por teléfono. Ella, *Miss Anderson*, que vaya a buscar un doctor. Allí enseguida están los gringos, que la *Miss* vaya a preguntarles por un doctor para que nos lo manden, antes de que a la persona le dé un infarto.

ENRIQUE: ¡Un infarto! ¡Por favor, vaya por un médico, señorita!

GRACIELA: ¿Yo?

SOCO: Ah, sí, claro. Usted. Yo la escuché hace rato en sus lecciones. Por cierto: muy limpia su pronunciación.

GRACIELA: (*Complacida.*) ¿Le parece?

ENRIQUE: Entonces vaya usted. (*A Graciela, por su hermana que sigue boca arriba en el suelo.*) Por favor...

GRACIELA: (*Frente a la oportunidad de su vida.*) ¿Alguien... puede acompañarme?

MARGARITA: Yo quisiera, pero... ¿cómo?

SOCO: Yo tengo a mí hijo dormido en el carro y...

ALBERTO: *Could I go with you?*

SOCO: (*Lo hace trizas con la mirada.*) ¡Qué! ¡Tú te quedas y te callas!

GRACIELA: (*Que ha comenzado a sufrir.*) Por favor... alguien...

DAVID: Yo voy contigo.

GRACIELA: ¡Muchas gracias! (*Rumbo a la salida.*) ¿Sabes inglés?

DAVID: Se supone que la que sabe eres tú.

GRACIELA: ¿Yo? ¡Claro, por supuesto! Yo aprendí con ayuda de unos *casets* buenísimos, y con mucha fuerza de voluntad. Si vieras qué sencillo y..., bueno, con algo de práctica. Todavía sigo practicando... para mejorar, digo. (*Salen.*)

SOCO: *(Por la hermana.)* Pobre muchacha. Santo golpe que se ha puesto. ¿Es su esposa?

MARGARITA: ¡Como si lo fuera!

ENRIQUE: Es mi hermana.

EL DE A PIE: Mejor hay que llevarla para la sombra, atrás de aquella camioneta, sino aquí se nos seca. He visto a gente que por *la* calor queda hecha un trapo...

MARGARITA: ¡Le harían un favor!

ENRIQUE: Hay que meterla al carro. ¿Me ayudan a cargarla?

SOCO: ¡No! ¿Cómo cree? Allí terminaría deshidratándose.

ENRIQUE: ¿Entonces?

JACKIE: Yo traigo una sombrilla de playa. Desplegable. Bien práctica. Es la que uso cuando voy a Imperial Beach... Déjenme ver. *(Corre a su auto y la saca.)* Aquí. Alguien que la detenga.

EL DE A PIE: Vamos amarrándola. *(Con un lazo la sostiene de la defensa de alguno de los autos.)*

ENRIQUE: Ayúdenme por favor. Está algo pesadita... *(Y arrastran a la hermana a la sombrilla.)* Eso.

MARGARITA: *(A Soco.)* Con cuidado. No le vaya a salir una hernia. Cargar cosas tan pesadas... Digo, cargar personas tan pesadas... Digo, cargar personas en general, es muy delicado.

ENRIQUE: Muchas gracias por las molestias.

JACKIE: Si no son nada de molestias. Al contrario.

ENRIQUE: Gracias.

SOCO: Como que va recuperándose.

MARGARITA: ¡*Nom'bre!* A ésta todavía le falta.

ENRIQUE: Cada que le sucede el mareo y se desmaya, se queda así por un rato.

JACKIE: ¿Entonces le pasa con frecuencia?

MARGARITA: Y luego se despierta con una sequedad en la garganta, ardor de labios y calambres. Eso dice.

SOCO: Es porque los desmayos producen un desequilibrio en la mente.

EL DE A PIE: No me diga.

SOCO: Este, sí. Es un descubrimiento reciente.

JACKIE: ¿A poco?

SOCO: (*Muy conocedora.*) Lo que pasa es que las conexiones que van al cerebro a veces se le cruzan a uno, o se interrumpen. Lo que iba para un lado, se desvía y se va a otro. Luego entonces hay reacciones eléctricas que se cortan. La información adecuada no le llega a las neuronas. El hipotálamo se acelera y produce enzimas más de lo normal, y pues las reacciones son como esta. (*La hermana comienza a roncar.*)

EL DE A PIE: ¡Ah!

SOCO: Pero ni se preocupe, porque en la actualidad ya hay trasplante de cualquier glándula suprarrenal. Cuestión de ir y preguntar aquí al Medical Center de Hillcrest.

JACKIE: (*Tierna.*) Se quedó bien dormida.

ENRIQUE: Así es siempre.

MARGARITA: Lo que sigue es que comience con su pedorreta. Ése es el siguiente nivel.

ENRIQUE: (*Con indignación.*) Margarita, por favor.

MARGARITA: ¡Es la verdad! No te hagas de la vista gorda, tu hermana es, además, una pedorra consumada.

ENRIQUE: ¡Ya estuvo suave, Margarita!

Margarita, ofendida, se da media vuelta. Un largo silencio. La hermana se pedorrea larga y sonoramente.

MARGARITA: (*Triunfal.*) ¿Eh? ¿Qué tal?

Jackie discretamente se retira y sube al cofre de su coche.

EL DE A PIE: ¿Un sándwich? ¿Una soda? (*Silencio. Va a la salida.*)

JACKIE: Una soda.

SOCO: Bueno, sí. Yo también. Dos... no, tres. Dos de naranja y un agua mineral.

EL DE A PIE: Un momentito y se los traigo. (*Sale.*)

ENRIQUE: (*A Soco.*) ¿No alcanza a ver a los jóvenes que fueron por el médico?

SOCO: No. Con que no se hayan perdido...

ENRIQUE: (*Pícaro.*) ¿Sí, verdad?

SOCO: No decía por eso.

ENRIQUE: Yo tampoco. Venga, siéntese. (*Se sienta en la defensa.*)

SOCO: Cómo cree.

ENRIQUE: Oh, con confianza.

SOCO: Es que...

ENRIQUE: Nada ganamos con preocuparnos.

SOCO: Tiene razón. (*Se sienta a su lado.*)

JACKIE: (*Ha sacado un pequeño librito y lee con intención.*)

“Nos faltan palabras vivas

agua saludable en nuestras venas

besos frescos y caricias necesarias.

Estamos solos entre nosotros mismos.

Estamos enconchados como tortugas

y no podemos ver nuestra consistencia

ni personalmente ni pluralmente.

José no sabe quién es Pedro ni quién es José.

Si supiera de Pedro sabría de José.

La lluvia ama del río lo que tiene de agua

y por eso llueve”.*

SOCO: ¡Qué bien recita!

JACKIE: No me diga que yo también tengo una “limpia pronunciación”. No se lo voy a creer.

SOCO: Es que...

JACKIE: En la escuela nunca me escogían para leer en voz alta, que porque dormía a todo mundo.

SOCO: Pues cómo ha mejorado...

ENRIQUE: Eso.

SOCO: (*A Jackie.*) Dése cuenta a su alrededor. Nadie se durmió. Todos le escuchamos cada una de sus frases: (*Enfática.*) “Las conchas de las tortugas son duras como la cabeza de Pedro y la de José...” (*Transición.*) ¿Cómo iba esa parte?

* Fragmento de *Por el chingo de cosas que vivimos juntos*, de Raúl Bañuelos.

ENRIQUE: Cada quién tiene lo suyo. Y en su caso, el leer es una virtud.

JACKIE: (*No muy convencida de los comentarios.*) Si ustedes lo dicen... (*Se enfrasca en su lectura.*)

ENRIQUE: (*A Soco.*) Este... ¿Y los dos son sus hijos?

SOCO: Sí y no. El más grande es el hijo del primer matrimonio de mi marido. El otro, Carlitos, es de los dos.

ENRIQUE: ¿Y el señor...? ¿Es viudo?

SOCO: Divorciado.

ENRIQUE: Ha de ser difícil vivir en una situación como la suya... digo, por los hijos.

SOCO: Ni se crea. Hemos sabido educarlos. Hemos puesto toda la atención en ellos, sin distinguo. Ambos se quieren y se respetan.

ENRIQUE: Eso es ventaja.

EL DE A PIE: (*Entrando.*) Sándwiches, sodas, sodas...

JACKIE: (*Mientras le paga.*) Gracias. Así está bien. Quédese con el cambio.

EL DE A PIE: Gracias, seño. (*Va con Soco.*)

SOCO: (*Recibe los refrescos.*) Muy amable. (*Paga el servicio.*) Gracias. Con permiso. (*Va a su auto. Allí duerme Carlitos. Deja en el interior un refresco de naranja. Va hasta donde Alberto juega con su reloj.*) Te pedí un refresco... ¿Quieres? (*Alberto niega.*) Ya lo compré. No me rechaces, Alberto.

ALBERTO: (*De muy mala gana.*) ¿Debo decir "gracias"? Pues gracias.

SOCO: No quiero disculparme contigo, pero tampoco puedo aguantar una situación así.

ALBERTO: Estoy bien, gracias.

SOCO: ¿Y yo? ¿Por qué no intentas ponerte un poco en mi lugar?

ALBERTO: Porque eres la esposa de mi papá, porque contra él nada se puede. Y contra los dos juntos, peor.

SOCO: Tu carácter es el que hace todo más difícil.

ALBERTO: ¿Ah, sí? ¿El mío?

SOCO: He tratado de ser como tu amiga, lo sabes.

ALBERTO: ¡Claro! Y cuando quise confiarte mis cosas personales, como amiga, según tú, me rechazaste. ¡Claro!

SOCO: ¿Qué cosas?

ALBERTO: De las mías, de las que te dio en llamar “pesadillas”.

SOCO: Ah, eso.

ALBERTO: Sí, eso. Te lo platicué cuando te creí. ¿Y qué hiciste? Contarle a todo mundo.

SOCO: *(Luego de una pausa.)* Quería un consejo de alguien experto. Lo hice para tener la información apropiada y ayudarte lo mejor posible.

ALBERTO: *(Irónico.)* Claro. Pero ahora ya no me ocupo ni de tus consejos ni de los de tu amiga, la sicóloga.

SOCO: ¡Escúchame, Alberto!

ALBERTO: ¡No quiero saber nada! ¡Gracias por preocuparte! ¡Y tampoco me gusta la soda de naranja, ya debieras saberlo! ¡Gracias!

SOCO: *(Perdida. Va a su auto.)* ¡Carlos! ¡Carlos!

CARLITOS: *(Semidormido.)* Mande...

SOCO: ¡Allí te puse ese refresco! ¡Espero que a ti sí te importe!

CARLITOS: ¿Para eso me despertaste?

SOCO: ¡Que te lo tomes, Carlos! *(Carlitos no le hace caso.)* ¡Carlos!

EL DE A PIE: *(Viendo a la hermana que se mueve lentamente.)* Ya va a despertar.

LA HERMANA: *(Solloza.)* Qui-que... Quique...

ENRIQUE: Ya, ya. Aquí estoy. Tranquila. Ya.

LA HERMANA: Quique...

ENRIQUE: Fue el mareo, pero ya te estás poniendo bien. Respira despacio.

LA HERMANA: Me duele la cabeza.

ENRIQUE: No te muevas, así quédate un ratito.

LA HERMANA: Tengo la garganta como seca... *(Se lleva la mano a la cara.)* Y los dedos llenos de mierda.

David y Graciela entran a escena muy aprisa.

DAVID: ¡Ey! ¡No te pongas así!

GRACIELA: ¡Es que no quiero!

DAVID: *(Evitando hacer escándalo.)*: Ya, pues, ya.

SOCO: Oiga, ¿qué averiguaron?

DAVID: No pudimos pasar.

MARGARITA: ¿Ni por el cruce de peatones?

DAVID: No. No dejan pasar a nadie. Pusieron una cinta de esas amarillas. Los gringos están en la inspección secundaria y no hay nadie que oriente. Todo mundo anda en las mismas, pero hay muchos rumores.

SOCO: ¿De qué?

MARGARITA: ¿Qué dicen?

DAVID: Que es por las drogas, eso es lo que se comenta. Otros dicen que un agravio a la bandera, algo de la relación binacional y que tiene que ver con el Tratado.

GRACIELA: Que va a temblar.

DAVID: Hasta que se quieren romper las relaciones con México.

SOCO: Nada más eso nos faltaba.

MARGARITA: Los pañales mexicanos son una porquería.

JACKIE: A lo mejor y se viene otra devaluación.

DAVID: También dicen que hubo una fuga radiactiva.

SOCO: ¿Dónde?

DAVID: En la termonuclear de San Diego.

MARGARITA: ¡Ave María Purísima! ¡Una fuga!

CARLITOS: Tienen que guardar el material en cajas de plomo.

MARGARITA: Están bajando dos helicópteros, ¡miren!

EL DE A PIE: Perdón, pero lo de los helicópteros es por los pollos que se cruzan a salto de mata y sin papeles.

DAVID: Puede ser, pero están concentrándose todos en un mismo punto.

SOCO: Y esa mancha gris no es *smog*. A mí no me la pegan.

MARGARITA: ¿Y es muy peligroso ese tipo de *smog*?

SOCO: Usted no puede estar bajo una lluvia radiactiva, en ninguna circunstancia, porque está embarazada. ¿Supo lo que pasó en Chernobyl?

MARGARITA: Ay, que no pase nada. Que no le pase nada a mi criatura.

SOCO: ¿Supo o no supo?

MARGARITA: No...

DAVID: Sólo las ratas albinas y las cucarachas pueden sobrevivir en esa circunstancia.

JACKIE: Los niños pueden nacer deformes. ¿Supo del niño sapo? En lugar de llorar, croaba cada que tenía hambre... ¿Y supo del niño lobo? ¿Y de la niña que nació con barbas?

MARGARITA: ¡Quique, Quique! ¡Yo me voy!

EL DE A PIE: ¡Cálmese, señora!

MARGARITA: ¡No puedo quedarme aquí! ¡Yo no! ¡Yo me regreso!

ENRIQUE: ¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre irte?

MARGARITA: Si a ti no te importa, a mí sí, y mucho. ¡No quiero un hijo con trompa de elefante!

El bebé que abraza comienza a dar de chillidos.

ENRIQUE: ¿Y el coche? ¿Cómo vamos a dejarlo así nomás?

MARGARITA: Si tanto te interesa el coche, quédate tú. Yo no. *(A la salida.)* Y sirve de que cuidas a tu hermana. *(Sale.)*

SOCO: ¡Carlitos! Nosotros también nos vamos. *(A Alberto.)* Tú te quedas. Querías manejar el carro, ¿no? Allí tiene las llaves pegadas. ¡Vámonos, Carlitos! *(Salen veloces.)*

DAVID: *(A Jackie.)* ¿Te vas a quedar?

JACKIE: Sí, ¿por qué?

DAVID: Para quedarme también.

JACKIE: No tienes por qué. Es mi asunto y puedo arreglármelas sola.

DAVID: No, Jackie. Me diste la mano cuando aceptaste darme aventón. Ahora me toca corresponder.

JACKIE: No tiene caso, de veras.

DAVID: Puedo esperarme, no tengo prisa.

JACKIE: No quiero que te quedes.

DAVID: No me has enten...

JACKIE: ¡¡No quiero que te quedes!!

DAVID: *(Saca su maleta del auto.)* Como quieras. *(Sale.)*

EL DE A PIE: *(A Graciela.)* ¿Usted se queda, Miss?

GRACIELA: Ajá.

EL DE A PIE: ¿Puedo servirle en algo? ¿Un sándwich, una soda... o lo que quiera...?

GRACIELA: Ahora no. *Thank you.*

EL DE A PIE: Usted me avisa. Estaré por allí. *(Sale.)*

LA HERMANA: *(Que ha esperado la oportunidad.)* Este... Quique... quisiera quedarme contigo, ya sabes... pero... me siento mal, me duele la cabeza... y más con el calor... Puede volverme el mareo... lo siento aquí muy cerquita, rondando, rondando. Es que es horrible...

ENRIQUE: Sí, no tienes por qué explicarte. Vete.

LA HERMANA: No pienses que...

ENRIQUE: *(Explota.)* ¡No pienso nada!

LA HERMANA: *(Saliendo por el fondo.)* Margarita... Espérame, Margarita... *(Ha salido.)*

ALBERTO: *(A Graciela.)* ¿De veras crees en la lluvia radiactiva?

GRACIELA: A lo mejor.

ALBERTO: Puede que se trate de los arreglos que andan haciendo para la venta de la Península.

GRACIELA: ¿Están vendiendo la Península? ¡No se me había ocurrido!

ALBERTO: Los japoneses eran los más interesados en comprar. Hasta quieren instalar una compañía constructora de submarinos, la más grande del mundo. Y poner una cadena internacional de hoteles, bolsa de valores y centros comerciales, como en Hong Kong.

GRACIELA: ¡Uy, eso sería padrísimo!

ALBERTO: ¿Y dejar de ser mexicanos?

GRACIELA: ¿Y qué? Con tal de mejorar, no importa el nombre de la nacionalidad.

ALBERTO: ¿De veras hablas en serio?

GRACIELA: Ni que fuera un delito aspirar a cosas mejores.

ALBERTO: Hay que ver lo que dicen en el radio.

GRACIELA: Pues el mío no funciona.

ALBERTO: Eso no es problema, te invito a mi carro.

GRACIELA: Vamos. *(Van al coche.)* Oye... ¿cómo te llamas?

ALBERTO: *(Con una reverencia oriental.)* Me llamo Alberto. ¡Alberto Ching! *(Ríen.)*

Entran al auto. Graciela está encantada subiendo y bajando cristales, encendiendo el acondicionado, cambiando las estaciones de radio, asomándose por el quemacocos, etcétera.

JACKIE: *(En otro punto del escenario. A Enrique.)* ¿No le da pendiente que algo le suceda a su esposa? Ni lo mande Dios, pero...

ENRIQUE: ¿Pendiente? Ella está acostumbrada. Y ni que se tratara de un ataque nuclear.

JACKIE: No, pero que vaya sola por allí, con tanta gente que le encanta hacer la maldad, por mera diversión.

ENRIQUE: Ella sabe cuidarse.

JACKIE: Pasa que ya ve usted los periódicos, los noticieros, siempre con notas tan alarmantes.

ENRIQUE: Por eso mismo. Las noticias las escriben sólo para espantar a la gente y distraerla de los verdaderos problemas. De la devaluación, la falta de servicios, los impuestos, esas cosas.

JACKIE: Ni tanto. ¿Supo de la mujer ésta que robaba niños recién nacidos para venderlos del otro lado a matrimonios sin familia?

ENRIQUE: Sí. De eso me enteré, pero ¿ya la agarraron, qué no?

JACKIE: Qué va. Acaban de suceder dos robos, secuestros, o como se diga. Y en pleno centro de la ciudad, a plena luz del día.

ENRIQUE: ¿En serio?

JACKIE: Uno fue mientras la pobre mamá veía un aparador. Estaba viendo muy entretenida una recamarita, para su niña precisamente, y cuando menos acordó, voltea a ver la carriola y nada de niña. La carriola vacía.

ENRIQUE: *(Suspira profundamente.)* Bueno, pero eso...

JACKIE: Y el otro secuestro fue en la misma cara de la señora. Una pareja que se le acerca, y la destantearon preguntándole por un domicilio equis, y mientras ella hacía memoria, que le arrebatan de los brazos al niño y que huyen en su propia cara. Se subie-

ron a la camioneta mientras la señora gritaba desesperada.

ENRIQUE: (*Preocupado.*) Y a Margarita le encanta hacer plática con desconocidos...

JACKIE: Se lo digo precisamente por eso. (*Enrique va a la salida.*) No, ya no la alcanza.

ENRIQUE: ¿No? (*Pausa.*) Ya no se alcanza a ver. Nada. (*Pausa.*) ¿Por qué la habré dejado ir? Y cargando también la bola de pañales y los biberones. Pero nunca me hace caso. ¡Ay, Margarita!

JACKIE: (*Tratando de componer la situación.*) Aunque, bueno, con suerte y alcanza un taxi.

ENRIQUE: ¿Pero vio usted que le dije que se quedara, verdad? Le dije. De pronto como que presiento las cosas... ¡No! ¿Qué es lo que estoy diciendo?

JACKIE: Confiemos en que esté ya por llegar a su casa.

ENRIQUE: ¿Cómo cree? Vivimos hasta las afueras. ¡Ay, Margarita!

JACKIE: Bueno, pero en casa propia.

ENRIQUE: Todavía no. En eso andamos. Yo creo que para este aguinaldo, y damos el enganche. Así ya dejamos de vivir en la casa de mi hermana.

JACKIE: ¿Viven con ella?

ENRIQUE: Desde antes de casarnos. Mi hermana no quería que me casara con Margarita. Nunca le cayó..., pero cuando vio que era en serio... Y que ya no había remedio... usted sabe... por el encargo... (*Un chillido en la bocina. Transición.*) Oiga, algo van a decir...

En efecto, se escucha algo por el altavoz.

BOCINA: *One, two... testing, testing...*

Todos muy atentos. Comienza suavemente Savoy con la orquesta y coros de Ray Conniff.

ENRIQUE: ¡No sé por qué pasa esto! ¡No sé por qué le platíco de mis

cosas a una desconocida! ¡No me gusta que se enteren de mis asuntos! ¡La culpa es de Margarita, por irse así como así! ¡Viejas cabronas!

JACKIE: Cállese señor. Le puede hacer daño un coraje.

ENRIQUE: ¿Por qué habré dejado ir a Margarita?

JACKIE: Mire, venga.

Enrique se deja conducir, volteando de cuando en cuando a la salida.

ALBERTO: *(Desde el interior de su auto.)* No, ahora ya ninguna estación agarra. Se fue de repente la señal. *(Se escucha interferencia en la banda.)*

GRACIELA: ¿Qué habrá pasado?

ALBERTO: Interfirieron las transmisiones. Eso.

GRACIELA: Y yo tengo una cita urgentísima. Por eso ayer me desvelé, preparándome. Por estar a tiempo. Me pasé toda la noche y parte de la madrugada estudie y estudie. ¡Tengo unas ojeras enormes!

ALBERTO: ¿Vas por algún empleo?

GRACIELA: ¡No! Tengo una cita, un amigo de años... Si no lo alcanzo se va a ir, y no tengo su dirección ni manera de encontrarlo... Se va a creer que no me importa... ¡Y sí, sí me importa! ¡Pinche Tony, si te largas, juro que te busco y donde te encuentre, te retuerzo el pescuezo.

JACKIE: *(Ya en su auto.)* Lo que necesita es despejarse un poco. *(Busca.)* Mire, voy a enseñarle... Por aquí tenía un álbum. Es de cuando estábamos chicos. Mi papá compró una lavandería, bueno, entre él y un conocido suyo. *(Encuentra el álbum. Enrique por su preocupación, no hace mucho caso.)* Aquí está. Éste es mi papá, y este de aquí es su socio.

ENRIQUE: Se ven muy buenos amigos.

JACKIE: ¿Amigos? Éste, el socio, hizo una mala jugada... Lo obligó a firmar unos documentos y un día, al abrir el negocio, encontraron a mi papá con la cabeza adentro de la secadora. Que porque

estaba decepcionado, que primero se emborrachó y después se quitó la vida. Todos eso creyeron. Y la policía eso quiso creer. Para no hacer su trabajo. Por no hacer una investigación a fondo. Cerraron el caso. Nosotros nos fuimos al sur. Un ratote. Ya estamos de regreso.

ENRIQUE: ¿Y no fue cierto? Lo del suicidio de su papacito...

JACKIE: Mi papá nunca agarró un cigarro, mucho menos una botella de vino. Jamás.

ENRIQUE: Pero agarraron al culpable...

JACKIE: Nunca. El tal Reyna ya hasta se murió. Pero sé que aquí mismo, o en San Diego, vive su hijo... Alguien deberá de pagar... (*Cambiando la conversación.*) Ah, mire, esta foto es en la primaria, tenía el cabello mucho más largo, mire.

ENRIQUE: ¿Le crece rápido el cabello?

JACKIE: Sí. Y siempre me lo corto. Crece y tijera. Crece y tijera. Así. Más o menos de este largo. Una vez tuvieron que cortármelo, pero al coco, cuando me metieron al internado... (*Pausa.*) ¡Ah! En la foto de mi pasaporte tengo el cabello así de cortito, y más oscuro, se me ve quién sabe cómo. Déjeme buscar...

Toma su bolsa. La abre. Busca.

GRACIELA: (*A Alberto.*) ¿Pintado? Cómo crees, es mi color natural.

JACKIE: (*A Enrique.*) Ni me va a reconocer... me veo más niña... por eso no me gusta tan cortito... por eso. Oiga. ¿Y el pasaporte?

ENRIQUE: ¿No lo trae?

JACKIE: ¡Aquí lo tenía! A un lado de estos papeles.

ENRIQUE: Búsquelo bien, se le ha de haber caído por allí.

JACKIE: ¡No! Bien que lo metí aquí, me acuerdo. ¡Mi pasaporte!

ENRIQUE: Revise entre los asientos.

JACKIE: ¡No! ¡No está! ¡Aquí lo tenía! ¡Con seguridad y el güero se lo llevó! ¡Claro!

ENRIQUE: ¿Ve? ¿Para qué le daba *raite*?

JACKIE: Yo veo a alguien en la calle y jamás voy a pensar que se trata de algún hijo de asesino. Jamás se me iba a ocurrir. Con seguridad y hasta se dio cuenta; claro, con razón tantas miradas y tantas preguntas. ¡Desgraciado! ¿Y ahora qué hago?

ENRIQUE: Vamos a llamar a la policía.

JACKIE: ¡Mi pasaporte! ¿Cómo voy a hacer para cruzar? ¡Adentro viene mi visa! ¡No puede ser! ¡No es posible!

ENRIQUE: ¡Y Margarita, quién sabe dónde ha de andar ahora! (*Grita.*) ¡Margarita! (*Se pasea como león enjaulado.*)

JACKIE: ¡Mi pasaporte, auxilio, policía!

GRACIELA: ¡Por favor, necesito ver a Tony! ¡Necesito llegar a tiempo! ¡Tony! ¡Por favor! ¡Tony! (*Se jala los cabellos.*)

EL DE A PIE: (*Entra muy aprisa.*) ¿Le sucede algo? ¿Le pasa algo, Miss Anderson?

GRACIELA: (*Se le prende fuertemente de la camisa.*) ¡Ayúdeme, Zanate! ¡Quiero ver a Tony! ¡Me urge verlo antes de que se vaya! ¡Tengo que irme con él, por favor, Tony!

ENRIQUE: ¡Margarita!

JACKIE: ¡Asesinos! ¡Ladrones!

Entra Soco, quien trae colgando de su brazo a Carlitos. Todos corren para auxiliarlos.

SOCO: ¡Por favor, ayuda!

ALBERTO: ¿Qué le pasó? ¿Qué tiene?

SOCO: Lo golpearon o no sé qué.

ALBERTO: (*Consigue algo como alcohol y algodón.*) ¡No te muevas, Carlitos!

CARLITOS: ¡Ay, ay!

ALBERTO: Aguántate...

ENRIQUE: (*A Soco.*) ¿No vio a mi mujer por allí?

SOCO: Iba conmigo pero se perdió. Carlitos salió a orinar y... no lo vi hasta que lo encontré así... tirado y llorando.

CARLITOS: ¡Me duele!

SOCO: Carlitos, ya no llores.

JACKIE: Con toda seguridad y el mismo güero fue quien lo golpeó.

ENRIQUE: Ándele.

SOCO: ¿El güero?

JACKIE: Me robó mi pasaporte. ¡Y adentro traigo la visa! Por eso se fue.

EL DE A PIE: ¡Pinche güero!

SOCO: Tan decente que parecía.

JACKIE: Ya ve que no.

ENRIQUE: ¡Ay, Margarita!

JACKIE: (*A Soco.*) Revise su carro a ver si no le falta nada.

ALBERTO: Aquí estuve todo el rato.

SOCO: ¿No subiste a nadie?

ALBERTO: No... ¿A quién...?

JACKIE: ¡Me sacó el pasaporte en plena cara!

SOCO: (*Revisa la cajuela de guantes.*) Oye, Carlitos... ¿Tomaste el dinero para el Nintendo? (*Carlitos niega.*) Aquí estaba, en la cajuelita. ¿Tú lo tomaste, Alberto?

ALBERTO: Yo no.

SOCO: Yo misma lo puse allí antes de venir. Un rollito de dólares amarrados con una liga.

JACKIE: ¿Ve?

CARLITOS: ¡Yo quiero mi Nintendo!

ALBERTO: ¡No te muevas!

SOCO: ¡Ya, Carlitos!

CARLITOS: ¡Mi Nintendo!

Entra Margarita. Viene sola y sin niña.

MARGARITA: ¡Enrique!

ENRIQUE: ¿Dónde está la niña?

MARGARITA: ¡No sé, yo la traía!

ENRIQUE: ¿Cómo no sé?

MARGARITA: Pues no sé.

ENRIQUE: Vamos a buscarla. ¿Qué esperas? ¡Vamos! (*Salen.*)

SOCO: (*Grita a Enrique.*) ¿Por qué la empuja, oiga?

EL DE A PIE: Déjelo. A lo mejor a ella le gusta que le peguen.

SOCO: (*Despectiva.*) Usted ha de ser del Club de los machos.

EL DE A PIE: Ahí nomás, para lo que guste y mande. Échese un taco de ojo.

SOCO: Corriente.

EL DE A PIE: También funciono con baterías “doble A”.

GRACIELA: (*Desde su coche, como ida.*) Tony... no te vayas, Tony.

EL DE A PIE: ¿Le pasa algo *Miss Anderson*?

JACKIE: Déjela que descanse un rato. Pobre.

EL DE A PIE: De no creerse todo esto.

JACKIE: ¿Qué?

EL DE A PIE: Todo es como una pesadilla.

JACKIE: Sí. Tantas cosas... tantos recuerdos...

SOCO: También cerraron la parte de atrás. Los de tránsito atravesaron sus patrullas. Estamos peor que presos. Como embotellados. Nadie puede salir.

ALBERTO: ¿Por qué? ¿Qué hicimos?

SOCO: Nadie sabe nada.

EL DE A PIE: Como siempre.

JACKIE: Saliendo de aquí, pongo una demanda.

EL DE A PIE: ¡Muy bien! Esto es atentar contra la carta de derechos y deberes.

JACKIE: ¿Cuál carta?

EL DE A PIE: La que firmó México con todas y cada una de las naciones del universo, para respetar las libertades de los individuos. *Nom'bre*, quien haya escrito esa carta tan bien intencionada, se sacó un diez, y mi confianza.

SOCO: ¿Y de qué sirve si nadie la respeta?

EL DE A PIE: Eso es lo malo, la verdad es que sí.

Ahora entra la Hermana, con la niña en brazos.

LA HERMANA: Quique... Margarita... ¿No han visto a mi cuña... a la señora embarazada que venía aquí en el coche?

SOCO: Salieron a buscarla. ¿Qué no los vio?

LA HERMANA: No. ¿A dónde se fueron?

SOCO: Pues... que iban a buscarla. Eso dijeron.

JACKIE: La señora estaba muy preocupada.

LA HERMANA: (*Sonríe.*) Vaya a ser que no me sepa cuidar.

JACKIE: Lo decían por la niña.

LA HERMANA: Ah.

SOCO: Es que creyeron que se la habían robado.

JACKIE: Ya ve cómo abundan los traficantes de niños. Los venden a matrimonios sin familia y se los llevan a vivir al extranjero. O los usan en las misas negras, y no precisamente como monaguillos...

LA HERMANA: ¡Pero si Margarita misma me la encargó!

SOCO: ¿A poco?

LA HERMANA: ¡Qué Margarita tan sope! (*Sólo ella celebra su burla.*)
¡Robada la niña, ni que estuviera tan bonita! (*Entran Margarita y Enrique.*)

MARGARITA: ¡Ay, Enrique, yo quiero a mi hija!

ENRIQUE: ¡Ahora mismo vamos a...! (*Ve a la hermana con la niña.*)
¡Ey!

MARGARITA: (*Corre hasta la hermana y le arrebató a la niña.*) ¡Mi hija, mi niña!

ENRIQUE: ¿Y tú qué haces con la niña? ¿Por qué la escondiste?

LA HERMANA: ¡Margarita me la encargó!

MARGARITA: ¿Yo?

LA HERMANA: Sí. Me dijiste que te ayudara.

ENRIQUE: ¡Y nosotros pensando que se había extraviado!

LA HERMANA: ¿Y qué creyeron? ¿Que se había ido caminando o qué?

ENRIQUE: No hagas bromitas con estas cosas.

LA HERMANA: Qué genio.

JACKIE: Y quién no. Con el calor, las presiones y los rateros.

LA HERMANA: ¿Cuáles rateros?

JACKIE: ¿No vio al güero ese que venía conmigo?

LA HERMANA: ¡Claro que lo vi! ¡Si desde adentro de su coche se

moría por coquetearme!

ENRIQUE: No seas mentirosa.

LA HERMANA: De veras. (*A Enrique.*) Nomás esperaba que te cuidaras y me hacía quién sabe qué señas tan extrañas con las manos. (*Lo intenta y bien que le salen.*) Los ojos se le botaban al voltear a verme.

JACKIE: ¡Asqueroso!

SOCO: Si les digo. Ya no hay moral.

ENRIQUE: ¿Por qué no me dijiste?

LA HERMANA: Enrique, lo sabes. Nunca me ha gustado la violencia. Te conozco. Capaz que lo estrellas contra el pavimento. Nomás de imaginar el sangrerío, las piernas me comienzan otra vez a temblar. ¡Siento horrible!

JACKIE: Pues ese muchacho robó aquí ya un pasaporte, quién sabe cuántos cientos de dólares de la señora, y otras cosas más.

LA HERMANA: ¡Ay, no! ¡Tan sólo de pensar que pude ser su presa! ¡Horror! ¿Te das cuenta, Enrique?

JACKIE: Y además golpeó al pobre chamaquito.

EL DE A PIE: A *Miss Anderson* como que también algo le hizo. La pobre no puede expresar una palabra todavía.

LA HERMANA: (*Cada vez mas pálida.*) ¡Ay, el moridiqui! ¡Me da, Enrique, me da el moridiqui!

SOCO: ¡Respire profundo, profundo!

Ella y todos los demás le piden que “respire profundo” para alentarla. Hacen una cadena de respiraciones sincronizadas, inhalan y exhalan al tiempo. Entra David Reyna. La hermana es la única que lo puede ver.

LA HERMANA: ¡El moridiqui! (*Y azota.*)

JACKIE: Ahora sí se partió en dos.

MARGARITA: Ella no, el piso.

EL DE A PIE: ¿Qué hacemos?

ENRIQUE: (*Enojadísimo.*) ¡Levántate, ya, que te levantes!

JACKIE: No le hable así.

EL DE A PIE: ¿Qué no vio el tremendo sapotazo que se ha puesto?

ENRIQUE: ¡Que te levantes, carajo!

LA HERMANA: *(Comienza a recuperarse, según ella de un desmayo real.)* Me duele la cabeza...

ENRIQUE: Levántate. Ya estuvo bien de otro de tus chistecitos.

LA HERMANA: Enrique... *(Le hace señas para que se entere de la presencia de David.)* Enrique...

SOCO: *(Que ha ido a auxiliarla.)* Ya. No recuerde las groserías del güero.

LA HERMANA: El asesino... el asesino, Quique.

ENRIQUE: ¿Qué?

LA HERMANA: ¡El del McDonald's! *(Todos clavan la mirada en David.)*

DAVID: Supongo que ya se dieron cuenta, ¿no?

ENRIQUE: ¡Qué poca! ¡Claro que ya. Nos dimos cuenta!

DAVID: Ni vale la pena armar escándalos.

EL DE A PIE: Ah, ¿no?

DAVID: Para qué. Hay que tomarlo por el lado agradable.

MARGARITA: ¡Agradable!

ENRIQUE: Eso quisieras.

DAVID: Pues sí. Mejor ni se alteren. Siempre hay una razón, un auténtico motivo... *(Todos han ido acorralándolo poco a poco.)* ¿Y a ustedes qué les pasa? ¡Tranquilos! ¿Qué se traen conmigo? ¿Qué les pasa?

ENRIQUE: Ándale, a mí hazme tus señas obscenas. *(Lo intenta.)* ¿Cómo eran, hermana? Ándale.

ALBERTO: Pónte con nosotros.

EL DE A PIE: ¿No que muy machito? Te lo dije... No soy solo, maestro. Te lo dije.

ALBERTO: A ver, pégame a mí.

Él intenta huir, salta sobre las carrocerías de los coches. La hermana ha llegado hasta la maleta de él. Intenta buscar el pasaporte. Los hombres han atrapado a David.

ENRIQUE: Ahora sí tendrás que regresar todo.

DAVID: *(Totalmente desprotegido y al punto del llanto.)* ¡Yo qué! ¿Yo qué hice?

EL DE A PIE: Qué no hiciste. Para empezar, me quemas mi sarape de Saltillo.

ENRIQUE: Vas a confesarlo todo.

ALBERTO: Hay que amarrarlo.

JACKIE: Yo traigo un lazo en el coche. *(Va por él.)*

LA HERMANA: Aquí está su cartera. Ni quinto.

SOCO: ¿Y el dinero?

DAVID: ¿Cuál dinero?

LA HERMANA: Nada.

ENRIQUE: Lo ha de haber escondido para después pasar por él muy quitado de la pena. No sabré de esas cosas.

LA HERMANA: Ni el pasaporte, ni el dinero... Una credencial de la escuela de Humanidades... Está en el tercer semestre de Comunicación, y se llama Julián Orea González.

DAVID: ¿Qué les pasa? Suéltlenme. Yo no traigo ningún dinero ni nada.

JACKIE: *(Desde hace un rato se ha acercado al grupo, muy apenada.)*
Aquí está mi pasaporte...

ENRIQUE: ¿Dónde estaba?

JACKIE: *(Igual.)* Lo había puesto abajo del asiento... y se me olvidó... Es que una vez... por poco me lo roban. Lo escondí. ¡Ni yo misma me acordaba! Abajo del asiento, sí...

SOCO: ¡Qué barbara, qué irresponsable! Echarle la culpa al pobre güero.

ENRIQUE: Le pregunté. Le dije que revisara.

JACKIE: Es que... Con todo esto...

SOCO: ¿Y qué con el dinero?

DAVID: Yo no sé nada.

ALBERTO: *(A Soco.)* ¿Revisaste ya el cenicero?

SOCO: ¿En el cenicero? El cenicero... ¿Sí, verdad?

ALBERTO: Tienes la manía de guardarlo allí. A veces he encontrado

monedas, pero sobre todo billetes que crees que te roban.

SOCO: El cenicero. (*Va. Lo abre y lo extrae. Sonríe.*) Aquí está el rollito con la liga. A ver... (*Lo cuenta.*) Completo, para qué más que la verdad.

JACKIE: (*A Soco.*) ¡Qué bárbara, qué irresponsable!

CARLITOS: ¡Yo quiero mi Nintendo!

SOCO: (*Furiosa.*) Pero ni crea que haber golpeado a Carlitos se le perdona. Este mal ya está hecho.

DAVID: ¿Yo? ¿A qué horas?

SOCO: ¿O no es cierto, Carlitos?

CARLITOS: ¿Qué?

SOCO: ¿Por qué anda usted golpeando chiquitos?

DAVID: ¿Yo qué?

CARLITOS: Nadie me pegó.

SOCO: ¿Qué, no dijiste?

CARLITOS: Yo no dije...

ALBERTO: ¿Entonces qué?

JACKIE: Ya no entiendo nada.

CARLITOS: Me caí.

ALBERTO: Ah, eso.

SOCO: ¡Vaya qué cosa! ¡Te caíste! ¡Nadie te pegó!

CARLITOS: Pues me duele. Mira: ¡Ay, ay!

ALBERTO: ¡No te hagas!

SOCO: ¡Carlitos!

CARLITOS: (*Solloza.*) Yo quiero mi nintendo.

UNA VOZ: *Your attention please, the International Border has been opened. Thank you.* Su atención por favor, "el" Frontera Internacional ha sido abierta. Gracias para su comprensión. *Thank you very much.*

Un silencio. Soco y Alberto suben al coche. Encienden el radio.

ENRIQUE: Súbete, Margarita.

MARGARITA: ¡Por fin! Buen susto que me saqué.

ENRIQUE: ¿A poco de veras te asustaste? (*Suben.*)

JACKIE: *(A David que se ha retirado en silencio.)* Psst, ven. *(David duda.)* ¡Ven! *(Él se acerca con cautela.)* Discúlpame, de veras. Todo fue sin querer.

DAVID: *(Dolido.)* Mmmjúuj.

JACKIE: Vente, te llevo. Voy hasta San Diego.

DAVID: No, gracias.

JACKIE: Ándale.

DAVID: Mejor me paso caminando. Así hasta llego más rápido.

JACKIE: No seas así. Es que... ¿No me dijiste que te llamabas David Reyna?

DAVID: Ese es mi nombre artístico.

JACKIE: ¿Eres cantante?

DAVID: Actor. Soy actor en un grupo de la universidad... Y el director que tenemos es muy profesional, y nos dejó de actividad que nos pusiéramos un nombre ficticio, que le inventáramos una historia a ese personaje, y viviéramos con él todo el tiempo. Me estoy metiendo en mi personaje... Es parte del entrenamiento vivencial que ocupamos experimentar... Pero creo que yo me metí más de la cuenta...

JACKIE: ¿Y lo de tu familia?

DAVID: ¿Qué familia?

JACKIE: La de la lavandería.

DAVID: Es precisamente una obra que estamos ensayando. Es que fue un caso muy comentado y nos interesó. El director, que también es el dramaturgo, va a escribir una obra con aquella historia. Entonces todos los del grupo, para aportar algo al proceso creativo, estamos creyendo que de veras somos los protagonistas, para darle más realismo... Vamos con la historia y con el personaje a todos lados... pero con toda esta experiencia, ya no lo vuelvo a intentar. Me llamo Julián Orea. Ésa es la única verdad.

JACKIE: ¿Así que van a hacer una obra acerca de aquello que pasó en la lavandería?

DAVID: Es dentro del Plan Nacional de Apoyo, que disque ahora sí nos va a ayudar la Federación.

JACKIE: *(De veras emocionada.)* ¡Yo puedo ayudarles! ¡Yo sé algunas cosas de la lavandería que pueden servirles!

DAVID: ¿Tú? ¿Cómo?

JACKIE: *(Ríe.)* Es que yo también actué antes en una obra parecida. ¡Y con mucho realismo!

Todos han subido a sus autos. Los pasajeros se van despidiendo muy armoniosamente.

—¡Que le vaya a usted bien!

—Fue un gusto haberla conocido.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Y cuídese de su hipotálamo.

—Hasta pronto.

—Recuérdeme su nombre, por favor.

—La próxima semana tenemos una boda, los invitamos.

—Le regalo este libro de poemas: precioso.

—¡Por poco y desaparecemos con todo y Península!

—¡Señora, se le van a meter allí adelante!

—Uy, eso sería padrísimo.

—A lo que uno se expone.

—Si lo cuento ni me lo creerían.

—¿Chernobyl? ¡Ese juego ni existe!

—Oiga: Racismo y... ¿cuál fue esa otra palabra tan chistosa que nos dijo?

LA HERMANA: Ya, Margarita. Sube ese cristal por favor. *(Lo hace.)*

ENRIQUE: No jodas. Hace mucho calor.

LA HERMANA: ¿Y el polvo qué? Súbelo, Margarita.

ENRIQUE: ¡Abajo!

LA HERMANA: ¡Arriba!

Los autos encienden sus motores. El último en prender es el de Graciela. Escuchamos de nueva cuenta “Tristes recuerdos” con la tambora de Tony Aguilar.

EL DE A PIE: ¡Regresen pronto! ¡Ya saben, si algo se les ofrece pregunten nada más por “el Zanate” ¡Yo estoy para servirles con mucho gusto! *(Saca un pañuelo y lo agita.)*

GRACIELA: *(Autómata.)* Tony... Tony... *I’m* Mary Anderson, Tony...

Cierra lento el telón.

Agua Caliente

Un acto: trece escenas

*“Tijuana, Tijuana, Tijuana
caliente, caliente, caliente...”*

Ramón Ayala

*“No siempre lo que se escribe es cierto,
y a veces la verdad nunca se escribe”.*

Olga Vicenta Díaz, “sor Abeja”

Breve nota histórica:

Como consecuencia de la *Ley Volstead* promulgada a principios del siglo pasado en Estados Unidos y que prohibía los juegos de azar y las bebidas alcohólicas en aquel país, surgieron varios establecimientos turísticos del lado mexicano para satisfacer esas “distracciones” cercenadas a los estadounidenses. Uno de esos enclaves fue el balneario paradisíaco *Agua Caliente*, construido en 1927 e inaugurado el 23 de junio del año siguiente.

En 1935, el presidente Lázaro Cárdenas decretó la suspensión de los juegos de azar en los casinos de todo el país, razón por la que el complejo turístico vino a menos, cerrando parcialmente sus instalaciones dicho año, y de forma definitiva en 1937.

Para 1939, el mismo Cárdenas expropió las instalaciones y las traspasó a la Secretaría de Educación Pública para conformar allí un extendido conjunto escolar que pervive hasta nuestros días.

Personajes:

Olguita y

Javier, *estudiantes de preparatoria, 17 años*

Don Tacho

Faraona, *bailarina*

Sue, *mucama*

Caballero, *falso inglés*

Paolo, *cliente enamorado*

Leticia, *su pretendiente*

Vigilante, *luego don Tacho*

Consejero *de apuestas*

Parejas de baile

Jugadores

ESCENA UNO

Proscenio. Noche. Grillos que se confunden con el barullo de automóviles que cruzan en lejanía. Olguita y Javier, con no más de 17, aparecen tomados de la mano.

JAVIER: ¿Alcanzas a ver algo? No vaya a encontrarnos don Tacho y vaya luego a dar la queja con el Director...

OLGUITA: ¿A esta hora? ¡Cómo se te ocurre! ¿Qué te pasa? A esta hora todos duermen. Hasta los perros roncan. ¿No escuchas? *(Hace unos gruñidos).*

JAVIER: Es que ya sabes lo que nos pasaría si se enteran.

OLGUITA: Estás que te comes las uñas de miedo.

JAVIER *(Falsamente valiente):* ¿Yoooo? Te estás ganando una buena, ¿eh?

OLGUITA: ¿O no es cierto? A ver, ¿por qué tienes las uñas así de chiquitas? Todas mordisqueadas. Bien mordisqueadas.

JAVIER: Mordisqueados tienes los calzones. Y hasta “tamarindeados”.

OLGUITA: Para un domingo los quisieras, Javiercito.

JAVIER: Ni loco que estuviera. Tengo así las uñas porque me cayó un hongo, dijo la dermatóloga. Un hongo enorme, como la bomba atómica de grande.

OLGUITA: ¿Qué bomba? Si en Irak los gringos no soltaron ninguna bomba, puros misiles desde el aire.

JAVIER: En Irak no, pero qué tal en Japón, a ver. Soltaron no una bomba, ¡un bombón! Fueron los aliados, con los gringos enfrente, claro, contra todos los que no eran sus amigos.

OLGUITA: Los gringos contra el que se les pone enfrente, qué.

JAVIER: Pues sí. Pero ni sabes bien porque no estudias. Te la pasas en la zona intermedia.

OLGUITA: ¿Cuál zona intermedia?

JAVIER: En el punto justo entre la *hueva* y la *lelez*. Allí, donde no se escucha ni el zumbido de una mosca. ¡Bbbbzzzz! Siempre te pasa igual en la clase de historia.

OLGUITA: ¿La historia? Chismes de viejas, qué. Siempre cuentan lo mismo: unos contra otros por los siglos de los siglos de los si-

glos. Los griegos contra los romanos. Los españoles contra los árabes. Los indios contra los vaqueros. Y los gringos, éstos contra todo mundo.

JAVIER: Por eso repruebas. Por eso hasta a mí me toca; estoy contigo acompañándote quién sabe a qué horas para...

OLGUITA: Se me olvidaron los apuntes. Encima no me quieras regañar. Se me olvidaron los apuntes en la banquita...

JAVIER: Por distraída.

OLGUITA: Pues sí, y qué.

JAVIER: Si eres tan valiente, deberías mejor de dejar esto para el lunes.

OLGUITA: ¡Y decirle al profe que se me olvidó el apunte que me dictó y que por eso no hice la tarea! ¡No! Ni loca.

JAVIER: Le inventas un paro.

OLGUITA: ¿Otro? Ya no me traga el profesor. Me la tiene bien cantadita. Con una más que le falte y para qué quieres. Me arde toda Troya con mi mamá allá adentro de la casa. Capaz que le manda decir a mi papá, y ahora cuando venga de vacaciones del otro lado, no me trae la bicicleta ni las otras cosas que le encargué.

JAVIER: “Arde Troya”. ¿Ves cómo hasta tú misma usas las frasecitas de la clase?

OLGUITA: ¡Tchch! Es un decir, Javier. Nada más. Un decir.

Ruidos de pisadas.

Alguien entona débilmente una canción.

JAVIER: ¡Nos van a ver! ¡Ya hasta nos han de haber oído! ¡Nos van a encontrar y entonces sí! Don Tacho va a darle la queja al Director y nos van a armar Consejo de Escuela.

OLGUITA: Anda, Javier. Cómete las uñas de miedo. Ya llevas las manitas directamente a la boca, ¿no? Cómete los dedos.

JAVIER: ¡Que no es miedo, es una infección! ¿Me oíste o te lo digo en inglés para que me entiendas? *¡This is an infec...*

Entra el Vigilante, uniforme impecable.

VIGILANTE: ¿Esto qué quiere decir? A ver, explíquenme que yo no entiendo.

Javier resbala aparatosamente y cae del susto.

OLGUITA: ¡Santo sapotazo, Batman!

JAVIER: ¡Don Tacho, yo le decía a ésta que nos fuéramos, la estaba convenciendo, don Tacho! Yo no quería venir, pero ella estuvo diciéndome y diciéndome toda la tarde. Hasta me invitó al cine para convencerme, que con palomitas, todo el combo. Por eso se hizo tan de noche. ¿Qué horas tiene, por favor?

OLGUITA: Sí es cierto, don Tacho. Ay, es que se me perdió el cuaderno con la hoja de tarea que repartió el profe. Ya sabe sus inventos: tareas individuales que para que nadie se copie y todos investiguen; y si no la traigo para el lunes...

VIGILANTE: ¡Qué don Tacho ni qué mis narices! ¿Ése quién es?

JAVIER: ¿No es usted don Tacho, pues?

OLGUITA: ¡Si se le parece mucho!

VIGILANTE: Voy a tener que llevarlos a la caseta de policía. ¡Policiáaaa!

JAVIER Y OLGUITA: ¡Nooooo! ¿Por qué? A ver, ¿qué hicimos?

VIGILANTE: A ver, pues. ¿Qué andan haciendo fuera de su casa, en viernes y a estas horas?

OLGUITA: Yo ya le dije. Es verdad. Crucecita con los dedos al aire, mire. Crucecita.

JAVIER: No estábamos haciendo nada malo. Olguita me pidió que la acompañara para recoger su tarea, nada más. No vaya a creer que andábamos con otras ideas, si ni traemos condón ni nada. Revísenos.

OLGUITA: ¡Javier!

VIGILANTE: ¿Dos jovencitos solos en el Casino? Voy a tragarme ese cuento de la tarea, sí cómo no.

OLGUITA: ¿Casino?

JAVIER: ¿Cuál Casino?

OLGUITA: Este señor está bien *crazy glue*.

JAVIER: Mire, mejor ya nos vamos. El lunes a ver qué se le ocurre a ésta decirle al Villacorta, el profesor de Historia.

VIGILANTE: Condenados muchachos. Quesque la tarea, quesque la escuela. Las cosas que se llegan a ver en estos tiempos. Tanto alcohol, tanto humo, hacen perder la propia realidad. Salgo a respirar un tantito y este par de chamacos quieren hasta verme la cara. Que la tarea, que don Tacho. Ya nada es como antes... Van a tener que ir conmigo a la caseta. ¡Policíaaaa!

OLGUITA: ¡Yo no voy, qué!

VIGILANTE (*La toma de una oreja*): ¡Cómo de que no!

OLGUITA: ¡Ay! ¿Qué le pasa? Voy a reportarlo, le va a ir pero bien mal, ¡suélteme!

VIGILANTE: Sólo cumplo con mi trabajo.

JAVIER: Vamos a ir con el Director el lunes. ¡Lo vamos a reportar ante los de Derechos Humanos!

VIGILANTE: ¿Hasta el lunes? ¡De una vez! ¡Para qué esperar todo el fin de semana! (*Lo atrapa de la oreja con su otra mano*).

JAVIER: ¡Ay, oiga, me la va a arrancar! ¡Mi *piercing*, ay, oiga!

OLGUITA: ¿Qué le pasa? ¡Está bien tocadisco!

VIGILANTE: Miren que meterse a escondidas al Casino. Y dos menores como ustedes. Si todavía nadie se repone de lo del otro día, del asunto de la Faraona y su galán inglés, y aquí vienen a meter sus narizotas. ¿A poco ustedes vienen también a buscar el cofrecito? ¡Hasta dónde llega la ambición!

OLGUITA: ¡Que me suelte, le estoy diciendo! (*Le propina un puntapié*).

VIGILANTE: ¡Ay, canija muchacha! ¡Me pegaste en la mera espinilla! (*Se dobla*).

OLGUITA (*A Javier que se ha quedado inmóvil*): ¿Qué te pasa, Javier? ¡Vámonos!

JAVIER (*Al Vigilante*): ¿Se siente bien?

VIGILANTE (*Sopla el silbato muy fuerte*): ¡Auxilio! ¡Dos intrusos en el Casino! (*Otro silbatazo*).

OLGUITA: ¡Vámonos, hay que pintarse, vámonos! (*Lo jala del brazo*).

JAVIER: ¡No, para allá no es la salida! (*Salen corriendo*). ¡Olguita, espérate!

VOZ DE OLGUITA: ¡Qué espérate, ni qué espérate!

VOZ DE JAVIER: ¡Para dónde me llevas!

VIGILANTE: ¡Ojalá les salga la monja de la bata blanca! ¡O el chinaco enamorado! ¡Al Capone les va a descargar toda su metralleta hasta hacerlos coladera!

Silbato de fuera.

Ladridos de perros.

ESCENA DOS

Interior de un bungalow.

La Faraona peina su larga cabellera ante el espejo oval.

FARAONA: No mucho colorete, sólo lo suficiente. Una pizca. Un dedito. A los caballeros les impresiona la poca cantidad de color. Solamente un poco de opacos, de talco para la buena fortuna. ¡Quién iba a pensarlo, Faraona! Venías por una corta temporada y vas a quedarte aquí toda la vida...

SUE (*Entra corriendo, descompuesta*): ¡Faraona! ¡Qué bueno que te encuentro!

FARAONA: Relájate, mujer. ¿Dónde podría estar? Tus gritos han de retumbar hasta San Bernardino, al otro lado de la frontera, seguro.

SUE: Ponte tranquila, reposa. Respira con profundidad que lo que voy a contarte no es bueno.

FARAONA (*Luego de una pausa*): ¿Y? Desembucha. Me espantas, Sue.

SUE: En la sala de juegos. En el Salón Dorado... Está él... ¡a que no adivinas quién!

FARAONA: ¡Qué estupidez, Dios santo! ¡Qué quieres que adivine?

SUE: ¡Don Caballero!

FARAONA: ¡Mi Lord! ¿Segura es él? Tan guapo, tan galante...

SUE: ¡Segura! ¡No habré de saber distinguirlo a la distancia! El Caballero...

FARAONA: Sabía que iba a estar por allí, lo sabía... El juego es una droga terrible, una costumbre que no se quita ni con veinte baños turcos...

SUE: ¡No te sorprende!

FARAONA: Era una trampa mía decirle que salía contigo de compras, Sue. Que iríamos hoy a comprarme unos pendientes para el complemento de boda. Algo de joyería, un collar o así...

SUE: Tienes que verlo...

FARAONA: Lo he visto más veces de las que te imaginas. En la alberca... ¡es un clavadista sorprendente! En el Gran Salón... cuando me brinda de lejos sus copas burbujeantes. Aquí mismo, en el *chess longe* cuando me acaricia con esas manos grandes y me hace escuchar campanitas celestiales...

SUE: ¡Pues ahora es a otra a la que le hace oír todo un campanario!

FARAONA: ¡Sue!

SUE: ¡Hace repicar una catedral entera!

FARAONA: ¡Él siempre tan emprendedor! Tiene unas manos inquietas, perdónalo.

SUE: ¡Abraza a una gringa, Faraona! ¡La acaricia como pulpo! ¡Le besa el cuello y...

FARAONA: Estás más celosa que yo. Mírate en el espejo. Te tiemblan las mejillas... Seamos tolerantes.

SUE: ¡Es tu pretendiente! El Caballero inglés le traga medio seno. La embadurna con saliva. No me crees, lo sé. Pero ven conmigo para que te cerciores. Vamos por el costado. Yo sé me un caminito que pocos conocen. Ven para que veas cómo se aprovecha en la víspera de la boda.

FARAONA: Has de estar confundida. Ha de ser otra persona, aquí llegan tantos...

SUE: Ya te lo advertía yo desde antes, y hasta estuviste a punto de correrme. ¿Querías una prueba? Allá en el salón la tienes.

FARAONA: El Caballero inglés es mi novio, yo su pretendiente...

SUE (*Le pone una bata*): Ten. Ponte estas sandalias. Acompáñame para que bien te enteres.

FARAONA: No quiero ir... no quiero creerte...

SUE: Lo harás. Sígueme.

*La jala, enérgica, de la mano.
Salen.*

ESCENA TRES

Paolo y Leticia charlan sobre una banca. Frente a ellos una esbelta y bella palmera. Noche.

PAOLO: Tu cintura es como la de esta palmera.

LETICIA (*Ríe coqueta*): Favor que me haces.

PAOLO: Y los brazos tuyos son tantas ramas que el viento acaricia, que las hace danzar en un movimiento perpetuo, que vuelan graciosamente rodeando el Minarete, tan fálico, tan elegante, tan arrogante en medio del desierto, a mitad de una noche llena de erotismo...

LETICIA: Ay, Paolo. Con tanta palabra me pones de nervios... (*Bosteza*).

PAOLO: ¡Quién fuera ardilla para escalar por tu cintura!

LETICIA (*Luego de una pausa*): ¿Me estás preguntando?

PAOLO: ¿Eh?

LETICIA: Eso, lo de la...

PAOLO: Yo...

LETICIA: Yo qué voy a saber de ardillas.

PAOLO: Leticia... (*Él suspira, ella bosteza*).

LETICIA: Con tanto suspiro vas a asfixiarte, Paolo. Si aquí estoy, en carne y hueso. Tócame, siénteme. No hay para qué estirar el tiempo... Mira: en el bungalow podemos entretenernos, hacernos cositas... (*Ríe cubriéndose la boca con ambas manos*). ¡Ji, ji, ji! Cositas que se hacen los mayores... Tomarnos una ginebra y bailar bien abrazaditos... Y mañana hacer que nos lleven el desayuno hasta la cama, ¿eh? Unos *waffles*, con alguna ensalada de frutas, un jugo de guanábana; me encanta y aquí la consiguen quién

sabe de dónde. Lo que pidas te consiguen... Podremos luego darnos un chapuzón en la alberca. ¿Quieres? (*Pausa. Transición violenta*). ¡Ay, Paolo! No te me quedes viendo así que me derri-tes.

PAOLO: Es que tus ojos... y esa luna enorme... (*Recita inspirado*).

“La media luna se asoma
en la mezquita dormida,
¡corre, mujer, sin tu velo!
¡huye, mujer, malquerida!”

LETICIA: ¡Qué ojos ni qué luna ni qué los cuernos! Contigo nomás no se puede. Voy por otro gin. Tú sigue aquí en Babelia perdiendo las horas, perdiéndolo todo. Yo te imaginaba más, más... ¿me entiendes, eh? (*Pausa*). Me voy por mi ginebra. Ah, y no me sigas.

PAOLO: ¡Leticia! No te vayas, Leticia! (*Ella sale*). Ya no hay romanticismo.

VIGILANTE (*Aparece desde atrás de un arbusto*): No diga eso. No sabe lo que dice.

PAOLO: ¿Eh? ¿Usted? ¿De dónde salió? Yo...

VIGILANTE: Sí, lo oí todo, ¡sin querer! No crea que es mi costumbre enterarme de las discusiones de los demás. Lo dejaron sin la miel y sin la jícara. Qué le vamos a hacer. Ah, pero usted mismo se lo buscó, digo, me imagino. Le falta acelere, chispa, iniciativa, “jodienda”, pues, para que me entienda.

PAOLO: Pero si yo...

VIGILANTE: No se haga ahora el casto. Bien que se le adivina la zanca al pollo, a millas de distancia.

PAOLO: ¿Perdón?

VIGILANTE: ¿Qué no dejó a la Señora, a la suya, a la oficial, aquí nomás cruzando la garita? ¿Qué no le dijo “adelántate que yo me quedo a revisar un asuntito urgente aquí en el Agua Caliente”? ¿Su asunto de urgencia era con la señorita Leticia? ¡Picarón! Le dieron lo que se merece. Se quedó como el perro de las dos tortas, igual por coqueto que por desaprovechar la situación.

PAOLO: Este, sí. Ultimadamente eso le dije a mi Señora. (*Carraspea*). Pero la verdad, no llegaron las personas que esperaba... entonces, pues...

VIGILANTE: Y usted quiso soltarse el pelo, como luego es que se dice. Tener su aventurita... ¡Pues hágalo! ¿Qué espera? ¡Suéltese el chongo!

PAOLO: Pero Leticia... usted cree que...

VIGILANTE: ¡Para eso están las muchachas! Además, si no lo prueba, ¿cómo lo comprueba, a ver? ¡Córrale que se la ganan, Paolo!

PAOLO (*Sale muy aprisa*): ¡Leticia! ¡Leticia!

VIGILANTE: Caliente, caliente, caliente.

Silba una canción que lentamente va haciéndose audible: son los acordes de una orquesta que, durante unos largos segundos, inundan todo el espacio.

ESCENA CUATRO

En el área de jardines.

La Faraona cruza con un pequeño cofre en la mano.

FARAONA: ¿Dónde se encuentra la felicidad? ¿En la rama de un árbol? ¿En la ventanita de mi cuarto? ¿En la almendra escondida de un durazno? Aquí, en este cofrecito, queda guardado el secreto y la fortuna de mi suerte... ¡De mi mala suerte, mejor debiera decirse! (*Lo abre*). Estos pendientes fueron regalo de Casimiro Gavaldón, aquel maestro de piano que se quedó empeñado y pobre al cumplirme el gusto. Este collar de perlas blanquísimas son recuerdo de Alex, ¡el inocente de Alex! ¿Dónde andarás ahora? ¿Con cuántas otras te estarás divirtiendo? Las peinetas nacaradas con sus puntitos de zafiro, regalo navideño incomparable. Anillo de rubíes, tan rojos como la sangre. ¡La sangre! Este otro es un escarabajo egipcio, obsequio de Hamid, el petrolero,

el que me prometía ser la concubina preferida en su palacio de azúcar y marfil. Lo más que uno se lleva cuando muere es un recuerdo de algunos conocidos, nuestro nombre y apellido que se pierde en un libro de mil hojas que es parte de una colección arrumbada en la parte más alta y escondida de una biblioteca polvorienta que nadie va a visitar nunca. ¡El polvo! Este espejito esmerilado con el sostén de oro macizo, fundido en una sola pieza; un espejo biselado que cabe en la palma de la mano para delinear el labio y perderlo en tantos besos que a nadie pertenecen porque se los ha de llevar el viento. ¡El aire! Este brazalete de esmeraldas (*Se lo quita y guarda*) robado de alguna tumba azteca y que tanta suerte me trajo, también va en este mismo cofrecito. ¡El cofre! Quien quiera riqueza, que me siga de cerca, que me vigile por estos corredores, por estas jardineras y se apodere de mis joyas, que a mí ya no van a servirme. Están malditas, no las quiero. ¡Que se pudran! (*Hace un agujero con su mano*). Pendientes, anillos, collares, brazaletes... Que premien la constancia y en empeño de quien en verdad sepa seguir la sombra de la Faraona, de quien le sea fiel al menos en el recuerdo... (*Alguien tose y se aproxima*). ¡Sssshhh! Alguien ya se adelanta, se le queman las manos por el ansia. La ambición mata a más de uno. Ya vienen en racimo, cruzan la ribera como una nube de langostas, como una maldición egipcia. Golpetean las alas, hacen chasquidos con la lengua... La luna hace danzar al propio Amón Ra y a toda su parentela.

Su silueta vuela, se esfuma en el aire.

ESCENA CINCO

Mismo sitio, entran Olguita y Javier.

OLGUITA: ¡La viste, verdad! ¡No me digas que no es cierto, Javier!
¡En carne y hueso!

JAVIER: ¡La vi, Olguita! ¡Blanca, blanquísima! ¡Y se fue volando como bruja!

OLGUITA: No seas tonto, Javier. Las brujas no son tan bonitas. Ha de ser el espíritu de... De una ahogada, o de una loca.

JAVIER: ¡La llorona!

OLGUITA: ¡La llorona eres tú! ¡Mira la cara pálida y sudorosa que se te puso!

JAVIER: ¿A poco a ti no te asustó? De cuándo acá tan valiente.

OLGUITA: Los muertos no hacen daño.

JAVIER: ¡Una muerta! Ay, mamita santa. ¡Una muerta!

OLGUITA: ¡Cállate o nos echan el guante! Ha de ser la novia del Vigilante o algo así.

JAVIER: ¿Y de cuándo acá las novias vuelan?

OLGUITA: Ay, Javier. Para todo hay trucos. Alguien quiere asustarnos. ¿Y quién va a ser ése, eh? ¿No se te ocurre? ¡Pues el Vigilante, que ha de estar más que asustado porque lo agarramos en la movida! Seguro le dijo a su amante que le ayudara con el teatrillo. ¿Y para qué? Pues te lo voy a decir: para que el lunes no vengamos con el cuento al Director de la escuela. Para eso, porque a nosotros nos ponen un reporte, máximo; pero a él acaban por correrlo.

JAVIER: ¿De cuál Vigilante hablas, a ver?

OLGUITA: Pues del señor, éste, del viejo ése que nos anda correteando... (*Pausa*). No, ¿verdad?

JAVIER: ¡Y cómo si ni siquiera trabaja en la escuela! ¡Ay, ya me entró ahora sí un escalofrío... El lunes o el martes, vas a ver las noticias en la tele: la preparatoria federal Lázaro Cárdenas es refugio para una banda de locos y degenerados que hacen sus orgías los fines de semana, cuando la escuela está cerrada, y...

VIGILANTE (*Entra muy aprisa*): ¿Y ponen mesas de juego, y abren apuestas, y se asolean a un lado de la piscina, quieres decir?

OLGUITA: ¡Ay, Dios santo!

JAVIER: ¡El cabecilla de la banda!

VIGILANTE: ¿Y venden licores importados? ¿Y contratan una de las mejores orquestas para que amenice en el Salón? ¿Y ofrecen el

sauna con esencias auténticamente orientales? ¿Y tienen una peluquería con detalles árabes? ¿Y una carta de la más selecta cocina europea? ¿Y...

OLGUITA: ¡Vámonos, Javier! (*Sale corriendo*).

JAVIER: ¡No, Olguita, por allí no hay salida! ¿A dónde vas? (*Tras ella*).

VIGILANTE: ¡Vaya con la juventud alucinada! ¡Qué preparatoria ni qué las faldas del señor Obispo! ¡Agua Caliente! ¡Un casino glamoroso para la diversión y la entrada de dólares al por mayor. Un balneario de cuento de hadas que no va a desaparecer nunca. ¡Nunca! (*Tronidos de tormenta*). O quizá... (*Comienza una lluvia tupida, fulminante*). Es decir... yo...

Un rayo lo ilumina por última vez. Oscuro.

La tormenta continúa.

ESCENA SEIS

Interior del bungalow.

El Caballero, alto y delgado, reposa sobre el chess longé.

CABALLERO: Me sorprendiste con tu llegada. No te esperaba, la verdad.

FARAONA (*Desde atrás de un biombo*): ¿No?

CABALLERO: Pues no. Te hacía de regreso hasta el martes o quizá el miércoles. Con lo pesado y complicado que se está poniendo el cruce en la garita... Algún día eso va a ser el infierno puro, cientos de carros para cruzar hacia ambos lados de la frontera. Y papeleo. Y tráfico ilegal de mercancía y hasta de personas.

FARAONA: ¿Crees?

CABALLERO: Las bandas van hasta a pelearse por el control de este territorio... van a buscar apropiarse de los clientes, de los consumidores, ésos que nunca van a faltar... Gritos, muertos, y la policía vuelta loca... corrupción hasta por debajo de las piedras... (*Al biombo*). ¿Por qué regresaste antes de lo que habíamos convenido?

FARAONA: ¡No vengas!

CABALLERO: Me asustas...

FARAONA (*Dulce*): Ya salgo.

CABALLERO: ¿Por qué te regresaste?

FARAONA: No sé ni por qué... hay veces en que una tiene corazondadas. No quise dejarte solo, con tantas tentaciones con patas... (*Aparece, radiante*).

CABALLERO: ¡Mi Faraona preferida! Soy tu esclavo. (*La besa con elegancia*).

FARAONA: Eres mi Lord inglés, porque los esclavos son eunucos... A ellos les cortan el pito para que no anden de calientes con las concubinas. (*Ríe*). Imagínate tú, mi apuesto Caballero, sin su cosita para que pueda hacerme los honores. ¡Qué tragedia!

CABALLERO: ¿Eso les pasa?

FARAONA: Por ser tan calientes como las aguas termales de los baños. Calientes, calientes como el agua.

CABALLERO: Que hierven sin control.

FARAONA: Exacto. Sí. Entonces les extirpan cuidadosamente su virilidad; con una lanceta o un bisturí les extraen unos nervios y cartílagos de aquí abajo... (*Lo toca*).

CABALLERO (*Separándose suavemente*): ¡Qué dolor!

FARAONA: No, ni creas. Un sablazo de nada... Un piquetito luego de un *in crescendo* de alguna ópera de Puccini en el Acto Cuarto.

CABALLERO: ¿Puccini escribió algo así?

FARAONA: No... casi... Le faltó al pobre escribirla, ¿tú crees? Con esa imaginación y su talento... Le faltó escribirme alguna opereta al menos.

CABALLERO: Si te hubiera conocido, seguro. Algo con música exótica, del medio oriente. "Aída".

FARAONA: Ése es Verdi.

CABALLERO (*Con un ligero temblor de nervios*): Este... quise decir...

FARAONA: ¿Verdi? ¿Puccini? Vaya confusión...

CABALLERO: ¿Qué más da uno o el otro! He visto en Milán tantas cosas que...

FARAONA: Claro, se confunden fácilmente. Giuseppe o Giacomo. Los dos con “ge” de gato.

CABALLERO: Iremos juntos a La Scala, y allí, desde el palco, vas a tener que enseñarme las diferencias.

FARAONA: ¡Y son tantas, *my Lord!* ¡Tantas! (*Transición*). ¡Ven, mi Lord! Bebamos. Puse a enfriar este Chianti; un espumoso, cosecha reciente pero eficaz.

CABALLERO: Elección excelente. Un vino del año. Mira, mil novecientos treinta y...

FARAONA: ¡Ssshhh! No digas más las fechas. El tiempo es mera relatividad. ¿Alguien lo dijo ya? El tiempo real no existe. Todos estamos suspendidos en alguna esquina de un cuarto de hora. Lo que importa es el espacio; dónde estás, con quién, dónde te mueves, hacia dónde te diriges. Todo en el espacio, claro. En este búngalo, por ejemplo. En el Casino. En la frontera. Espacio, siempre el espacio, porque el tiempo tiene su vida propia y a veces se hace el loco y nos confunde...

CABALLERO: Es triste verte así.

FARAONA (*En arrebatado*): ¡Pues no me veas!

CABALLERO: ¿Qué?

FARAONA: Por eso me escondo. Estoy como muerta en vida, *my Lord*... Muchos aplausos, brindis de todas las mesas al tiempo que corre para cerrarse el telón de los espejitos... y la gente aplaude, bufa, gruñe.

CABALLERO (*Con ternura*): Estás de nervios por la boda.

FARAONA: Eso. La boda.

CABALLERO: Y la tormenta.

FARAONA: Sí, también por eso.

CABALLERO: Mira afuera cómo llueve. Hasta graniza, creo. A todos pone de mal humor el tiempo.

FARAONA: La lluvia.

CABALLERO: Y los celos, seguro.

FARAONA (*Con un hilo de voz*): Sí...

CABALLERO: Pero aquí me tienes, contigo, en tu espacio como dices. Nada de celos, Faraona. Eso es lo que te pone así, no me engañas.

FARAONA: Sí. La boda. La lluvia. ¡Los celos! Tonta, ¿no? Mejor a beber. Descorcha la botella. (*Él lo hace*). Tus manos blancas y largas, de pianista, de buen amante... Tírale el tapón a esa lámpara. Rómpela. Que se apague la luz de una buena vez. (*Lo intenta*). Mala puntería, fallaste... ¡Pero no importa! Espuma, dos copas, buen vino, el mejor. Burbujas de placer, cosquilleo en la garganta y mareo para perder un poco la conciencia y aguantarnos las miserias de la vida... ¡Salud, mi Lord! ¡Mi caballerito inglés!

CABALLERO: ¡Salud, Faraona! Pero no llores.

FARAONA: ¡No! ¡Y por qué habría de llorar frente a ti, mi Marco Antonio! ¡Después de la auténtica Cleopatra, yo soy la Faraona más feliz del mundo!

CABALLERO: Me gusta verte así, sonriente, triunfal, cubierta de glamour y joyas...

FARAONA: Lo sé. Glamour y joyas. Claro que te gusta. ¡Y salud mil veces, salud!

Las copas chocan. Él bebe.

Ella sólo lo mira.

ESCENA SIETE

Se abre una puerta al fondo.

Entran en penumbras Olguita y Javier.

OLGUITA: ¿Y ahora? ¿Esto qué es? ¿A dónde llegamos? Un establo, o qué cosa.

JAVIER: Una pista de baile, sonsa, ¿qué no ves?

OLGUITA: ¡No me digas sonsa, dedos carcomidos!

JAVIER: ¡Tch! ¡Oh, pues! Ya extrañaba tus reclamos.

OLGUITA: Si aquí es el Salón de Actos. ¿No te acuerdas? Es donde los papás vienen con sus hijos de sexto a recibir el diploma de fin de cursos.

JAVIER: Ah, sí. Pero eso era antes. La sala para las conferencias. ¿No te acuerdas cuando vino el señor Laclave ése para hablarnos dizque de historia regional? Ahora es otra cosa. Un salón de baile.

OLGUITA: ¿Cómo así de fácil? ¿Cómo es que, de la noche a la mañana...

JAVIER: ¡Mira sus arañas de iluminación! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué arañas! Son meras lámparas de bronce como del siglo pasado. ¡De museo! Seguro que un salón de baile sin humo ni rayos *lasser*. ¡Y esos sillones más ruquitos que mi abuelo, hasta pulgas y nidos de chinches han de tener! ¿No te das cuenta, Olguita?

OLGUITA: ¿Eh?

JAVIER: ¡Hemos rebasado la barrera del sonido!

OLGUITA: Sonido se va a oír cuando te agarre a cachetadas, de mí te acuerdas.

JAVIER: ¡Te estoy hablando en serio!

OLGUITA: Cómo no, ¿serio tú?

JAVIER: Nos metimos en camisa de once varas.

OLGUITA: ¿Y eso qué es?

JAVIER: En chaleco sin mangas.

OLGUITA: En el caño del drenaje, más bien parece, ¿no crees?

JAVIER: Pues sí, como quieras. Pero aquí estamos, quién sabe por qué. Escucha mi teoría: el Vigilante NO es Vigilante.

OLGUITA: ¿Ah, no?

JAVIER: ¡No! Y el Salón de Actos NO es Salón de Actos.

OLGUITA: Mira tú, qué inteligente.

JAVIER: El señor Laclave tenía razón, Olguita. Aquí fue un balneario, una disco, ¡un congal!

OLGUITA: ¿En la escuela? ¡Un congal en la Lázaro! ¡Te escucha el Director y te refunde en la Ocho!

JAVIER: Pues ya ni la Ocho existe, fíjate. A todos los presos se los llevaron para Tecate, hace años, para que sepas, para que aprendas, para que valores.

OLGUITA (*Lo empuja*): ¿Aprender qué, baboso? ¿Aprender qué babosadas, a ver? ¡Explicámelo!

JAVIER: ¡Cálmate! Nomás no te pongas histérica como mi hermana.

OLGUITA: ¡Y ahora me sales con eso! Yo qué con tu hermana la “psicoloca”.

JAVIER: ¡Psicóloga!

OLGUITA: ¡Eso, pues! A ver, dime.

JAVIER: No, sí te digo. No hay quién aguante a las viejas.

OLGUITA: ¡Vieja la más vieja de tu casa!

JAVIER: Otra vez. ¿Ya ves? No te enteras o no quieres como darte cuenta.

OLGUITA: Pues ya qué. Ya ni modo.

JAVIER (*Con sorna*): Estás asustada. Igualito que como en el examen de “Matebrúticas”.

OLGUITA: Mira tú. ¿Quién te pasó las respuestas de álgebra en la prueba de Mate? ¿A ver?

JAVIER: No, pues...

OLGUITA: ¿Entonces?

JAVIER (*Con valor*): ¿Quieres bailar?

OLGUITA: ¿Bailar? Ahora bailar. Estás loquito.

JAVIER: ¿Y entonces? ¿Qué hacemos aquí? ¿Para qué asustarnos? Que la barrera de sonido quede bien rota, de una vez, pero bien quebrada en pedacitos. ¿Bailas? ¡Imagínate que esto es “Las Pulgas” en viernes de quincena por la noche! ¡Imagínate a Paulina Rubio! ¡Imagínate que ella canta desde allí (*a la platea*), desde el forito! ¡Qué ridículo forito, de veras! ¡Imagínate que estamos aquí, con todo esto repleto de gente y que la Chica Dorada canta, que nos ve desde el forito! ¡Nos ve a nosotros, directamente a nosotros!

OLGUITA: Pero si no hay nadie, Javier, nadie, ¿qué te pasa?

JAVIER: Entonces canta sólo para nosotros. Sí, Olguita. La Pau sube a la pista; la Chica Dorada se acomoda la hebilla del pantalón, camina con fuerza como para no caerse o como para darse valor, más bien dicho. ¡Ya la veo! ¡Entra al centro de la pista y agarra el micrófono! Bueno, no, ¡ella trae la diadema inalámbrica! ¡Ella trae su “manos libres” para que no le estorben en el baile! ¡Viene con cuatro bailarines! ¡Va a cantar! (*Eufórico*). ¿Bailas?

OLGUITA: ¿Y la música?

JAVIER: Yo te la tarareo, ¿quieres? ¡Baila, Casanova! ¡Música!

Entra la voz de Paulina Rubio: “Baila para mí, sólo para mí, la noche es mágica y sensual...”. Ellos brincotean con energía. De repente las notas musicales de un alegre charleston que rebasan la pista anterior. Un conjunto de parejas abarrotan el espacio. Encienden todas las luces y se ve el Salón Dorado en todo su esplendor: brilla, reluce, encandila.

OLGUITA: ¡Ay, buey! ¿Y ahora?

JAVIER: ¡Oh, no avienten! ¡Quién me cambió el MP3!

OLGUITA: ¿Qué está pasando, Javier? ¡Tengo miedo!

JAVIER: ¡Sigue bailando, Olguita! ¡Siente la música por dentro! ¡No les hagas caso a esta bola de ruquitos!

OLGUITA (*Al centro de la pista. Llorando*): ¡No sé! ¡No puedo!

JAVIER: ¡No les hagas caso! ¡A estirar el esqueleto! ¡Bailar, bailar!

OLGUITA: ¡No puedo moverme!

VIGILANTE (*Entra con otros dos ayudantes*): ¡Éstos son los entrometidos! ¡Afuera! ¡Hasta aquí llegaron! ¡Los encontramos!

OLGUITA: ¡Javier!

JAVIER: ¡No le hagan daño! ¡Ni se les ocurra o me los agarro a trompadas!

OLGUITA: ¡Auxilio!

JAVIER: ¡Si le tocan un pelo me los receto a todos, eh, bueyes!

VIGILANTE: Muy valiente, ¿no? Muy valiente. ¡Afuera! Vamos a arreglar las cuentas de una vez por todas. ¡Afuera!

Los sacan a empujones. Las parejas siguen como si nada.

La pieza musical y el baile continúan.

Oscuro muy lento.

ESCENA OCHO

La mesa verde de los naipes. La luz ilumina el cuerpo sentado de Paolo; tras él, de smoking el Consejero. De los demás, sentados alrededor, se aprecian solamente sus manos tensas, luego nerviosas.

CONSEJERO: Cartas. Pida otra ronda.

PAOLO: Me retiro.

CONSEJERO: ¡No!

PAOLO: Con lo que tengo ya ganado me alcanza para lo que quiero.

CONSEJERO: ¿Una fábrica y almacén de pinturas, por ejemplo?

PAOLO: Eso y más. ¡Mire mis docenas de fichas! Montones.

CONSEJERO: ¿Una ruta de taxis? ¿A poco no le vendrían bien unos cuantos Ford que recojan turistas en la garita y los traigan directamente hasta aquí, a las puertas del balneario...?

PAOLO: Pues...

CONSEJERO: O comprar quizá unos lotes de aquí junto. Son propiedad de la Nación, pero hasta ella tiene su precio. Todo esto va a crecer enormidades, ya lo veo: hoteles, centros comerciales, avenidas... ¡Arriésguese! Su mayor apuesta en el centro de la mesa. (*Paolo titubea*). Es una oportunidad de sueño. Tiene bien las de ganar. ¡Ahora! (*Paolo recorre sus fichas al centro*). ¡Eso! No va a arrepentirse...

PAOLO (*Con un hilo de voz*): *Big... ¡six...!*

CONSEJERO: ¡Todo al *Big six*! ¡Jugamos! (*Reparten las cartas*). Doble la apuesta.

PAOLO: Por favor...

CONSEJERO: ¡Doble o nada!

PAOLO: Nooo...

CONSEJERO: Tome estos billetes, y tengo yo estas otras fichas. Al centro... Me los pagará después, seguro que sí.

PAOLO (*Los lleva a la mesa*): Esto va también al *Big...*, y cambio de tres cartas.

CONSEJERO: Se conoce bien a bien su juego, eh. Llegará muy lejos, Paolo.

PAOLO (*Recibe cartas. Nerviosismo*): Pago por ver... ¡Abra juego!

CONSEJERO: ¿Qué no oyen al patrón? ¡O quieren que se los repita en inglés!

Una pausa.

Un parroquiano se retira furioso.

PAOLO: ¡Juego! ¡Estoy pagando por ver cartas!

Torpemente, las manos de los contrincantes van mostrando sus cartas.

PAOLO: ¡*I won!* ¡Gané! ¡*Yes, yes, yeeees!*

CONSEJERO: ¡Ganamos, Paolo! Te lo dije. *(Los jugadores se retiran aprisa).*

PAOLO: ¡Sí, sí, *yes, oui!* *(Recoge los cientos de fichas que mete en los bolsillos del saco, del pantalón, en los calcetines).* ¡Voy a cambiarlas! ¡*Yes!* ¡Gracias! ¡Doscientas, trescientas fichas! ¡*Leticiaaaa!* *(Abraza al Consejero, lo besa).*

CONSEJERO: Trescientas sesenta y cinco fichas para ser exactos, Paolo. Una equivalente a cada día de un año. Tenlo en cuenta para que las disfrutes, para que compres tus terrenitos y tus taxis, ¡lo que quieras!

PAOLO: ¡Casi cuatrocientas! ¡Cuatrocientas!

CONSEJERO: ¡No! No te me adelantes, Paolo. Trescientos sesenta y cinco días, nada más. Al final, exacta y justamente en un año me pagas. Así es con la baraja. Me pagas y asunto arreglado.

PAOLO: ¡No me gusta deberle a nadie! Ten, de una vez. Toma tu parte.

CONSEJERO: ¡No! Yo no quiero fichas, Paolo. ¿Qué pasó? Llévatelas todas. Inviértelas. Gástatelas. Disfrútalas, que con lo que me vas a pagar basta y sobra. *See you. (Abandona elegantemente el área de luz).*

PAOLO: ¡Eh!

Oscuro muy lento.

ESCENA NUEVE

El Caballero entra al Jardín de Palmeras y trastabillando llega hasta el Pozo coronado con un remate de herrería.

CABALLERO: ¡Agua, un tantito así de agua! (*Las manos en el bajo vientre*). ¡Qué calor! ¡Qué humedad! ¡Me quemo por dentro! Estoy en una pesadilla. ¡Despierta! ¡Golpéate con la cabecera de la cama! ¡Rueda hasta el filo y déjate caer de golpe para que despiertes! ¡Pozo! ¡Pocito de agua santa, cumple mi deseo! ¡Despiértame...! ¡Me hundo! Anita... Faraona... ¿Qué me hiciste, Faraona? Me diste algo para dormir, una pastilla, unos polvos, y mira, yo confiado, estoy ronco que ronco. ¡Anitaaa! ¡Yo sé me tu nombre! ¿Qué me hiciste? ¡No es para que me pagues de esta manera! ¡No era para tanto! ¡Fa -ra -o-naaa! ¡No me dejes acabar desangrado! ¡Me madrugaste! ¡Me desgraciaste la vida...! Cuántas estrellitas, cuántas luciérnagas... Te mentí, es cierto, y tú me descubriste. No soy un señor inglés, no soy nadie, pero nos hicimos felices. ¡Eso es lo que cuenta! ¡Tuve que mentir para acercarme! ¡Tuve que inventarme un apellido para que no me corrieras a patadas! ¡Agua, por favor, una cucharadita de agua clara! ¡Dame agua, pocito milagroso! (*Arrecia la tormenta*). ¡Sí, mucho agua para poder lavarme. ¡Mira nada más cómo me lo dejaste! (*Muestra el sexo cercenado en su mano*). Ya perdí para siempre. Para siempre, Faraona...

Cae sobre el pozo.

Un rayo ilumina el hilo de sangre que brota entre sus piernas.

Viento y tronidos. Oscuro repentino.

ESCENA DIEZ

Sobre una banca de azulejos, Paolo, con la mirada perdida.

PAOLO: Dinero, mucho dinero hasta para comprar medio hipódromo si quiero...

LETICIA (*Entra veloz*): ¡Paolo! Te busco por todo el balneario. Me tienes pregunte y pregunte por ti, Paolo... que si te han visto, que para dónde ibas, que como a qué hora... ¿Sigues enojado?

PAOLO: ¡Leticia!

LETICIA: Mi Paolo. *My sweet heart*. Ven conmigo, chiquito. Corazón de guanábana.

PAOLO: ¿Cuántos días exactamente faltan para dentro de un año, Leticia?

LETICIA: Te entiendo... Tómalo con calma. ¡Felicidades, Paolo! Mañana que amanezca rentamos uno de esos aviones bimotor y damos varias vueltas en el aire, celebrando con champaña. Bebiendo y volando sobre este valle de lágrimas. (*Ríe*). Vas a ver qué bonita es la vida desde arriba. Tú y yo solitos, y el piloto también, por supuesto. (*Ríe a carcajadas*). Planharemos una y otra vez sobre este pueblo tan abandonado y lleno de polvo y mugre. Si no fuera por el balneario, ¿qué sería de sus habitantes? Mañana cambiamos unos cuantos billetes y los arrojamos por la ventanilla del avión, como confeti... la gente va a quererte y recordarte para toda la vida. (*Suspira*). El general Rodríguez es un visionario. Todo va a cambiar: esta ciudad va a cambiar, a modernizarse. Nuestro futuro va a cambiar de ahora en adelante... Y yo voy a estar contigo para acompañarte.

PAOLO: ¿Cuántos días tiene un año, Leticia?

LETICIA: Sigues con lo mismo. ¡Qué pregunta más idiota!

PAOLO (*Desesperado*): Dime que diez mil, ¡o cien mil quinientos!

LETICIA: ¡Me espantas!

PAOLO: ¡Cuántos!

LETICIA: No juegues...

PAOLO: ¿Jugar? No, yo ya no juego. No debí jugar nunca. ¡Cuántos!

LETICIA: Me lastimas, vas a dejarme unos moretones con tus dedos...
¡Ay! ¡Te lo digo, te lo digo pero no me aprietes! Trescientos sesenta y cinco...

PAOLO: ¡Ni uno más! ¡Ni uno solo! Ten. (*Le ofrece un fajo de billetes*). Para tu avioneta. Para tu champaña. Para tu acto de exhibicionismo por el aire. (*A la salida*).

LETICIA: ¡Ay, Paolo! Gracias, yo... ¡Cuánto billete nuevecito, y cómo huele de rico! ¡A gloria!

PAOLO: Yo ya tengo lo mío: un día menos del calendario. (*Sale*).

LETICIA: ¡Espérame, Paolo! ¡Paolo!

Sale tras él.

ESCENA ONCE

La Faraona sobre el chess longe. Inmóvil.

SUE (*Entra con un enorme ramo de rosas*): ¡Tienes que verlo, Faraona! ¡Allá, en la gran ruleta, sentado! ¡Y no es tan gordo como dicen! ¡Ni tan feo! Un tanto repuestito, nada más... Trae un sombrero de fieltro caído hacia un lado. Un gesto de coquetería... Te mandó esto. ¿Dónde quieres que te las ponga? Arréglate un poquito. Péinate con esas agujas que usas y sal con uno de esos trajes vaporosos que te gustan. Vas a cautivarlo. A lo mejor te recomienda con alguien de Hollywood y corremos con la misma suerte que Dolores, la gran Dolores del Río, ya ves tú en dónde está ella ahora. ¡Aliviánate, Faraona! Olvídate de los pretendientes que son un monumento a la falsedad, éstos que nomás se inventan rangos nobiliarios para apantallar. ¡Éste sí que te conviene! Nos conviene a las dos... si te propone alguna cosita no dejes de invitarme, eh. Sé que lo harías, que no me dejarías abajo, si yo he sido como una hermana para ti. Una compañera, más que una doméstica: una confidente. ¿Te gustan aquí las flores? Están fresquitas, van a durar todo el fin de semana igual de rozagantes. ¡Arréglate, Faraona! Ve para que lo conozcas en persona, no te hagas ahora la borrachina. ¡Es toda una leyenda viva! ¡Qué vestido te preparo, eh? Tiene aquí, al lado de la cara su famosa cicatriz, pero nada que lo afea, no; le da un aire de misterio y hace que el ojo se le vea más *pispiroto* y coquetón. Viene desde Chicago, ¿verdad? Desde tan lejos... Lo resguardan una cuadrilla de galanes, más de media docena; yo con uno de esos me conformaba. Nomás quiero que los veas a ver si no me das la razón... Claro, él con tantas influencias; más de alguno

se lo ha de querer “echar a la olla”; aunque pues, aquí adentro está más que protegido. No se mueve una hormiga sin que se enteren los vigilantes que saben conservar el orden. Allá afuera es otra cosa; allá sí que se cuida, pero lo que es aquí... Imagínate hasta dónde llega la fama de tu baile... ¡Y allí está ahora en la ruleta! Quiere que vayas con él para que lo acompañes. ¿Me estás oyendo? A ver, no te hagas la dormilona. Ahora qué fue lo que te metiste, Faraona. Te pasaste de la dosis... ¿Estás dormida en serio? Despierta. (*Intenta recuperarla*). Estás drogada. ¿Cuánto te tomaste, eh? ¡Faraona, escúchame! ¡Al Capone quiere verte! Por nada del mundo voy a dejar que desaproveches la oportunidad. De ninguna manera. Levántate. Faraona... ¡Faraona! ¡Vomita! ¡Qué porquería te tragaste ahora! ¡Auxilio! ¡Vomita, sácalo todo, Faraoncita! ¡Socorro! ¡Llámenle al doctor Fimbres! ¿Por qué lo hiciste, pues? (*La abraza fuertemente. Lloro*). ¡Faraona!

ESCENA DOCE

Al pie del trampolín, en la piscina.

VIGILANTE: Hay, en un momento casi imperceptible, detenido, cuando la quietud del líquido hirviendo irrumpe en cien, en millones de burbujas, una suerte como de espasmo incontrollable. El tránsito del agua quieta y tibia que llega hasta el estado alucinante que expele burbujas, humo y cientos de grados centígrados de calor. Y el calor dilata los cuerpos. Son las leyes elementales de la física. Hay lugar entonces para el surgimiento de un volcán que crece enorme, que desborda la vasija, que minimiza todo a su entorno. Surge así un chorro de Agua Caliente que truena, vocifera incontenible, se desborda hasta llegar a quemarlo todo, a fundir a los hombres como si fueran un simple pedazo de plomo. Y todo se reduce a cenizas. A recuerdos. A simple anecdotario o mera ocurrencia, porque no siempre lo que se escribe es cierto, y a veces la verdad nunca se escribe. ¿Y

hace falta escribir la verdad? ¿Quién la conoce a fin de cuentas?
¿Quién?

ESCENA TRECE

Afuera de la escuela, a los pies del monumento a Lázaro Cárdenas. Amanece.

OLGUITA: ¿Y ahora?

JAVIER: Pues nada. Agarrar un ratito el aire, luego de la santa corre-tiza.

OLGUITA: Ya no entiendo nada.

JAVIER: Ni yo.

OLGUITA: ¿No decías pues que el tiempo y que el sonido? A ver, explícamelo con manzanas porque sigo sin entender.

JAVIER: Pues mira, a ver, ¿cómo te lo digo?

Entra don Tacho, repentinamente.

TACHO: ¿No se les hace como muy temprano para andar ya en la vagancia?

JAVIER: Ay, buey.

OLGUITA: ¡Don Tacho, Tachito precioso!

TACHO: ¡Me vas a tumbar, condenada chamaca! ¿Luego qué te pasa?

OLGUITA: ¡No sabe el gusto que me da verlo! ¡Tachito!

JAVIER: Buenas noches, este...

TACHO: Dirás días, ¿no? ¿Ya se dieron cuenta de la hora que es? Han de estar en sus casas todos preocupados. Miren nada más la hora. Ya hasta se alcanzan a ver las casitas de la Libertad. Allá. ¿Ya vieron?

JAVIER: Es que, ¿cómo le explicamos? ¿Usted nos va a creer?

OLGUITA (*Rápida*): Vinimos por mi cuaderno de tareas que se me olvidó, pero como estaba todo cerrado, pues aquí estamos esperando que amanezca porque se nos hizo tarde. Pero ya nos vamos. Mejor el lunes regresamos, ¿no, Javier? A ver si no se

enoja el profe de Historia otra vez conmigo, ya ve pues cómo es.
Vámonos, Javier.

TACHO: ¿Y tu libreta?

OLGUITA: ¡Noooo! Mejor otro día.

TACHO (*La muestra*): ¡No es ésta?

OLGUITA: ¡Mi cuaderno! ¿Dónde lo encontró? ¡Gracias, don Tacho!

TACHO: Estaba donde lo dejaste.

OLGUITA: ¿Ah, sí? ¿Y dónde, eh? Ya ni sé. Ya ni me acuerdo.

TACHO: En el salón de clase, ¿dónde más? Todos los días paso a revisar por los objetos olvidados. Hay muchos que ni reclaman y nomás se van haciendo viejos con el tiempo. Y pasan años. A lo mejor sus dueños ya egresaron, se volvieron profesionistas, se casaron o se fueron a vivir a otros lados. Tengo en mi cuartito un altero enorme de cosas: suéteres, mochilas, libros deshojados, de todo. Como un museo. ¿Quieren pasar a verlos?

JAVIER: ¿Ahorita?

OLGUITA: ¡No! Este, muchas gracias pero ya es muy tarde. Bien temprano, digo, como usted dijo.

TACHO: ¿A poco les asustan las historias que se cuentan? (*Se ríe con ganas*). ¡Los fantasmas no existen! ¡Miren nada más cómo se pusieron! ¡Si esta estatua de don Lázaro estuviera viva, la revolcada que se daba de la risa! No, muchachos. Lázaro Cárdenas acabó con todo eso de los años treinta. Con el libertinaje. Sería mil novecientos treinta y tantos cuando se dio por clausurado el casino y todo aquello.

OLGUITA: ¡El Casino!

TACHO: ¿A poco no sabían?

JAVIER: Este... ¡sí! ¡Claro! Todo nos lo sabemos bien y bonito, al derecho y al Derbez.

OLGUITA: ¡Al revés! ¡Qué simple eres, deveras!

JAVIER: ¡Eso dije!

TACHO: Mi papá fue vigilante. Él, que en paz descanse, me contó muchas cosas: que el ánima en pena, que el aparecido, que la Bailarina y su cofrecito...

OLGUITA (*Nerviosa*): Bueno, bueno, ya nos vamos, eh.

TACHO: Si quieren, otro día les enseño las calderas. Acá en la parte de atrás quedan todavía rastros que no acabaron por demoler. Los túneles o hasta el Minarete. Desde lo alto se tiene una vista como de película, y yo tengo la llave. Lástima que ahora con la construcción de los comercios de aquí al lado, se le hicieron unas como fisuras, unas grietas. Y el Ayuntamiento que no es bueno para venir a repararlo. Ni el INAH. Todos se pasan la bolita.

OLGUITA: Este... ¡Y gracias por el cuaderno!

TACHO (*Se retira con su escoba*): Condenados chamacos éstos de la preparatoria. Preparándose nomás. Nomás preparándose.

OLGUITA: ¡Pellízcame fuerte, Javier!

JAVIER: Estás loca.

OLGUITA: Fuerte, muy fuerte.

JAVIER (*Lo hace*): ¿Así?

OLGUITA: ¡Ay! ¡Ay, no tanto, pendejo, te pasaste!

JAVIER: Oh, pues.

OLGUITA: ¡Estoy viva, Javier! ¡Estamos vivos! (*Salen*).

TACHO (*A los pies de la estatua*): Mire nada más usted, don Lázaro. Cuántas cosas nos toca ver. Me duele todavía la espinilla del santo patadón de hace rato..., cómo pega la muchacha. ¿Le limpio sus zapatos de bronce? Tiene una araña enorme. Una capulina. Y polvo. Una tonelada de polvo. (*La estatua mueve un pie, lo levanta, se limpia el zapato con la parte trasera del pantalón*). Ahora el otro. (*La estatua lo hace*). Así está mejor, quedó reluciente su calzado. ¡Buenos días, don Lázaro! ¡Buenos días, señor Presidente!

Oscuro rápido.

Fin

Nota final

La redacción de esta comedia no hubiera sido posible sin el apoyo de las personas adscritas al Archivo Histórico de la ciudad de Tijuana (Baja California), organismo dependiente del Instituto Municipal de Arte y Cultura (IMAC), quienes pusieron en mano materiales bibliográficos y documentos fotográficos de singular valía, que permitieron dar cuerpo a la presente ficción dramática.

Gratitud expresa para todos y todas.

Confesiones

de una telefonista erótica

Personaje único:

Pandora

antes de entrar a los treinta, vital y seductora.

Una estancia confortable, mediana, pero armada con elementos mínimos y de buen gusto. De frente, un acogedor sillón de dos plazas sobre un fino tapete; una enorme lámpara de pie en forma de globo que se eleva desde un lateral del sillón y se extiende hasta el centro de la escena; mesita con un teléfono inalámbrico y alguna silla tipo Ikea.

*Cuando se ilumina el espacio, **PANDORA** ya está allí, sentada, provocativa, retadora. Observa a la platea, mira con detenimiento a los asistentes. Va a hablar. Se contiene. Sigue mirando con deleite. Por fin, habla:*

“Confesiones de una telefonista erótica”. Confesiones. De una Telefonista. De una telefonista erótica. E – RÓOO – TI - CA... (*Se arremolina en su sillón*). Mmmmmm. Buen título que siempre atrapa la atención de más de una docena de ricos y viriles varones –y de alguna curiosa mujeruca– que sonríen maliciosamente cuando ven la nota de publicidad insertada en la prensa. Bien ubicada allí la nota, de tres por dos pulgadas, así de grande, en realidad un recuadro insignificante, si se le compara con el franco letrero que anuncia la última película de Angelina Jolie y las ofertas de fin de semana que ofrecen en el supermercado.

Uno está –mera imaginación– en el último sorbo del cafecito, sobre la barra del desayunador, en casa, con la prensa del día en la

mano, antes de dirigirse al trabajo en nuestro propio vehículo (si es que estamos suscritos a la prensa de reparto domiciliario, algo caduco ahora que todas las noticias las leemos en la red, y si es que tenemos coche, claro); o bien ya estamos en la oficina y echamos una ojeadita al periódico, o al internet, como queriendo robarnos unos cuantos minutos antes de que arranquen, a eso de las diez de la mañana, las carreras y apuros de siempre. “Hay que desfalcar un poco a la compañía”, “hay que hacer un poco tonto al odioso jefe”, es lo que pensamos para ser estúpidamente felices de 9 a 10 de la mañana revisando con amplitud –antes de que llegue el jefe– las notas de la prensa escrita o ya electrónica, qué consuelo... O tercera opción y lo que es mejor: ya estamos instalados a esa hora en el odioso cubículo (algún profesor desmañado), en el insípido consultorio (uno que otro médico) o en el polvoroso despacho (varios abogados y alguno que otro vendedor de bienes inmobiliarios), aguantando todos el tedio, picándole al teclado de la computadora, moviéndole al ratón, sacándose los mocos y haciéndolos bolita con la yema de los dedos...; buscando en el *google* nuestro horóscopo del día, el propio y el de los ajenos esperando que se escriban noticias funestas no para nosotros sino para el vecino de la oficina: esperando que aparezcan los desafortunados designios de ese pedante lambesuelas que queremos se le fracture una mano al cerrar su archivero, o que se parta al menos un poco así el dedo al momento de manejar las hojas de un expediente para que bien se le aguade el día, y por qué no, hasta la semana, y lo manden a descansar para que no lo tengamos que soportar con su hipócrita y trillada frase expresada con el calzador obligado de unos “buenos días” tan superficiales... ¿Quién no ha deseado un poco de mal para el inaguantable lambiscón del trabajo, en alguna mañana de aburrimiento de lunes temprano? ¿Quién no lo ha deseado cuando hemos gozado de un estupendo fin de semana de fiesta allá en la casa, la verdad? ¿Quién francamente no desea que el “cordial” compañero de oficina se tome una semana libre como de sabático al menos una vez al año, cuando llegamos todavía con el pelo suelto a la oficina y con las ganas para todo lo que puede prolongar un poco –todavía– la fiesta familiar? (*Pausa*).

O bien, estamos husmeando como quien no quiere la cosa, en las noticias de espectáculos, cuando de repente ¡salta a la vista esa nota provocativa! La leemos y se encienden esos focos rojos que todos llevamos dentro. Suena nuestra sirena interior: ¡Uuuuh, uuuuh, uuuuh...! El corazón aumenta su ritmo, bombea la sangre, hacemos trabajar nuestras adormiladas glándulas secretando alguna que otra hormona muy despabilada que ya se deja ver a manera de ligeras gotitas de ese sudorcito en la sien, sobre el labio superior o en el pabellón de las orejas de una manera imperceptible... Nuestra mirada se clava en ese recuadro, en esos labios *sexis sexis* que se abren y se cierran carnosos, grandes (otra vez Angelina Jolie) y leemos intensos y como en susurro el anuncio que ahora imaginamos de neón palpitante, fluorescente y escrito con palabras mayúsculas, entrecorilladas, grandes, negritas y hasta subrayadas:

“CONFESIONES DE UNA TELEFONISTA ERÓTICA”

¡Anda, pues no está nada mal! ¡Cómo se advierte que los gobiernos conservadores de este país ya van de salida! ¡Huelen a rancio! ¡Huelen a misas de gallo, de esas largas, larguísimas y aburridas! Y luego razonamos despacio lo primero que se nos viene a la mente: ¡Teléfonos calientes, voces femeninas, palabras llenas de cachondez aquí en el oído, como si fueran una dulce melodía! ¡Nunca llegué a imaginar cuánto iba a gustarme la cultura, decimos para nuestros adentros!

Pero luego viene la duda enorme: ¿Y si esto que anuncian se trata sólo de una representación teatral de esas que llaman “experimentales” en donde no se entiende nada de nada? ¿Una como en la que, por ejemplo seis personajes andan en la lela propia preguntando al vacío, quién los concibió y por qué? ¿Una en la que todos se llaman como falsos ingleses y esperan que aparezca una perdida cantante de ópera que por más que la invocan, la verdad es que nunca llega? ¿Una en donde un supuesto matrimonio se va ocultando en montones y montones de basura que nadie se dio la oportunidad de reciclar? ¿Una “obrilla” en donde sólo se ha de escuchar el chirriar de las butacas y el tiempo que corre lento pero lento —como en una pieza extraída de la literatura de un absurdo

antiguo—, lentísimo en donde no pasa absolutamente nada y en donde resulta que precisamente esa ausencia de todo es lo importante...?

O bien, por otro lado, y para rematar: ¿Y si es la propuesta de un grupo local? ¿De ésos que no pintan NI PINTARÁN en los grandes escenarios del mundo, de Broadway o Londres o Berlín? ¿Si se trata de una propuesta que nunca estará por esas marquesinas, donde SÍ HAY un teatro de excelente factura? ¿Me arriesgo, pensamos? ¿No me arriesgo? ¿Me arriesgo, volvemos a pensar? ¿Voy al teatro? ¿No voy? ¿Iré? ¿No iré? NO. No voy. Definitivamente, no. ¿Para qué? Ya me imagino la clase de rollos mareadores que van a espetarme los actores... ¿Actores? ¿Dije actores? Porque al seguir leyendo el desplegado éste del periódico, resulta que... ¿Qué? ¿Pero qué ponen aquí en la prensa? ¿Qué digo los actores! Si aquí nada más dice, con letras bien chiquitas como las que ponen en los contratos de las tarjetas de crédito del banco:

“Confesiones de una telefonista erótica”

Y más abajo, como escondidas, como sin gana de ponerlas:

(“Monólogo para una actriz”)

O sea que, ¿voy a ir HASTA ALLÁ, en donde con dificultad voy a encontrar un estacionamiento cómodo y seguro, para ir a ver a una tal por cual de vieja histriónica hablando sola como una loca? No, eso ni siquiera garantiza que vaya a haber un poquito así de sexo, de insinuaciones al menos entre dos o más personas, para apaciguar —en mi papel de voyerista resignado— a este “gorrioncito alocado” que me da de brinquitos bajo la bragueta y me pide que le abra su jaulita para irse por allí, a medio volar, de vez en cuando... ¿Pero y si la intérprete, por otro lado y siendo un poco condescendiente, es toda una promesa, y de aquí, con su obrita ésta, salta para Hollywood con un rol estelar? ¡Como Salma, por ejemplo! ¡Yo voy a ser de los primeros en decir que SIEMPRE confíe en su talento, que incluso llegué a ir HASTA ALLÁ al teatro aquél donde ella se presentaba, cuando era una joven desconocida y a la que NADIE le veía un futuro...

Pero, por otro lado, y más todavía (y la verdad sea completamente dicha, pues a mí qué más me puede dar si ella triunfa, se hace famosa

y acaba con su línea de lencería o de perfumes como ahora se usa y que en realidad huelen a bendito sobaco)... Pero y si “la intérprete”, “actriz”, “protagónica o agónica como se diga” saca de repente lo mejor de sí, y se contorsiona en escena, y pone algo de auto sexo o auto complacencia (y también de talento desde luego), pero más de auto sexo aunque con poco talento –no importa–, un auto sexo así cachondo, grande, orgásmico, y se entrega toda, si se toca solita sus cositas... TOOOOODA, ASÍ, EEE-ELLAAAA DE FRENTE ANTE SU PÚBLICO TAMBIÉN ORGÁSMICO Y DELIRANTE, SUS COSITAS RICAS, Y SE ABRE PARA ÉL, SE OFRECE PARA ÉL, SE EXHIBE PARA ÉL O SEA PARA MÍ Y NADA MÁS QUE PARA ÉL O SEA PARA MÍ... (*Exhausta. Transición*). Mmmmmj, eso sí que me puede convencer... Con un poco de buena fortuna y la intérprete se *mete mucho* en lo suyo y nos enseña carnita, algo de su carnita sonrosada al menos... Total, le digo a mi esposa que voy a llegar tarde a casa porque “voy a cultivarme”, porque esta noche YO ME VOY AL TEATRO. “¿Al teatro tú? ¿Qué mosca ahora te picó?”, seguro va a decirme. ¡Pues sí, AL TEATRO, con la E y la A enooooormes, mayúsculas, AL TEEAAAATRO, a cultivarme, a ser más humanista que Nelson Mandela y más universal que los propios Estudios Universal! ¡Para pensar y luego trabajar mejor, como dicen en mi universidad! ¡Pensando y trabajando! ¡O para alcanza, por completo la meta como hombres y mujeres, como se lee en el lema de otra universidad pública! ¡O para poder hablar más por mi raza y con mi espíritu, o por mi espíritu con la raza, o con mi raza cósmica o espiritual o como se diga!

(*Respira profunda*). Nos atrevemos, pues, a ir al TEAAtro, al TEAAtro, no al TIIIIAtro, como a veces dicen los políticos infumables. TEAAtro, no TIIIIAtro; “EEE”, no “III”, ¿estamos?

Avisamos, entonces, que vamos a ver una obra de TEAAtro (no decimos el título de la obra, a fin de que como a nadie le importa francamente el TEAAtro, pues nadie nos lo va a preguntar). Compramos el boleto por internet (*se ríe a carcajadas*). ¿Por internet? ¡Sí, tú, no vaya siendo! ¡Claro que no! ¡Estos alternativos postmodernos son tan limitados que no tienen asientos numerados, ni arreglos con Ticketmaster para la venta de entradas en Planet Hollywood, ni compras por internet! ¡Vaya qué cosas! ¡Ay, la cultura de este país, madre mía!

Pero pues ya me atraparon por la curiosidad: Me decido a ir en mi carro hasta el otro lado de la ciudad, saliendo del trabajo, claro, yo solito. Antes de salir, me veo por última vez de frente ante el espejo del baño, me acicalo mis cositas, me sonrío por el picarón atrevimiento (¡nunca lo había hecho antes! ¡ese anuncio en el periódico tan sugerente tiene la culpa!), cierro la puerta del baño, cruzo el vestíbulo que conduce a la salida de la oficina, bajo pausadamente las escaleras, abro la puerta de mi carro, me siento, me pongo el cinturón de seguridad, enciendo el motor, y salgo al mundo: a la aventura.

Conducir a esa hora es otra cosa; eso me lo salto porque es sólo sortear tráfico, dar vueltas y vueltas, preguntar a más de uno que no saben orientar acerca del sitio al que nos dirigimos, que no saben nada de nada, que no saben de cultura.

Llego entonces a ese anunciado (*marca con sus manos las comillas*) “espacio cultural” del que —como ya decía— nadie me pudo dar buena orientación ni referencias, todo un espacio completamente desconocido hasta para mi *GPS*. Pero como yo soy bien precavido, pues por eso me vine una hora antes imaginando que esto iba a ser un tumulto, colas largas, empujones, rebatinga para conseguir una entrada, una procesión como cuando lo de la Virgen, pero no. Pocas almitas sueltas y desperdigas por allí. ¡Claro! Es que se me olvida que es una función con UNA artista de la localidad: *ergo* desconocida.

Me quiero sentar adelante, en la primera fila, pero no, mejor no, un poquito más atrás, para no pecar de obvios y lascivos... Miro hacia los lados, en un teatro más vacío que nada, y reconocemos a alguno que otro pilluelo que ha venido con semejantes intenciones que las nuestras. “Carnita, por Diosito santo, un poco de carnita nada más”, parece que se escucha en susurro cuando pensamos en la intérprete que quiere confesar su erotismo telefónico, como en una colectiva pero silenciosa y bien sentida plegaria... Uno que otro también me mira, pero volteo enseguida hacia otros lados: ¡Lo que menos deseo es encontrarme a alguien de la oficina sentado a un lado mío! Pero no: nadie... Pasan unos minutos largos. La obra anunciada a las ocho se pasa ya de ese horario... Tamborileo con los dedos sobre la butaca de al lado y ya son las ocho y diez... ¡Qué impuntualidad, señores! Alguien me había

dicho que como los actores casi nunca tienen oportunidad de treparse a un escenario, por eso la hacen de emoción para empezar; se tardan y se tardan para hacer más prolongados sus raquíticos cincuenta minutos de atención pública... ¿Será eso cierto?

Ya son las ocho diecisiete... Ocho diecinueve. Llega todavía alguien más y se sienta al fondo, en la parte oscura de la sala... Bostezo. Bajo la vista hacia el piso, subo la vista desde mi butaca... Hacia arriba... ahora para abajo... Ocho veintiuno... (*Mira fijamente al techo*). ¡Cuánto deterioro! ¡Pero en qué abandono tienen todo esto! ¡Huele a humedad! ¡Falta pintura, las paredes se caen del deterioro, las luces amenazan con venirse abajo y aplastarnos! ¡Espero y no se nos venga el techo encima a media obra! (*Transición*). Carrasperas nerviosas del público (*las hace*). Una tosecilla tísica como de convento (*la hace*). Alguien se acomoda discretamente el bulto como para abrirle espacio a su querido gorrión que trae en medio de las piernas “para lo que haya o pueda ofrecerse” con esta actriz que todos queremos que sea, además de una telefonista erótica, también una contorsionista erótica. Discretamente nos acomodamos las cositas... (*lo hace*). Nos sumergimos en la fría y dura butaca. ¡Ya son las ocho y veinticuatro minutos! Y viene un silencio profundo, un desvanecimiento de la luz en la sala, antes de que aparezca un débil rayo luminoso de los reflectores que va directo al foro... (*Respira profundamente*). Y parece que empezamos, casi media hora tarde, pero empezamos.

Puente musical.

Cambio de iluminación.

Me llamo Pandora. Tengo veintiocho años. Soy una telefonista erótica y quiero confesarme. Siento la *obstinada* necesidad de confesarme.

Nada de contacto personal de primera intención con el Respetable, porque ni ustedes ni yo somos parientes. Aquí entre nosotros no pasa nada, claro, nadie se espanta pues hay en mí unas ganas irresistibles de soltar este nudo de cosas que llevo dentro, y en ustedes unos deseos de enterarse de cosas que son de alguna manera, digámoslo así, lejanas... Aunque eso de la lejanía en el teatro es relativo pues a veces las cosas

NO son tan lejanas como aparentan, y SÍ que pueden tener repercusión en nuestros actos futuros... (*Silencio*).

En fin. Cuando le dije a mi *amá* Lupe (*con acento español*), “cuando le dije a mi madre Guadalupe, jolines, como decimos en castizo allá en las Españas del antiguo rey Juan Carlos, la reina *Letitzia*, el rey *Jelipe*, las infantas y los nietos”: Mamá, quiero confesarte que soy una telefonista erótica... Pues ésta —ésta, o sea mi madre—, casi se infarta. ¿Qué es lo que dices? Que soy una telefonista erótica, eso. Hubo una pausa abismal, un silencio de los sepulcros, el sistema solar detenido de repente... Luego una toma de aire profunda, como metiéndose ella toda la casa por sus orificios nasales en una larga, larguísima aspiración... bufando *¡buuf*, *buuf*! como rinoceronte en celo *¡buuf*, *buuuuuf*! “¡Pero cómo te atreves, desvergonzada criatura del anti Señor! Muchacha maaaaaal paridaaaa, sabandija, suripanta, talonera, taconera, teibole-
ra, tubera, concubina, magdalena (magdalena con letritas minúsculas, claro, como una magdalena equis), mujer de la calle, arrabalera. NOOOO, qué digo: más que arrabalera, mosca muerta, flor del fango, flor silvestre, flor marchita, floripondiac, fichera, proxeneta, estalactita y estalagmita, aborto de tu madre —o sea: aborto de ella misma—. Y siguió con: chiclera, chancleta suelta, chichi al aire, chocomilera (y me quedé pensando, chocomilera por qué, chocomilera... pero sabe, así fue como lo dijo)... Luego hizo una larga mención de toooodo un zoológico: hiena, me dijo de primero, para abrir esa letanía que le siguió plagada de insultos animalísticos. Oveja descarriada, correcaminos, vaca loca, chimpancé en árboles ajenos (*repite enfática*) “chimpancé en árboles ajenos”, nótese la creatividad... Libélula, tarántula, viuda negra, campamocha, alacrana de cola doble, ballena asesina, víbora despellejada, pulpo sin tentáculos, molusca sin su concha, ¡ése sí me dolió! Molusca sin su concha... Y luego le siguió con las frutas del temporal: manzana podrida (esa es de las facilitas), pera aguada, mango chupado, uva desganzada, mamey sin su huesito, kiwi sin semillas, eh, qué tal: “kiwi —sin— semillas”, piña pasada, guanábana fétida, papayona pútrida... Y así hasta que se cansó...

En su rosario de ida y vuelta, no faltaron los personajes literarios (es que mi mamá es maestra jubilada de una secundaria, no lo sabían uste-

des). Me dijo la parte más bonita de sus insultos, pero para mí bien emotiva y reveladora. (*Lentamente va pronunciando con deleite cada uno de los nombres que siguen*). Me llamó Lolita (*respira profunda*), Lo – li – ta:

“Lolita, con su colita a todos enloquece...”

Lolita, dame tú la mano y vamos al colchón”.

Luego me llamó Madame Bovary. Acusadora me dijo “encarnación” de Clitemnestra, y Margarita Gautier, y Lady Macbeth, Naná, Blanche Dubois... Oyuki pecadora... Ella, la madre Lupe, en esta fase suya creía que me ofendía, pero a mí que también he leído algunas cositas por aquí y otras por allá, pues me dio harto gusto... Me sentí de repente en la campiña francesa escuchando al viento entre la arboleda que pronuncia “Bovaryyyy”, “Bovaryyyy” y yo: “¿Ehhh? ¿Es a míiii?...” Volé hasta la secuencia de una película filmada en Nueva Orleáns y me imaginé cogiendo, digo, comunicándome íntimamente en penumbras con Marlon Brando, ¡nada menos que con el escultural Marlon Brando!, al bajar de un tranvía que se llama *Deseo Ardiente y Vespéral*... Giré la mirada y ya me sentía en un jardín de cerezos en flor, a la orilla de los estanques, en los corredores de un palacete de Kioto, buscando entre los biombos el escondido encuentro con el gringo, con el extranjero, para enredarme entre sus brazos y convertirme así en Oyuki, la pecadora Oyuki... *Amá* Lupe insultándome, según ella, y yo volando por las páginas de la literatura universal...

Con todo ello, mi madre, sin quererlo, había reforzado el interés mío de hacer una profesión, un soporte “interdisciplinario”: literatura, arte y erotismo van muy bien de la mano. ¡Qué inmejorable combinación con estos tres elementos juntos! ¡El triángulo divino que como un conjuro me revela mi futuro! Porque luego que se cansó y quedó ella sí, mi santa progenitora, como una Saturna devorando a su hija –exhausta y con la boca sangrante, respirando muy golpeadamente, y todavía con un pedazo de carne entre las mandíbulas de su propia hija, que era yo– le dije: A ver, madre, joder: *take it easy*, relájate. No me dedico a una profesión despreciable, y si es que lo consideras así de grave; si no te agrada, buscaré y buscaré otra cosa hasta que la encuentre. Pero entonces SOLAMENTE quiero que me digas cómo carajos le vamos

a hacer para pagar de manera puntual la mensualidad de este departamento que rentamos, la asistencia médica y las terapias de Ricardo (mi hermano de catorce años que es *Down* y que es naturalmente parte de esta familia PERO que Sí gasta y NO GENERA INGRESOS al menos que lo pongamos en una silla de ruedas, en un carromato a pedir limosnas afuera del mercado O EN ALGUNA PLAZA PÚBLICA, ¿ah, verdad? ¿Hacemos eso?). ¿Cómo le vamos a hacer para poder pagar la comida diaria, la luz, el Dish, etcétera, etcétera? Dame una respuesta ya, madre mía, una respuesta clara, contundente y efectiva. ¿??? ¿Cómo le vamos a hacer para pagar los gastos, SI NO ENCUENTRO UN TRABAJO QUE TE GUSTE????

“Pero si te pagué toda una carrera”, me dice, luego de limpiarse los lagrimones con un *kleenex*. “Si me esmeré enseñando hasta repostería para pagarte puntualmente las matrículas semestre tras semestre”, me vuelve a decir. “Dando clases privadas de gramática –le sigue–, enseñando los adverbios y los pronombres a niños holgazanes que mejor harían estando en un reformatorio, para completar semana tras semana la despensa de la casa”, cosa ésta que es bien cierta, lo debo de reconocer. “Y ahora que ya estás con la carrera concluida, egresada, titulada, con tu cédula de profesiones en la mano... ¿sólo se te ocurre trabajar de “ESO”? Y lo dijo así: ¿de “ESO”?

Mamá... *amá*... te agradezco haberme dado una formación universitaria. No te he defraudado en esto, ¿o sí?, eh, a ver, dilo. ¡Soy mérito escolar de mi generación! ¡Me gradué en un programa acreditado a nivel nacional y estuve de intercambio académico! ¡Pero en dónde quieres que encuentre trabajo! Ya lo he intentado por varios lados y nadie me requiere. ¡Pero ni a mí ni a ninguno de mis compañeros! ¡Nadie nos requiere! ¡Muy pocos egresados, al menos en lo que yo estudié, encuentran un trabajo acorde a su profesión, en este país que parece que se está cayendo a pedazos como el techo de este teatro oloroso a humedades y a meados de gato! ¡Estudié dos mugres cuatrimestres de repostería para complacerte, pero preferí inscribirme para estudiar Teatro en la H. Facultad y de eso me siento muy orgullosa! ¡Estoy orgullosa del Teatro! MUUUUUY. ¿Me captas? El pequeño problema es... el campo laboral. Agarre, pues, usted la onda, caray. Si los teatreros NO

somos necesarios NI indispensables para el mercado, pues ese NO es mi problema... ¿¿¿¿O sí???? ¿Ehhh? ¿Contésteme, madre! ¿*To be or not to be?* ¿ES O NO ES es mi problema? (*Pausa*). (Se me hace que sí es mi problema...). ¡Uppssss!

Pero bueno, no voy a amilanarme.

(*Demagógica*). “A problemas complejos, soluciones profundas”.

¿DE BOTARGA QUIERES QUE TRABAJE? ¿Qué me ponga un traje de esos grandes, con varillas y esponjas sudadas que guardan un olor como para espantar a cualquiera, y que esté en la puerta de una equis farmacia invitando a los clientes a comprar milagrosas cremas reductivas, falsos suplementos alimenticios, mascarillas para la cara o condones lubricados? ¿Allí es donde me quieres ver como una auténtica profesionalista? ¿O como Mujer – Flecha, anunciando la venta de casas en un nuevo fraccionamiento que ya se inaugura a orillas de la ciudad? “Casas nuevas para allá”. “Siga usted la flecha”. “Casas nuevas para allá”. “Siga usted la flecha”. ¿O vestida como Wonder Woman o la Batichica para enganchar clientes en las puertas de un antro? ¿Despachando gasolina en minifalda, quizá? ¿Metida en un traje de Mary *Pompis* animando fiestas infantiles? ¿Trepada en un par de zancos repartiendo globos o volantes hasta que la columna se me haga talco? ¡Tengo ya la columna vertebral peor que antigua carretera al aeropuerto, las caderas descalcificadas, más porosas que una esponja, y mis rodillas con un dolor que es insoportable!

¡Noooooo, mamá!

Y déjame decirte que no me siento engañada por nadie. Claro que no. Estudié una digna carrera universitaria, estructurada en OCHO largos SEMESTRES en los que se me fue, así sin sentir, buena parte de mi vidaaaa (*Suspira. Va a llorar patéticamente, pero se contiene*). Tuve unos profesores MUY CAPACES; eso: MUY CAPACES y con amplio, grande, ENOOOORME espíritu y vocación para la enseñanza... Bueno, a decir verdad no todos tenían vocación; su espíritu vocativo voló a las páginas de otro cuento. Algunos profesores incluso todavía vociferan lodazales contra sus propios colegas a mitad de alguna de sus clases, utilizan la cátedra como Alto Tribunal de Guerra, o lo que es lo mismo: franco lavadero de mentiras, hasta que los alumnos se abu-

ren de escuchar una y otra vez sus frustraciones, se miran a los ojos y van abandonado el aula con cualquier mínimo pretexto... Bueno, pero aun así, yo tuve unos profesores MUY CAPACES, quiero insistir, aunque algunos desacrediten flagrantemente a los auténticos protagonistas del pasado del teatro o crean que éste nació junto con ellos; que aseguran que Dionisio es un héroe de la Revolución Mexicana al que Ramón Ayala le compuso un corrido, y que Artemisa es la nueva finalista del *American Idol*...

Aun así, quisiera sostener que yo tuve unos profesores MUY CAPACES, a pesar de que, bueno, algunos no se actualizaron después de que estudiaron cuando estudiaron y toman su clase como verdad ciega, única y absoluta... De lo que me estoy dando cuenta ahora que lo pienso es que en realidad no todos fueron MUY MUY capaces como yo hubiera deseado... qué decepción... no... (*Feliz de repente*). ¡Bueno, al menos sí que tuve UN, UNO, UNO, UN PROFESOR MUUUUY CAPAZ! ¡Sí! ¡Yes! ¡Uno, uno! ¡UNO CAPAZ PERO MUUUUY CAPAZ Y QUÉ IMPORTA QUE HAYA SIDO NADA MÁS UNO! ¡UNO QUE HIZO QUE TOODA LA LICENCIATURA VALIERA EL ESFUERZO! ¡Y NO, NO ERA GAY; NO, AL CONTRARIO, CASADO Y TODO Y VIRIL, UN POCO FEO PERO VIRIL, INCONTENIBLE Y TAN CAPAZ QUE QUERÍA QUE FUERA YO MISMA HASTA SU PROPIA AMANTE! “Ándale, Pandorita, me decía, te hacen falta experiencias, vivencias que yo con mucho gusto te puedo dar... es parte de todo un método que yo estudié y que domino... Relájate, atiéndeme, ponte en mis manos y harás tuya la experiencia del Método Vivencial”. Y no quise vivenciar, mamá, no quise hacerme practicante de su “Método” por respetar tus principios, ¿te enteras? Porque él, cuando decía “vivenciar”, quería decir... pues... eso... me entiendes, ¿verdad? Y por no querer “vivenciar”, por no querer verme *vivencie y vivencie* sobre el colchón de un Hotel Garage con ese profesor TAAAN capaz, andaba reprobando casi al final de la carrera; porque no quise salir con él a antros y todo lo demás, me la hizo imposible al momento de la titulación... Era, ES, ES TODAVÍA uno de estos vividores y parlanchines mano larga a quien la administración todo le solapa, pero eso sí, MUY, MUUUUY capaz... Bueno, supongo que siempre es

así... siempre hay un maestro bien “vivencial” en la nómina docente al que no le pueden decir mucho, primero por respeto; luego por influyente; después; por costumbre y, finalmente, por lástima... En fin. Estudié, sí, aunque debo reconocer que con el Método Vivencial un tanto acotado... Aprendí. Respeté y me hice respetar. Estoy agradecida. Sólo que, ay, pequeño error de sistema: NO ENCUENTRO UN TRABAJO REALMENTE ACORDE CON MI PROFESIÓN... ¿Y dónde andan ocupando actrices o actores? Al menos en esta ciudad NO. Ene O: NO. Pequeño error de cálculo: el mejor promedio, pero desempleada, a pesar de que en el perfil de egreso de la carrera ponen que sí, que una va a encontrar así de ofertas de trabajo: que de primera actriz en “La compañía”, ¿cuál Compañía? Si aquí con trabajo apenas hacemos una que otra funcioncita de fin de cursos a la que por cierto no invitamos A NADIE, así: A NADIE porque en la H. Facultad somos MUUUY pero MUUUY SELECTIVOS... hasta con el público, je, je.

Que podría encontrar trabajo de actriz en comerciales y películas independientes y *video homes* y cuanta cosa... Y que así y así hasta Hollywood, haciendo cortos y cortos que de tantos, bien se pueden juntar y pegar y hacer entre todos un largo metraje para obtener el Oso de Berlín, el León de Oro y ¡la concha de mi madre, que...!

Pues la neta es que al menos en esta ciudad NO hay auténtico trabajo para los egresados de mi profesión. Ene O: NO. No sé quién hizo los llamados “estudios de factibilidad” para ver si se abre o no se abre una equis carrera profesional; o lo que es peor: no sé si realmente los hicieron... Pero quien los haya hecho o los haya dejado de hacer, en mi particular caso, de veras que vino a desgraciarme sin siquiera conocerme... ¡Y a ese que haya sido le dedico una buena mentadita para que untada con cremita, se la vaya a ofrecer a su linda mamacita! (*Lanza un socarrón chiflado hacia la cabina del teatro*).

Por eso mismo, y para no agarrar un rifle de alto poder como Michael Douglas y expresar abiertamente lo que pienso, me he visto en la necesidad de ser PROactiva, de hacerme AUTO accionista, de emplearme A FONDO en esta otra faceta laboral. ¡PRO AUTO FONDO! ¡PRO AUTO FONDO! ¡PRO AUTO FONDO: ésa es mi bandera laboral!

Me puse a pensar acerca del hipotético mercado de profesiones acordes a mi preparación académica y a mi perfil, a sumar más que restar. Hice mi propia práctica de las notas teóricas que me enseñaron en las honrosas aulas universitarias; recordé, recapitulé y concluí que siempre me gustó la vocalización. Alguna vez, mi maestro de voz me dijo que en eso yo tenía un futuro prometedor. Que aprovechara el diafragma y mis prodigiosas cuerdas vocales. Entonces decidí reforzar esa habilidad para ser más competente e irrefrenable. Me puse a investigar por aquí y por allá, y me conseguí el excelente como imprescindible manual titulado: “El arte de hablar por teléfono”. ¡Qué insulso, alguien lo diría! ¡Sí, pero siempre está la gran oportunidad justamente allí, donde nadie quiere verla!

Antes que nada, hay que ser muy conscientes para poner los puntos sobre las íes en materia del uso del teléfono; lo dice allí en el manual. A menudo, la torpeza de una mal llamada “telefonista”, el tono desabrido con que nos contestan al otro lado de las ondas telefónicas puede acabar catastróficamente con un buen negocio o con una relación de cualquier tipo. ¡Porque el teléfono es cosa seria; es una cuestión de detalle! ¡Con el teléfono no se juega! En la forma de hablar está la clave.

Hay que mantener el micrófono a unos tres centímetros de la boca y hablar reposadamente en tono normal. Si el interlocutor no entiende claramente, hay que colocar la mano haciendo bocina para guiar el sonido de la voz hacia el micrófono que de esa manera recibe mayor potencia sonora.

¡NO HAY QUE GRITAR NUNCA! ¡Ups, perdón! (*Moderada*). Cuando se grita, la voz se deforma y el micrófono vibra excesivamente. Si bien el tono moderado es el mejor, hay que evitar moderarlo tanto que resulte en un cuchicheo: jamás hay que hablar como si se *marrullara*. Hay que buscar, entonces, el punto medio entre el grito y la *marrullería*.

Hay que hablar por el teléfono como lo haríamos si nuestro interlocutor se hallara sentado aquí mismo, enfrente de nosotros. No hablar más alto de lo que haríamos en una conversación normal, ni menos bajo que no se nos escuche. ¡Cuántas acertadas recomendaciones!

Hay que pronunciar las palabras lo más clara y lentamente posible.

Hay que mejorar la dicción.
Hay que robustecer la respiración.
Hay que poner en práctica la gesticulación.
Hay que vigilar la velocidad de la pronunciación.
Hay que ejercitar el “Código del deletreo”. A fin de evitar cualquier error en la pronunciación de un nombre difícil, se debe memorizar y utilizar el siguiente código, dos puntos:

A Alfa
B Barcelona
C Carmen
Ch Chocolate
D Delta
E Elefante
F Francia
G Gitano
H Historia
I Inés
J José
K Kilo
L Luna
Ll Llanura
M México
N Nicaragua
Ñ Ñoño
O Occidente
P Poniente
Q Quevedo
R Ratón
S Sábado
T Tito
U Ulises
V Vaca
W Washington
X Xochimilco
Y Yanqui

Z Zacatecas

Y entonces, para deletrear el nombre del volcán “Paricutín”, por mencionar un equis ejemplo, hay que decir: Poniente, Alfa, Ratón, Inés, Carmen, Ulises, Tito, Inés, Nicaragua: PA-RI-CU-TÍN. O “sombrero”: Sábado, Occidente, México, Barcelona, Ratón, Elefante, Ratón, Occidente... “Coñac”: Carmen, Occidente, Ñoño, Alfa, Carmen: COÑAC. “Caca”: Carmen, Alfa, Carmen, Alfa...

También hay que trabajar en la elasticidad. E - LAS - TI - CI - DAD. Abrir la boca grande, grande y sin vergüenza, como para darle un mordisco al mundo. Y enseguida hay que hacer los labios pequeños, pequeños, muy juntos, como para hablar a través de un popote.

Boca grande, grande. MUNDO.

Labios pequeños, pequeños. POPOTE.

Grande, grande. MUNDO.

Pequeños, pequeños. POPOTE.

Hay que sonreír siempre que estamos al teléfono, e imaginar que nos puede ver quien nos escucha: la sonrisa es una herramienta mágica y representa la “Regla de Oro” de la profesión, pues transmite una sensación de confort y crea una corriente energética de simpatía invaluable. Además, como un plus, la sonrisa provocará en nosotros el optimismo y creará una disposición de ánimo.

Antes de descolgar: siempre sonreír. Sonreír, luego descolgar. Sonrisa grande, abierta, franca. Así de grande, así de abierta, así de francota.

He dejado para el final lo más importante: hay que saber escuchar. ¡Claro! Escuchar, ante todo. Escuchar, aunque nos duela una muela. Escuchar, aunque nos gruñan de hambre las tripas; escuchar, aunque en ese momento se nos escapen dos punes... ¡uppps, *sorry*! ¡Éste fue real! (*Se mueve de sitio*). Sonreír y escuchar: ésa es la receta del éxito telefónico.

Cuando después de tanta lectura formativa, y del suficiente entrenamiento ante el espejo, me sentí lo suficientemente capacitada, yo misma hice la decisiva llamada telefónica; llené mi solicitud ORAAAAAL (que además rima con: LABORAAAAAL), y apliqué para intentar ser una exitosa Telefonista Erótica.

Puente musical.

Ella toma su teléfono inalámbrico.

Marco desde aquí, aprovechando ahora que no están ni mi mamá ni Ricardito. Marco desde el salón de este departamento, el número que curiosamente me encontré en el tablón de anuncios de la H. Facultad. *(Marca sin perder de vista el número anotado en un papelito perfectamente desdoblado. Practica su aprendida dicción mientras se establece una conexión).* Gla - gle - gli - glo - glu. La llamada gira a la velocidad del sonido, corre por el hilo y salta a través del espacio, rompiendo barreras, traspasando muros y edificios, cruza callejones y avenidas, se catapulta hasta el otro lado de la ciudad, del país, del mundo. ¡Y llega al fin! Timbra en una oficina al otro lado de las ondas generadas desde este teclado... Riiing – Riiing.

En algunos “riiing”, Pandora se apoya accionando manualmente una bell boy o accionando un ding dong o chicharra semejante al sonido telefónico; la frecuencia hace que establezca con el artefacto una complicidad lúdica: a veces la toca más fuerte; a veces lo olvida, etcétera.

Riiing. Tres tristes tigres tragan trigo en un trigal. En un trigal tres tristes tigres... tra – tre –tri. Tres tristes tigres. Tigres, tigres, tres. El teléfono deja de sonar... alguien lo ha levantado al otro lado de la ciudad o del mundo... ¿Bueno? ¿Bueno? Alguien parece que se ha puesto el auricular en el oído. ¿Bueno? Y con voz como de chicle al sol, ese alguien me contesta:

¿Síiiii?

Este, buenas tardes, hablo por lo del tigre, digo, hablo por lo del anuncio.

Ajá...

Sí, este, me interesa trabajar para su compañía...

Y se escuchan entonces unas risitas. ¡Oiga, yo no estoy para bromas! Si esto es una tomadura de pelo... *(Pausa. Escucha).* ¿Qué? No,

no, oiga, no es que yo sea una Clitemnestra histórica, lo que pasa es que... Clitemnestra, sí, eso dije... Cli – tem- ¡Claro, pero por supuesto que tengo experiencia! Estoy preparada. Tomé unos cursos de dicción regulares y otros extracurriculares y vocalizo que es una maravilla. Doblé además a Reyna, la perrita orejona y bien portada, en *La Dama y el Vagabundo*, no, no en la de Disney sino en otra, en una versión para adultos que hicimos como ejercicio en el Taller de Radio de la Facultad... (Pausa). ¡Pues *La Dama y el Vagabundo* (Pausa). ¿Usted no la conoce? ¿No sabe de qué hablo? ¿¿¿Qué, usted no tuvo infancia???? *La Dama y el Vagabundo*, Golfo, el de las orejotas y los espaguetis! (Pausa). ¡No, yo no era Golfo, yo era la Dama; sí la Dama, así se llama, Dama, aunque sea una perra! (Pausa). ¡No, no le digo a usted perra, lo digo por la película! (Pausa). ¿Cómo dice que qué? Ah: DICCIÓN. ARTICULACIÓN Y PROYECCIÓN DE LA VOZ... ¡Mé mé meméme me mé! ¡Trá lara lára la lá! Ah, eso. Sí. ¡Verdad que ya me entendió! (Pausa). ¿Qué dice? Este... (Cachonda). ¿Asííí o más cachonda???? ¿Máaaaaaaassssss? ¿Teeeee gusssstaa aaaassssssíiin-neeennnnneeeeee? (Normal). ¿Qué? ¿Más? ¿Mááásss? (Exagerando su aparente cachondez). ¿Máaaaaaaassssssss? (Pausa). ¿Ahora vendiendo qué???? (Cachonda). Páaaaaasssseeeleeeeee, Aaaaaaqqqqquuuíiiii teeeennnnneeeemmmmmoooooosssss la mmmmmeeeeejjjjjoooooorrrrrr vvvvvvaaaaaaaarrrrrrrriiii-iiiiiiiieeeeeeddddddaaaaaaaadddddd deeee ttttttoooooommmmmaaaaaattttteeeeeessss bbbbbbaaaaaarrrrrrrraaaaaatttttoooooosss, pppppáaaaaassssseeeleeeeee, mmmmaaaaaarrrrrrchchchchchchchaaaaaannttttttttttaaaaaaa... (Pausa). ¿Qué le pareció? (Orgullosa). ¿Eh? ¿Qué objeción va a ponerme? (Una pausa. Luego brinca de gusto). ¡Sí, sí, sí, por supuesto! ¡iiiiSí completamente de acuerdo!!!! (Decepcionada de pronto). ¿EL DOCE POR CIENTO? ¿Sólo eso? ¿¿Tan poquito??? No, no, está bien, señorita... Perfecto. Sí. Yo les paso entonces por internet los datos de mi cuenta de banco... ¿Y cómo van ustedes a...? Ah, ya, entiendo: ustedes tienen un contador de tiempo y cobran por minuto... ya. ¡Cuánta tecnología! Se conectan de manera automática a mi línea telefónica cuando yo recibo la llamada y... sí, perfecto. No se diga más... Mara Alejandra Álvarez Alatorre

para servir... ¿Qué? ¡Si es mi nombre de pila, el nombre de toda una ACTRIZ formada y reformada por la Academia...! ¡Un nombre propio con muchas AAAAs para abrir bien grande la boca...! ¡MArA Ale-jAndrA ÁlvArez AlAtorre! (*Condescendiente*). De acuerdo, está bien: me lo cambio: perfecto. ¿Entonces cómo quieren ustedes que de ahora en adelante...? (*Pausa*). ¿Cómo? ¡No! Si parece nombre como de caja de chocolates o perfume barato; pero bueno, Pandora, de acuerdo. De ahora en adelante: PAN – DO – RA (*Cuelga la llamada*). ¡Yeeeeessss!

Y así fue como me cambié de nombre y me hice una Telefonista Erótica.

Lindo, ¿no?

(*Luego de una pausa*). Un amigo de la carrera de Publicidad me ayudó a mejorar mi anuncio del periódico; y es que mandé poner uno porque no me confié con la propia promoción de la agencia en la que terminé enrolada. Me anuncié como experta en masaje tailandés: “Pandora, la masajista recién llegada de Tailandia hace realidad tus fantasías MÁS SALVAJESSSS”. Me hice especializada en beso francés (*con falso acento afrancesado*): “MUAC *porg* aquí, MUAC *porg* acá y CUAC CUAC *porg* más allá: besa, *Mesié*, a esta Pandog-ra y *conocegrás togdos* sus *seggetosssss*”. Me pronuncié a favor de mil parafilias y trastornos sexuales: “¿Fetiches? ¿Látigos? ¿Pielés o cadenas? ¿Lluvia dorada? ¿Piercings? ¿Peditos o Tattoos? No se coma las uñas de las ansias: PanDO-RA, la chica cautivaDORA te lleva por el lado atrevido del sexo: LLÁA – MAA – MEEEEEE...”.

Soy Pandora, la chica sexi y juguetona de la línea. ¡Y golosssa! ¡Soy una insaciable golosssa!

Soy la complaciente Pandora. Dime lo que quieras de mí y con gusto te complazco.

Hagámoslo juntos, vamos y venimos juntos sobre el columpio del amooooor... ¿quieres asíii? ¿mmmmmmmm? ¿Assssíiii????? ¡A que sí!

Soy la sexi eléctrica, la Pandora robótica, automática, la *tecnótica*, *chistótica*, la planetaria e interplanetaria, la patética, peripatética y *perimpomtética* para lo que tú la quieras. Soy la Pandora pelada, peluda y *perimpompuda*.

Soy la Pandora en envoltorio de secretaria ejecutiva bilingüe; me excito con el tóner y las resmas de papel... soy la que espera al jefe con mucha ansia en el cuarto del escáner. La que le ordena y manda flores a la Señora mientras le hace de cositas ricas al jefe de oficina en su despacho, en el escritorio, contra el escritorio, sobre el escritorio, bajo el escritorio y tras el escritorio... Soy esa Pandora secretaria que hace el café y hace el amor can-den-te- y efi-cien-te-men-te...

(*Ñoña*). Soy la Pandorita colegiala. Mmmmmmm. Traigo mis zapatitos negros y bien lustrados de nena colegiala, mis medias altas de obediente colegiala, estoy peinada con mi tupé y dos colitas que me hizo por la mañana mi mamá. Traigo mi blusita de colegiala, mi faldita a cuadros de muy alta bastilla que yo le subo en secreto cuando salgo de mi casa. Y no traigo braguitas debajo de la falda... Me gustan los chicles bomba y tronadores. Me gusta guardar las envolturas debajo de la almohada, las envolturas de las paletitas *Tutsi Tutsi Pop*. ¿Mmmmmmm? Soy la obediente colegiala, querido profesor... Estoy aquí paradi-ta con mi mochilita, aquí yo solita y nada más que para ti, mi querido profesor... ¿Quieres que abra mi mochila y te comparta de mi *lunch*?

¿Riiiiinnngggg? ¿Riiiiinnnnngggg?

Contestando yo llamadas y recibiendo a la siguiente media semana el doce por ciento en mi cuenta del banco. Hablando y recabando dinero. Entre más tiempo por teléfono, más y mejor la paga... ¿Buenoooo? ¿Siiiiiii? ¿Cómo me dijiste que te llamas? ¡Ay, no, no te enfades, es que me gusta que lo digas, me gusta que me digas una y otra vez tu nombre, es tan erótico y sensual! Y ¡cliiinck, cliiinck, cliiinck!, juntándose y cayendo las moneditas en mi cuenta por minuto. No cantidades enormes, no, sólo los doces y doces por ciento... ¿Riiiiinggg? ¿Bueno? ¿Sí? ¿Cómo estás, mi reyecito de chocolate? ¡Te extrañé tanto en estos días! ¡Cliiinck, clinck! Soy Pandora, tu amante telefónica. ¡Clinck! Cuéntame tu secreto, tu fantasía, tu intimidad más profunda, ¿cómo eres? Ay, es como si te viera aquí enfrente de mí: tan guapo, bigotón, tan moreno, ¡tan alto...! ¿Tan alto no? ¿Uno cincuenta y siete de altura, dices? ¿Uno cincuenta y siete nada más? ¿Y no te puedes poner unas botas grandes, altas...? ¿??? Ah, eso mides ya con las botas puestas???? (Pigmeo, qué). ¡Ay, no, no cuelgues, si nada que me im-

porta; al contrario, a mí justamente me gustan así: chiquititos, como cascabel de gato! ¡No, no como gato, sino como cascabel de gato, de minino...! ¿Buenoooo? ¡Ay, este enano ya hasta me colgó!

¡Riiing! ¡Riiing! Hola, sí, soy la del anuncio. Pandora. Estaba esperándote... ¡Clink! ¿Qué te gustaría de mí....? ¡Clink! ¡Ay, eres tremendo, eh! ¿Qué dices que te gustaría? ¿Eh? ¿Qué yo qué...? ¡Ay, caray! ¿Qué ocurrente que eres, eh! ¡Cliiiiink! ¡Cliiinck! ¡No, no te detengas! ¡No pares! Yo te escucho... Te entiendo, mi nene lindo. ¿Qué quieres que hoy yo sea para ti? ¿Me imaginas morena? ¿Quieres que sea rubia o nomás apiñonada? ¿Voluptuosa y *chi-chistosa* o simplemente enjuta y con mis pompis de tarea? ¡Flaca como un palo o redonda como garbanzo? ¿Jovencita o algo ya mayor? ¡Cliiinck, cliinck, cliinck! ¿¿¿UNA ABUELITA QUIERES QUE YO SEA??? ¿Abuelita dices? ¿Abuelita?? ¡Pues entonces abuelita soy! ¡Viejita, encorvadita, arrugadita para ti y ya sin dientes! (*Como abuelita*). Y te estoy esperando, pero MUUUY enojada tras la puerta de entrada de la casa, niño malvado, porque llegas tarde y no te lavas los dientes. ¡Toma esto, niño malo! (*Golpea un cojín*). ¡Toma esto y también esto otro! ¿Te gusta así? ¡Qué bien! ¡Niño malcriado, saliste igual que tu padre, toma y toma más! ¡Y lávese las manos con jabón, y bien lavadas hasta el antebrazo, no nada más las yemitas de los dedos; lávese bien o voy yo con el estropajo de fierro y se las lavo! ¡Lávese los brazos, que se le borren todos esos mapas de mugre! ¡Y rápido y pronto para que se venga luego a tomar su caldito de pollo para que se le quite ese resfriado y ya se vaya a dormir! ¡Rápido, las manos limpias, que Abuelita puede enojarse! ¡Rápido, las manos, más rápido, rápido, manos, manos, rápido, rápido! ¡CLINCK, CLINCK, CLINCK, RÁPIDO, RÁPIDO, MÁS RÁPIDO, CLINCK, MONE-DAS, MANOS, CLINCK, CLINCK! ¡MONEDAS, MONEDAS, MONEDAS!

(*Triste*). Ya hasta me había encariñado con mi nieto de cada jueves a las once veinte de la noche, cuando los de la compañía me bajaron mi porcentaje al diez por ciento, luego al ocho... Y ya no me convenía tanto porque tenía que desvelarme y al día siguiente amanecía con unas ojeras enormes como de vampiro de película coreana, bostezando por todos lados. Los clientes no esperan y llaman cuando se les ocurre,

a las once veinte, a las tres a eme, a las seis y cuarto... El negocio iba a pique porque además entraron en operación las nuevas tarifas; mi *hot line* entró en crisis, pues ahora los clientes han ido prefiriendo el *Skype* o el uso de la cámara *web* para llevar a cabo sus citas...

(*Muy docta*). Pausa de divulgación cultural para expresar las gracias a don Antonio Giuseppe Meucci, *il caro bambino*, por sus investigaciones sobre la audición que le llevó a experimentar con cualquier cantidad de dispositivos y a quien en su querida Italia no le hicieron mayor caso con su idea del *teletrófono* y que, por no poder registrar la patente de su invento, éste quedó un tanto en el aire, porque además tuvo la ocurrencia de protagonizar un muy trágico accidente por lo que por poco y ni lo cuenta... Este asunto en donde casi pierde la vida, por otro lado, le permitió finalmente a Alexander Graham Bell registrar el invento de este revolucionario *telégrafo parlante* como suyo, fundar la compañía *Bell*, y a su vez realizar —él sí— la primera patente para la implementación comercial del ahora teléfono, el año de 1876. (*Aplausos y hurras grabadas*). Graciotas para Meucci a quien la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América, el 11 de junio de 2002, honrando la vida de este inventor italo-estadounidense, le reconoció la autoría de este imprescindible invento, y a quien con cariño le dedico una bonita estrofa que oía de niña y que ahora comparto con vosotros:

este teléfono parece carpintero

porque *ase rrin*

porque *ase rrin*

(*Ahora despectiva*). Y bueno, por otro lado “*thank you*” a Bill Gates Tercero, presidente de Microsoft la mayor empresa del mundo computacional de esta era digital, por sus ventajosas tácticas de negocio que son contrarias a la competencia ética, al implementar política abiertas de comunicaciones y por meternos la *inter* hasta por el *net* (*Abucheos grabados*)...

¡Pero yo reivindico el uso del teléfono porque invita a la imaginación! ¡Voto a favor del uso de la voz! ¡La voz seduce! ¡La voz clama! ¡La voz, señoras y señores, la voz ES la voz! (*Transición*). Y es que se trata de seguir de Telefonista Erótica o irme de botarga a las farmacias... Y

bueno, en ese *ser o no ser* tan trascendente yo estaba, cuando me llamó mi padre...

Estoy segura de que mi propio deseo de conocerlo fue la razón por la que caí redondita en el engaño. ¡Yo que me creía ya toda una experta y, miren ustedes nada más, que me dan mi “chamaqueada”! Y es que nunca había visto a mi papá ni en fotografía porque... porque no sé, mi *amá* nunca le pidió ni una foto: aunque alguna vez me lo describió o yo me lo imaginé delgado, blanco, con el cabello ondulado y claro, del color de mi piel. ¡Hay un actor que se parece a él! Vaquero, ranche-ro, no me acuerdo como se llama, no me atrevo a... ¿Clint Eastwood? ¿Será? ¡No, no tan vaquero ni tan elegante! ¿Sam Sheppard en *Black-thorn* o en esta otra...? ¿Cómo es que se llama? Algo así, pues, un poco él, pero sólo en mi imaginación... no tan feo, claro, porque pues sobre todo y ante todo, mi *apá* es mi *apá*...

Una vez me habló; mi papá, no Clint Eastwood... Una vez hace ya tiempo... y me dijo que si nos veíamos por el centro, cerca de la Catedral y le dije que sí, que sí nos veíamos y él se escuchaba emocionado; pero no llegué, no fui, me dio pánico escénico y en lugar de salir a la calle, me metí corriendo entre las sábanas toda esa tarde... Pero eso sí, le mandé un mensajito, aunque parece que no lo recibió y me habló después y me comentó, sin reclamo, de que lo había dejado plantado. Esa vez no quise ir por miedo a hacerme responsable de alguien a quien estuvo tan lejano de nosotras, de mi mamá y de mí durante tantos años... (*Seria*). Ricardito es el hijo que tuvo mi mamá con ese otro señor, que dicho sea de paso, también se dio a la fuga, a los dos o tres años de que nació su criatura. Es mi medio hermano aunque yo lo quiero como si fuera mi hermano completo, y aunque esté medio tarado (y no es broma) y a veces no reacciona, yo lo quiero mucho... No sé qué voy, qué vamos a hacer mi madre Lupe y yo cuando él... Es como un muñeco de trapo: ya no sostiene ni la cabeza sobre sus hombros y cada vez pierde más fuerza. En la noche se queja, gime horrible, babea... y da de manotazos seguramente de desesperación, de dolor o de impotencia... Una vez lo estaba yo cuidando, aquí mismo en el sillón, cuando de repente que me timbra mi línea erótica, ¡ERA MI NIETO! ¿Buenoooo? ¡Ah, eres tú, sí, nieto

mío! ¿Ya te lavaste las manotas sucias? ¡Mira cómo tienes el mapamundi de mugre en las pantorrillas! ¡Niño desobediente! ¡Mugroso! ¡Voy a castigarte como nunca lo he hecho! ¡Eres un cerdo, peor que cerdo! Y claro, se lo decía al nieto de los jueves, pero Ricardo pensó que se lo decía a él y se puso a gimotear, y yo: “ya, no es a ti, no llores”, sobándole la panza y meciéndole el cabello, y el nieto al otro lado de la línea queriendo que lo tratara mal: ¡No, no me digas cosas bonitas o te cuelgo! Y entonces yo gritando por el teléfono: ¡cerdo, malcriado! Y acariciando a mi hermano aquí mismo en el sillón, para que no llorara...

Recuerdo o me invento el recuerdo, algo así como yo de la edad de cinco años en una cama, en mi cama, en nuestra cama, antes de Ricardito; yo, como en posición fetal y él, mi papá, atrás de mí, abrazándome cariñosamente como en película de Lars von Trier, *¿El Anticristo*, quizá...? Una vez discutían mi papá y mi mamá, seguro que por sus largas y continuas ausencias, y yo me escondí bajo las sábanas como para huir de allí y no escuchar nada... Fue la última vez que lo vi porque a la semana siguiente nos mudamos. Mi mamá no dejó dicho a qué dirección nos cambiábamos. A nadie del barrio le avisó, y menos a él. Me imagino que mi papá llegó luego de algún tiempo y ya no nos encontró. Yo imagino, en el fondo que él sí sabría dónde encontrarnos, y de quererlo, bien que hubiera podido, pero él no quiso ya buscarnos ni hacerse cargo...

Yo tenía como diecisiete o dieciocho años, esa vez cuando él me llamó. Sentí que el piso se abría. Me dijo que cómo estaba, que me quería y yo no supe cómo expresarme, si decirle que lo extrañaba o que lo quería mucho... Me dolió que me hubiera llamado porque preferiría que no lo hubiera hecho; creía que ya lo había superado, porque según yo, ya lo había desterrado de mi mente, eso yo creía... Hablamos muy poco, alguna cosita nada más. Después me volvió a llamar, y alguna otra vez de manera esporádica, me dijo que quería verme, pero yo me rehusé, puse mil buenos pretextos para no aceptar. Y sí, mamá supo siempre que él me hablaba algunas veces, pero al parecer no le importó, nunca fue comentario largo de su parte. “Me llamó ayer mi *apá*”, yo le decía. Y ella: “Ah, mira, qué bien”, y punto.

Una de esas veces en que me habló, aprovechó para decirme que tenía una casa, que había comprado una casa muy linda, y yo entendí como que me quería comprar con eso. Me sentí hasta molesta. No hice más comentario. Esa vez no le conté a mi mamá, y no pasó de allí.

La última vez que me habló, y no hace mucho, fue algo así como:

¿Alejandra?

¿Sí?

¿Cómo estás?

¿Quién habla?

¿Quién va a ser? ¿Qué otro Álvarez te puede hablar?

¿Papá...?

Sí, *mija*.

Papá...

Que quería verme. Que traía unas cosas para mí. “Ya voy casi de salida”, le dije aunque no era cierto. Tengo clase de Biomecánica en la Facultad, le dije como si él supiera de esas cosas... Pero él que quiere ahora sí verme, que no lo desaire esta vez. Vernos no mucho rato, saludarnos, tomarnos un café quizá...

Y yo accedí al momento. La emoción y el nervio me ganaron. Y no sé por qué otra cosa más, pero en ese momento me decidí y me dije: ¡Va que va! Ya estamos mayores, yo ya estoy grande, y que vea pues que no le guardo rencor y no lo rechazo. Y le dije que sí, que nos viéramos en un cafecito, cerca de la Universidad. Y le di mi número del celular y lo anotó. Y quedamos en hora y media en lo que él llegaba, que porque había mucho tráfico y traía una camioneta semi nueva, de segunda mano que acababa de comprar.

Me metí a bañar para bajarme el susto y más tardé en salir del baño, cuando me volvió a marcar al teléfono de la casa. Era viernes por la mañana, hace apenas como dos o tres meses.

¿Papá? ¿Eres tú?

Sí, *mija*...

Papá... ¿Qué tienes? ¿Pasó algo?

Este, no te preocupes. Pasa que me detuvieron unos judiciales...

No te preocupes. Nada más te voy a pasar al gendarme que lo tengo aquí al lado...

¿Quéee? Papá, no, yo no quiero hablar con ningún gendarme, escúchame...

Buenas tardes, señorita, disculpe la molestia, mire usted, lo que pasa es que acabamos de encontrar una camioneta, y allí atrás en donde se guarda la refacción, hayamos un arma, fíjese usted, y eso está prohibido...

¿Unnn arma?

Sí. ¿Conoce usted a este señor? ¿Lo conoce?

¿A quién? ¿A mi papá? Este, pues sí, lo conozco... yo soy su hija...

A ver, seño, ¿Cómo es que se llama el papá de su papá?

Noooo, no sé...

¿Cómo que no sabe?

No... es que, ¿Cómo quiere que le explique? No lo sé...

Es importante ese dato, señorita... Álvarez ¿verdad?

Mara Alejandra Álvarez.

Eso, Mara Alejandra. ¿Cómo está eso de que no sabe el nombre del papá de su papá?

No, es que ya falleció, ¿qué no?

¿Cómo dice?

No tengo a la mano mi acta de nacimiento, pero si se requiere pues puedo buscarla por allí, entre mis papeles...

Me dicen que lo haga, que busque ese dato porque parece mentira que no sepa yo el nombre de mi abuelo paterno. ¡Y cómo, si nunca supimos nada de esa familia! ¡Si mi padre fue para mí como un fantasma! ¡Y ahora lo tenían allí, los judiciales o como quiera que sean, lo tenían allí y hasta podrían detenerlo o hacerle daño! Cuelga y dice que me volverán a llamar para corroborar el dato. Y efectivamente, yo todavía ni había encontrado mi acta de nacimiento entre tanto cochinerito cuando volvió a timbrar el teléfono.

Disculpe otra vez la molestia, señorita Álvarez, pero es que aquí su señor padre nos está ofreciendo un cheque y nosotros no podemos recibir eso, ¿sabe?

¿Un cheque? Este no...

Dígale por favor a su papacito que eso está prohibido. Eso no puede hacerse. Se lo paso.

Este sí, ¿Bueno, papá? Por favor, no compliques la cosa, no hagas eso. No te comprometas más de la cuenta...

Oye, *mija*, sabes que lo menos que quiero es meterte en problema. Lo que pasa es que no puedo cambiar el cheque este que traigo, para pagar la multa... No, no es soborno, es para que no me recojan la camioneta, para que no se la lleven al corralón y para que pueda ir a verte; pero si me ayudas, si me prestas, ya me llevan contigo y allí les entregas el dinero y mañana cuando abran los bancos, yo te los repongo...

Suficiente. Caí entonces en cuenta, lo vi más o menos claro; sin duda las personas al otro lado del teléfono ya se relamían los bigotes... Pero aun así le dije al judicial ese que lo llevaran a donde habíamos quedado y que yo le llevaría el dinero, pero salieron ahora en que no avisara a nadie para no complicar las cosas y no sufriera mi papá ninguna imputación, ni por lo del arma encontrada en la camioneta, ni por el supuesto chantaje en contra de la autoridad... Entonces reventé como piñata y le dije: "Mire señor judicial, usted tiene razón... lo que hizo mi papá está muy pero muy mal: eso de traer un arma sin documentos en el carro está mal, eso de ofrecer dinero a la policía está peor. Hagan lo que tengan que hacer con él para que escarmiente de una vez por todas". Y colgué...

Me agarré chillando de rabia y de tristeza. Me sentí una entera mensa por haber caído en el engaño...

En un principio me molesté con mi auténtico papá por habernos abandonado y no haberme buscado decisivamente —al menos a mí, a su hija—, cuando me hizo tanta falta en todos estos años.

Me entristeció que mi mamá Lupe, sin hacer frente a su situación económica y emocional, haya conocido a ese "otro" quién sabe quién y en un arranque de pasión adolescente, se haya embarazado de Ricardito, y de esa relación fugaz como un meteoro, haya nacido un niño con tal cantidad de problemas físicos y que ahora padece esa enfermedad irreversible y terminal...

Me encabroné con la justicia de este país que permite tanta impunidad que hace que existan tantos delincuentes que delinquen hasta por teléfono.

Me disgusté también con el recuerdo de mi profesor, aquél MUY CAPAZ según, pero que sólo vio para sí mismo sin importarle francamente ni la formación de sus estudiantes ni las necesidades del llamado campo laboral. Porque él sí que tenía su paga asegurada y hasta parecía que se había inventado toda una carrera universitaria, tan sólo para fincar en ella sus propios intereses. Pero miren ustedes, por ventura el tiempo pone todo en su lugar; él ya ni está allí y si algún día me lo encuentro del otro lado de MI alfombra roja, no le voy a hablar ni nada. Y ni lo voy a invitar a mi fiesta de Óscares o Arieles.

Y me quedé, como ahora mismo por un rato, pensando en blanco, alelada, absorta, distante, impotente y triste...

Pero enseguida, y poniendo en perspectiva y en la misma balanza una a una todas las cosas, las buenas y las no tan buenas... creo en realidad en las inabarcables bondades del oficio, en los alcances de esta profesión maravillosa que escogí y que cursé con alegría, en la magia... Pienso en el Teatro con mayúscula y sin confundir la "e" con la "i", como hacen los tontos y los advenedizos. TEEEAATRO. Con la boca grande, grande, MUNDO: TEEAATRO: TEEAATRO: MUNDO. Pienso en el TEATRO que es instante de la vida, reflejo de las pasiones; pienso en el teatro que es entrañas, corazón, cerebro, encuentros y desencuentros, historia de los hombres, mentiras y verdades, poesía. Y sobre todo poesía. POESÍA: TEATRO. POESÍA. Vida.

Disculpo entonces a mi auténtico papá porque si no hubiera sido por esos bochornosos incidentes que me hizo pasar indirectamente por mi ansia de conversar en persona con él, no habría yo comprendido esa utilidad del teléfono que me permite, como en el teatro, ser una y muchas al otro lado de la línea.

Y disculpo, por supuesto, a mi mamá de sus torpezas a las que como persona también tiene derecho, porque me hizo un hermanito para mí, para tenerlo como decisiva referencia y esforzarme a ser una y muchas, duplicar mi esfuerzo para no quedarme arrumbada como un mueble o como cualquier cosa inanimada.

Y fíjense si estoy tan de buenas que hasta disculpo a ese mi MUY CAPAZ profesor, porque sus debilidades y egoísmos me hicieron buscarme otras formas de vivir con plenitud este teatro de la vida, y construirme a mí misma otros personajes a mi propia medida, y divertirme como nunca, como nunca él va a alcanzar a divertirse.

Pero a quien NO disculpo en mi recuento y NI disculparé —aunque me corten la temporada en este teatro— es a todo ese manojo de políticos: gobierno y legisladores que sólo engordan sus radios de poder y sus influencias a cargo del erario, porque entre tantas lamentables cosas de las que nos enteramos, permiten tanta impunidad y porquería que hace que existan delincuentes que delinquen hasta por teléfono. (*Las luces palpitan*). ¡NO, no, y no los disculpo aunque me dejen a oscuras gritando como Antígona! ¡Que los políticos coman Carmen Alfa Carmen Alfa! ¡Mucha Carmen Alfa Carmen Alfa! ¡Tengo la energía y el derecho para protestar, para pedir y reclamar! ¡Porque quiero un mundo amplio y mejor! ¡Porque quiero un país sin corrupción aunque parezca eso una utopía! (*La luz se normaliza; ella sonríe y se sienta con satisfacción*).

En estas revelaciones asombrosas, en este cuento y recuento, lo que verdaderamente queda con nosotros, significa y nos trasciende, es la celebración del día a día como nuestros días de cumpleaños de cuando éramos unos niños; celebrar siempre como cuando hubo felicidad, sonrisas y gritos y risas, globos, regalos sorpresa, serpentinas que caen del cielo, espantasuegras que silban y se desenrollan, y confeti de colores. ¡Felicidades y confeti! ¡Vivir la vida con el gusto por vivirla: con felicidad, día a día, como si cada día, como si todos los días del calendario fueran nuestro cumpleaños! ¡Feliz cumpleaños, mamá! ¡Feliz cumpleaños, Ricardo! ¡Feliz cumpleaños, yo misma! ¡Gracias, yo misma: feliz cumpleaños! ¡Disfrutar con sonrisas y globos de colores y miles de serpentinas cayendo desde el cielo en una fiesta que no acaba, que no termina, que no va a terminar nunca!

*Ella se ha puesto un colorido gorrito de fiesta.
Sopla a un espantasuegras que pita.
De una bolsa de papel saca puñados de confeti que arroja por el aire
mientras baila y baila y baila...*

F i n

Boston - San Diego, 7 de marzo de 2014



Estas *Tres comedias* son una muestra del ingenio inventivo de nuestro autor, quien ahora explora en el dibujo de personajes ubicados en situaciones reconocibles, mediante una alquimia que se produce entre el humor sutil o el desparpajo. En la comedia está quizá el mejor reflejo de la complejidad humana. Espejo de conductas necias o de circunstancias crueles que —como recios latidos— muestran, sin embargo, la vitalidad más elocuente. El estilo realista propio de este género instala a lectores y espectadores en la arena de los vicios descubiertos, la moral desfasada y la costumbre.

“Sinfonía en una botella” presenta el caos del acontecer fronterizo mediante una algarabía muy ocurrente, contraponiéndose a los tintes fantásticos y entrecruzamientos temporales de “Agua caliente”. Por su parte, “Confesiones de una telefonista erótica” alude a la educación formal y la necesidad de encontrar asidero en el campo del trabajo. Tres miradas engarzadas en la cualidad natural de la condición humana.



Hugo Salcedo. Dramaturgo y ensayista con reconocimiento internacional desde que obtuviera el Premio Tirso de Molina de España con *El viaje de los cantores* en 1989, a los 25 años. Ha ganado también múltiples preseas nacionales del INBAL, UNAM, UAM, etcétera. Algunas de sus obras dramáticas se han traducido al inglés, francés, alemán, persa, italiano, coreano, checo y húngaro. Fue miembro del Sistema Nacional de Creadores del Fonca y actualmente es miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt. Consiguió el Premio Internacional de Ensayo ASSITEJ-España por su investigación en torno al tema migratorio en el teatro para niñas y niños de México (2020). La Universidad de Guadalajara realiza el Premio Nacional de Dramaturgia Universitaria Hugo Salcedo en reconocimiento a su trayectoria. Es académico de tiempo completo en la Universidad Iberoamericana-Ciudad de México, donde recibió el premio FIC-SAC-Ibero 2018 a la excelencia de investigación, distinción que volvió a obtener en 2020.